



## MI PRIMERA OBRA



.....  
Solté la pluma y respiré con fuerza.

Mi obra estaba concluida.

No era obra de catedral la mia : una semana había bastado para darle principio, medio y fin.

Mi obra era una obra dramática.

Pero sin pretensiones. Una pieza cómica en un acto y en verso.

¡Mi primera obra terminada!—El primer objeto de una esperanza literaria concreta!

Tenía yo entonces 20 años, buena salud, excelente apetito, carencia absoluta de dinero y un alma llena de aspiraciones generosas.

Con todas estas cualidades y obra terminada ¿qué me faltaba para ser feliz?

Esto me pregunté yo, y, aprovechando la circunstancia de ser las nueve y media de la mañana, mi estómago se apresuró á contestar : Te falta el almuerzo.

Pero el almuerzo no faltó aquel dia.

«Si Cervántes no cenó  
Cuando concluyó el Quijote»

yo cuando terminé mi primer comedia almorcé, aunque al fiado, y aprovechando la noble y bien fundada confianza de un mozo de café.

Después de lo cual dormí á pierna suelta porque la noche anterior no había dormido. Aquel sueño fué el último de mis ilusiones literarias.

Yo hasta una semana ántes había sentido una vaguedad infinita de aspiraciones. Quería ser ministro, banquero, general, orador, hasta filósofo. Sobre todo hubiera querido ser poeta y de puro quererlo con ánsia no me atrevía á proponérmelo en definitiva.

Y esó que yo en materia de deseos á todo me atrevía. Toda una larga noche de invierno me la pasé deseando ser Tamberlik : á la semana siguiente, después de leer la historia de Gregorio VII, me gasté tres días en desear ser Papa : y en la primavera inmediata, al salir de la primer corrida de abono, me sorprendí deseando ser el Tato. La mar eran mis deseos, por su inmensidad y por su inconstancia.

Pero al fin me había decidido á ser poeta. La desaparición de mi último duro había fijado mi vocación literaria.

Dos ó tres principios de poema ; medio centenar de odas y baladas sin limar ; tres planes de dramas y tal cual escena suelta, un fragmento descabezado de novela social eran títulos más que suficientes de la justicia de mis aspiraciones.

Pero como nada de esto era inmediatamente productivo, mi imaginación fecunda y oportuna me había sugerido de improviso el modesto ensayo cómico con que estaba resuelto á inaugurar mi carrera.

Al anochecer de aquel día, cuyo principio había visto el fin de mi obra, me dirigía yo á casa de un amigo á quien de antemano tenía designado por primer confidente de mis audaces propósitos.

Oyó mi amigo la lectura de mi obra y me admiró. Esto no me pareció entónces sorprendente. Ni hoy tampoco me lo pa-

rece : mi amigo era tan chiquillo como yo. Pero como en ciertos casos siempre el interesado es el que ve peor la realidad de las cosas, pasada la admiracion por el parto de mi ingenio, mis esperanzas de próximo lucro no hallaron eco en el alma de mi amigo.

—¡Pues qué!—grité yo con indignacion.—¿Nicolás tardará más de una semana en representar mi comedia? Si tal hace no le vuelvo á saludar en mi vida.

Mi amigo que, aparte la debilidad de haberme admirado un momento ántes, era todo un mozo discreto, replicó.

Tu Nicolás dejará de saludarte ántes que tú de saludarlo á él.

Y despues de pasar una lenta y significativa mirada por mi traje añadió aún moviendo la cabeza.

—¡Lo dicho!

Pero yo no lo creí. Lo que creí fué que la envidia se señoreaba del alma de mi pobre amigo. Porque entre todos mis conocimientos de entónces mi amistad con Nicolás me había valido ella sola más envidias que la media docena de conquistas amorosas que contaba yo por aquella fecha.

Porque Nicolás, para que ustedes lo sepan, era nada ménos que el primer gracioso del teatro más en boga aquel año.

Y yo, autor de una sola obra inédita en un acto, lo tuteaba, lo llamaba zarramplin, mequetrefe, le tiraba de las orejas, me colaba en su cuarto del teatro con tanta libertad como en mi casa, le pedía cuantas localidades me daba gana y hasta creía que hubiera podido pedirle dinero.

Bien es verdad que á noticia de Nicolás no había llegado aún que yo fuese autor; bien es verdad que ya hacía mes y medio que yo no veía á Nicolás á quien suponía desolado por mi ausencia ; bien es verdad que Nicolás ignoraba que yo estuviese á la sazón sin una peseta.

Yo había conocido á Nicolás dos años ántes en una capital de provincia, donde uno de mis tios era á la sazón gobernador.

Yo estaba huésped en casa de mi tio cuando la compañía en que actuaba Nicolás llegó á la poblacion. Durante los dias de mi residencia en ella había adquirido yo un profundo convencimiento de mi importancia. Esta importancia debida en pri-

mer término á la posicion de mi pariente, estaba realzada por la elegancia, inusitada en mí hasta entónces, de los dos trajes de verano que me había hecho exprofeso para el viaje, y por la abundancia, un tanto relativa, de mis fondos para gastos particulares.

Pero la provincia gobernada por mi tio era de tercer orden: la juventud elegante de su capital era de quinto orden por lo ménos.

Sólo el hijo de un marqués, bastante desacreditado en la comarca; pero que vivía en Madrid grandemente, era el que podía rivalizar conmigo en distincion y esplendidez. Pero el marqués y su hijo eran poco simpáticos en la localidad: los acusaban de estar llenos de trampas, y ademas tales como eran, estaban supeditados á mi tio por razones electorales.

El rey del pueblo era yo.

Y como en mi tierra, donde no era gobernador ninguno de mis parientes y donde abundaba más la juventud con dinero, no tenía yo costumbre de hacer tan altos papeles, tomaba mi desquite á toda prisa, no perdiendo ocasion de darme lustre.

Empezar los ensayos de la compañía y meterme yo entre bastidores fué todo uno: me recibieron en palmas.

Me propuse enamorar á la primera dama y mis primeros pasos prometían el más feliz éxito. Por desgracia eché la cuenta sin el huésped; es decir, sin mi tio.

Mi pobre tio, solteron de 45 años, no había sido gobernador toda su vida y tampoco estaba muy acostumbrado á hacer primeros papeles en el mundo: buscaba tambien su desquite y no perdió el que se le ofrecía de hacer de primer galan: yo fuí relegado á segundo término.

Me resigné por respetos fáciles de explicar y apechugué con la dama jóven, más jóven en verdad que la primera, aunque excesivamente flaca.

El sobrino del marqués, más desgraciado aún que yo, tomó á su cargo la característica, la más vieja de las tres y excesivamente gorda. El alcalde se adjudicó la graciosa, la mejor actriz de la compañía, como decía con razon su improvisado amante, que se consolaba de este modo de la horrible fealdad de su conquista. No habiendo en la compañía más mujeres

disponibles, el presidente de la diputacion provincial, el administrador de rentas y dos ó tres de los mayores contribuyentes, para disimular su posicion desairada se dedicaron á moralistas y censuraron ágriamente nuestra disolucion. Aunque algunos de los murmuradores eran liberales exaltados, no encontraron obstáculo en aliarse con los canónigos de la catedral para zaherirnos con más dureza, y hubo un momento en que se dijo que el señor obispo iba á publicar una pastoral contra la corrupcion que engendran ciertos espectáculos y contra el mal ejemplo de las autoridades. Por fortuna mi tío, que era la cabeza de la provincia, no sólo oficial, sino intelectualmente, lo deshizo todo con unas cuantas entrevistas que preparó el mismo con cinismo diplomático, entre la primera dama y los más audaces gritadores.

El presidente de la diputacion no volvió á decir esta boca es mía, y la benevolencia de los representantes de la moralidad fué tan grande desde entónces, que el alma del cabildo diocesano, el jóven magistral, teólogo y jurista, predicador de alta fama y literato clásico, autor de varios madrigales en latin, asistió una noche de incógnito en nuestro palco, á la representacion de una obra de Zorrilla en que la dama hacía furor.

Estas luchas, si bien habían engrandecido á cuantos en ellas tomábamos parte, Nicolás, de cuya moralidad nadie se ocupaba y de cuyo talento se ocupaban bastante poco; Nicolás, que tenía el alma de actor, que buscaba el éxito y la ostensibilidad á todo trance, que no podía sufrir que lo dejaran sin papel en un espectáculo que despertase el interes general, se dedicó á cultivar mi amistad considerándome como el único entre los personajes de moda sobre cuya juventud é inexperiencia le era posible ejercer algun influjo.

Tal cual consejo provechoso para la conquista de mi segunda dama, una oportuna exhibicion de sus chistes y chocarrerías cómicas, multitud de anécdotas picantes sobre literatos y artistas de Madrid, y sobre todo el alto concepto que parecía tener de mis precoces dotes de calavera, le granjearon por completo mi amistad. Gracias á mí se le citó en las gacetillas del periodico local en que se daba cuenta de las representaciones, gracias á mí fué invitado á varias giras de campo y francachelas noctur-

nas. Llegamos á ser íntimos amigos. Yo debía en el otoño siguiente venir á Madrid á continuar mi carrera de leyes, y aprovechando la oportunidad de nuestro próximo encuentro, Nicolás, en el momento de marcharse dejó á mi cargo el pago de una deuda de 240 rs., gracias á la cual su pupilero se obstinaba en detenerle el equipaje.

Al otoño siguiente, en efecto, nos encontramos en Madrid. Yo continuaba en auge : mi tío seguía al frente de su Insula, el hijo del marqués solía llevarme á la Castellana en su tilbury. Obtuve un destino de 18.000 rs. en Fomento. No había descuento entónces : todo mi sueldo era para vestirme y atender á mis gastos de sociedad ; el pupilaje y algo más lo pagaba mi familia. Un periódico ministerial que se puso en moda me contaba en el número de sus redactores : yo nada hacía ; pero el revistero de espectáculos era mi amigo, no tenía tan buenas aldabas como yo dentro de la redaccion, y lo que yo quería lo quería él. Nicolás, que empezó á hacer fortuna aquel año, tuvo necesidad de mí en más de cuatro ocasiones.

Pero yo no era un hombre audaz : en medio de mi fortuna, mi timidez, mi irresolucion eran tales que jamás confié á mi íntimo Nicolás mis aspiraciones literarias. Por otra parte una vanidad pueril y mal entendida me hacía considerar como preferible el papel de elegante afortunado é inútil al de hombre que ha de necesitar un dia de su trabajo para vivir. No me fijaba yo en la indignidad, tan frecuente entre nosotros, de cobrar sueldo del Estado sin servirle de nada y teniendo medios propios de subsistencia. Confiaba yo en que *los míos* estarían en el poder tiempo bastante para que mi situacion se definiese favorablemente por sí misma, á fuerza sin duda de ascender sin méritos. Me parecía que dejando pasar años llegaría un momento en que mis conocimientos reales por un lado, mi posicion por otro, suprimirían para mí por completo las asperezas del aprendizaje literario é ingresaría en clase de notabilidad desde el primer momento. Hasta entónces no quería dejar mi papel de ocioso independiente.

Pero la suerte lo dispuso de otro modo. Mis prosperidades de poco más de un año, en poco menos de otro se evaporaron. Cayeron los míos, quedé cesante, y ántes que yo mi tío. Mi

padre murió, disolvióse mi casa, víme reducido á estrechísimo haber primero, poco despues á nada. Entónces quise hacerme escritor de un golpe ; pero entre mi caída y mi resolución medió un intervalo de dejadez y de aislamiento, en que perdí la mayor parte de mis relaciones. El periódico de que yo, nominalmente casi, había sido redactor, se suprimió por falta de suscripciones ; muchos de mis amigos se encontraron en tan crítica situación como yo ; otros, que conservaron las suyas ó las mejoraron, no hacían caso de mí. El dócil revistero de espectáculos, de quien tan amigo me había hecho, obtuvo mi plaza en Fomento, y de la redacción del periódico suprimido pasó á otro nuevo, donde sus artículos, perdiendo poco á poco el sello de ductilidad que en un principio los afeaba, llegaron en breve tiempo á hacerse notables. Este hombre, á quien entónces tomé grande ojeriza, no se portó, sin embargo, indignamente conmigo. Cuando le dieron el puesto de que yo una quincena ántes había sido despojado, vino á verme y me dijo que, si había de ser causa de enemistad entre nosotros la aceptación del destino, estaba resuelto á renunciarlo. Yo, por vanidad, manifesté gran indiferencia por mi cesantía, y le aseguré que tenía grandísimo gusto en que se aprovechase de ella. Él entónces con sencillez, que á mí me pareció descorazonada y rastrera, me dijo su manera de ver la vida y de contemporar con sus exigencias ; me declaró que él, más viejo y más práctico que yo, había soportado la superioridad de mi anterior posición sin rencor hácia mí, y hasta cobrándome cariño. Esta franqueza, que yo entendí mal, me hizo daño y enfrió nuestras relaciones ; varios consejos me dió las pocas veces que volvimos á vernos, y todos eran prácticos y saludables, pero yo creía ver siempre en sus palabras la revancha de mi antigua superioridad sobre él, y en breve nos alejamos hasta casi no saludarnos ; despues, al cabo de muchos años, hemos vuelto á intimar. En todas ocasiones me ha tratado bien en sus escritos ; no puede decir lo mismo Nicolás. ¿Pero á qué volver á éste? Despues de la narración que se me ha escapado de mis antecedentes, mi posición y el estado de mi espíritu en el momento de comenzar mi carrera literaria, la ruptura de mis relaciones con el actor cómico (porque, en efecto, como previó

mi amigo, rompí con él y no representó mi obra) carece ya de todo interes. La conducta de aquel hombre me pareció entonces indigna ; hoy, por la descortesía de alguno de sus detalles, continúa pareciéndome censurable. Pero en el mar de desventuras que comenzó entonces para mí aquel dolor, aquella indignacion fueron una gota de agua.

Yo, como otros ciento, fuí víctima de la disparidad que existe entre el elemento oficial y los individuales en nuestra patria. De un lado el brillo efímero, pero incitante y asequible sin merecimientos; del otro la miseria, la desconsideracion en primer término, aunque más adelante pueda encontrarse la independencia, siempre estrecha y poco distinguida. Y luego esta falta de educacion literaria, causa de mil ridículas confusiones : ser aspirante á literato y ser aspirante á genio, son cosas sinónimas para la generalidad de las gentes ; nada como esto es capaz de causar timidez y vacilaciones en los espíritus modestos. ¿Quién á los 18 años se atreve á decirle á sus padres, á sus amigos, á sus conocidos : «Yo soy un genio y voy á ser escritor?» Se oculta el deseo; se le combate, se le palía y se le distrae ; se aguarda un instante crítico en que á manera de erupcion volcánica surja la inspiracion de repente ; el instante no llega ; el que llega es el otro, en que la necesidad obliga á una decision súbita, y en que el propio desamparo, la falta de títulos oficiales, las naturales franquicias de la vida literaria, exenta, en la apariencia al ménos, de gastos de representacion, lanzan á un mozo de 20 años, como barca contra los escollos de la costa, á través de todos los obstáculos del noviciado, esterilizando así con los violentos golpes de mil desengaños de todo género la vigorosa energía de los primeros esfuerzos y las nobles esperanzas, hijas legítimas del trabajo y de una vida austera y llena de privaciones.

Yo, un año ántes, con ménos vanidad, ménos timidez y ménos impaciencia, defectos que se juntan más fácilmente de lo que se cree, hubiera comenzado mi carrera á favor de algunas buenas relaciones, y me habría ahorrado las nueve décimas partes de mis sufrimientos posteriores. Pero tomé en serio las eternas noticias biográficas de los jóvenes que sin aprendizaje y sin auxilio de nadie se conquistan de golpe un primer puesto ;



y despues de perder la ocasion de hacer que se pudiesen decir de mí tales cosas con no ménos razon que de cualquiera otro de los que se han dicho, tuve que adquirir, bien á mi costa, la amarga conviccion de que la realidad está siempre, áun en los casos más felices, muy por bajo de tan hermosas narraciones.

Mi primera obra y mi primer desengaño nacieron juntos. Aquel vigoroso esfuerzo de mi inexperiencia y de mi entusiasmo, sólo dió escaso y tardío fruto, merced á su escasez de pretensiones.

Mis anteriores sueños de poemas, mis planes de dramas, mis novelas trascendentales, ¿dónde están? La esencia de ellos vive en mí y en mis obras posteriores. Acaso estuvieron destinados á mejor suerte; pero la mía fué mala, y á fuer de hijos leales, han seguido la mía.» .....

Las anteriores líneas están copiadas al pié de la letra, de las Memorias de un pobre amigo mio, que ya no puede tener ni el doloroso consuelo de leerlas.

JOSÉ ANTONIO PAZ.





## LA DEMOCRACIA EN INGLATERRA

### V.

**L**a nueva vida y el derecho novísimo principian á hacerse efectivos en Inglaterra hácia 1830, en la época misma en que, apagados los terrores de 1793, todo el mundo europeo siente palpitar el nuevo espíritu, y comienza á darle satisfacción reformando las instituciones. Entónces es cuando el severo Royer Collard reconoce y declara que «la democracia corre en Europa á cáuce lleno.» Y entónces Inglaterra se separa un tanto del ya particularismo propio de sus instituciones aristocráticas, para entrar en participacion activa de las ideas y la vida del resto del mundo, bajo las inspiraciones expansivas y cosmopolitas propias de la democracia.

Ese movimiento recorre dos períodos. El primero de ensayos, de medidas prudentes, de avances sin destruir lo mismo que se intenta modificar. El segundo de reformas profundas, trascendentales. El uno que llega hasta 1868, y que contiene la completa emancipacion de los católicos en 1829, y de los judíos en 1858; la reforma electoral de 1832; la abolicion de la ley de cereales en 1848; la plena libertad de imprenta en 1835, y la supresion de los derechos de timbre sobre los periódicos.

cos y el papel en 1853, 55 y 61; la supresion de las lógias orangistas en 1836; la abolicion de la esclavitud en las colonias en 1833; la consagracion explícita del derecho de asilo para los extranjeros perseguidos por causas políticas; el olvido del *Alien Bill* de 1793 en 1844 y 58; el franqueamiento de la naturalizacion británica en 1844; la consagracion de la Iglesia libre de Escocia en 1843; la ley de las corporaciones municipales de 1835; la reforma de la ley de pobres de 1834; el establecimiento del libre-cambio, sobre la base de la abolicion del monopolio comercial y de la plena libertad de los colonos para comerciar y gobernarse, en 1852; la reforma colonial de 1848 y 50; la formacion y desarrollo de las grandes Ligas políticas presididas por O'Connell, por Cobden, por Fowell, Buxton el abolicionista, por el cartista Fergus O'Connor, y, en fin, la destruccion de los antiguos partidos por la union de los peelistas y los wighs, bajo lord Aberdeen en 1852, por el abandono del antiguo nombre de torys por el de conservadores hácia 1834, por la presencia de los radicales en el Parlamento, á donde envían 50 representantes hácia 1837.

Basta enunciar estos hechos, que con excepcional rapidez se suceden y precipitan en un período de treinta y ocho años, para que el hombre ménos conocedor de la economía social inglesa afirme resueltamente que Inglaterra había variado fundamentalmente. ¡Y sin embargo, la armazon, la apariencia, la organizacion exterior de los poderes públicos, era la misma que ántes de 1830! ¿Qué mayor prueba de que la forma era secundaria en esta obra de evolucion y completa reforma? ¿Qué mayor argumento contra los que creen que en lo aparente está la Constitucion inglesa?

Se ha discutido y escrito tanto sobre las reformas inglesas del primer período, que tal vez enojo causara al lector un nuevo y detenido exámen de todas y cada una de aquellas graves medidas; por más de que yo adelante la seguridad de que mis opiniones no se habrían de conformar de un modo perfecto con lo que generalmente se ha publicado respecto de aquellos particulares, y singularmente respecto de lo que es uso comun en nuestra patria entre los conservadores que á su cuenta han tomado el popularizar las instituciones británicas

á reserva de no aproximarse á ellas ni poco ni mucho cuando en sus manos han tenido la confeccion de alguna de nuestras numerosas Cartas Constitucionales, ó cuando la suerte, la torpeza de los adversarios, la devocion de la Corona ó la lógica de las cosas, y el órden natural de la política, les ha encomendado las riendas del Gobierno.

Pero de lo que nadie se ha cuidado es de la simple enunciacion siquiera de las últimas reformas británicas, de aquellas que llenan el período de 1867 al 74 y autorizan la afirmacion de que la democracia ha tomado posesion no ya de la sociedad inglesa, si que de las esferas gubernamentales de la Gran Bretaña.

Entiéndase bien que no es esto decir que hoy Inglaterra *sea una democracia*. El disparate sería de tal evidencia, que sólo movería á risa. Ni quiere decir esto tampoco, que áun triunfante el espíritu democrático en la aristocrática Britannia, estén condenados á desaparecer de aquella sociedad y aquel Gobierno los elementos conservadores, dejando incompleto el juego de la política y sin uno de sus polos el eje del movimiento social. No : lo que yo pretendo es que el nuevo espíritu ha salvado las barreras ; ha penetrado ya en la vida jurídica británica, de suerte que ya sólo puede tratarse de su difusion, y de los efectos y transformaciones que necesariamente tiene que obrar en los antiguos elementos políticos y sociales. Hasta 1832 la ola llegaba sólo al pié del muro : despues comenzaron las filtraciones ; hoy la inundacion es patente.

Las reformas del 68 en adelante coinciden con un movimiento general reformista que domina al mundo en aquel período. Más de una vez he combatido la singular pretension de los enemigos de la revolucion española del 69, de suponer á ésta el resultado puramente casual de un motin de marinos ó de otro hecho por el estilo. ¡Qué error! Aquel suceso (y me refiero sólo á toda la obra de los cinco años) coincide con otros de índole análoga que varían el modo de ser de los pueblos modernos, así en América como en Europa.

De Junio de 1867 y Abril de 1871 data la Constitucion del nuevo Imperio de Alemania. Constitucion inspirada en un alto sentido liberal que ha determinado graves modificaciones

en las Cartas particulares de Sajonia y Wurtemberg en 1874, y en las leyes internas de la antigua Prusia. En Diciembre del mismo de 1867 se inician las leyes fundamentales del Imperio Austro-Húngaro que han llevado las libertades públicas, la vida civil y la autonomía regional al seno de aquel pueblo, representante el más caracterizado en Europa de la intolerancia religiosa y el absolutismo político. En 1867 decreta Portugal la abolición de la pena de muerte y las reformas electoral y del jurado. Del 64 al 66, con las Constituciones políticas avanzadas de Grecia, Dinamarca y Rumania, Turquía en 1868, crea el Consejo de Estado (limitativo hasta cierto punto del capricho del Sultan); año y medio después de haberse constituido en Egipto el régimen parlamentario. En 1870 queda extendido á toda Italia el Estatuto constitucional del antiguo Piamonte, y á poco se instituyen la absoluta libertad de imprenta, la separación de la Iglesia y el Estado, el Jurado, el matrimonio civil, etc., etc. En 1871 reforma Bélgica en sentido expansivo la ley electoral y la de organización provincial. Del año 74 es la novísima reforma de la Constitución suiza (proyectada en 1871) con la abolición total de la pena de muerte y de las corporales; reforma (esta última) que realiza Holanda también en 1871. Cae el Imperio napoleónico en 1870, es proclamada la República, y en Febrero y Julio de 1875 quedan promulgadas las leyes de organización de los poderes públicos, «organización del Senado» y de «relaciones de los poderes» de la República francesa. Prusia traza de 1872 al 74 las leyes sobre el estado civil, las instituciones religiosas, el procedimiento y los tribunales administrativos, etc., etc. Rusia promulga en 1870 la ley de organización urbana, y en 1874 las del armamento nacional y el registro civil. Los Estados-Unidos de América votan las últimas enmiendas constitucionales que consagran la abolición de la esclavitud, los derechos políticos y civiles de los libertos y el sufragio universal. Triunfa en Chile la libertad religiosa; se afianza en Venezuela la democracia, y se reforma totalmente y en sentido democrático la Constitución del Perú. Hácese la abolición de la servidumbre, y se constituye la República liberal en el Paraguay, y el Brasil promulga la ley abolicionista de 1871 y la reforma electoral de 1874.

Con sólo indicar estas leyes se dice lo bastante respecto de la labor rudísima de este período histórico y el carácter profundamente liberal y democrático que le domina. ¡Ciegos los que en él no vean la toma de posesion del mundo moderno por el nuevo espíritu! ¡Y poco entendidos en las leyes de la historia y en la economía de la sociedad humana los que piensen todavía que lo sucedido en nuestra patria es un acaso, una excepcion, un incidente sin causas ni profunda trascendencia! ¡Ah! no. Respecto de nuestra obra de 1868 puede decirse lo mismo que de las admirables de 1812 y 1820. ¿Mas á qué principio y á qué ley responde esa singular coincidencia de que la iniciacion del período revolucionario esté reservada en el siglo XIX, precisamente al pueblo que parece resistir más el nuevo espíritu y que vive más en lo oscuro y lo hondo del régimen tradicional?

Pues bien, en este período la ola democrática salta por las ventanas de Westminster y conmoviéndolo todo determina dos cosas : la primera la reforma electoral de 1867 : y segundo la constitucion de un ministerio bajo la presidencia del ilustre Lord Gladstone, y en el que están representados todos los matices liberales, desde el templado de Mr. Lowe al radicalísimo de Mr. Bright.

La reforma electoral varía, á mi juicio, sustancialmente, el fundamento del régimen parlamentario británico. Y ademas sale del sentido de las escuelas conservadoras del continente europeo. La reforma del 32, con ser profunda, no había roto abiertamente con la tradicion. Mr. Erskine May, en su *Historia Constitucional de Inglaterra*, explica aquella reforma de este modo : «El mal principal había estado en el gran número de *burgos* de patronos y de burgos *podridos* con derecho á elegir. Cincuenta y seis de estos burgos, que tenían menos de 2.000 habitantes y nombraban 111 diputados, fueron suprimidos. Treinta burgos, que tenían menos de 4.000 habitantes, perdieron cada uno un diputado. Weymouth y Melcombe Regis perdieron dos. Las disposiciones que retiraban los diputados á los burgos fueron aplicadas á 143 miembros. El mal más enojoso despues de los burgos podridos consistía en que poblaciones considerables no tenían representantes, y este agra-

vio fué reparado. Veintidos grandes ciudades, comprendidos ciertos distritos de la capital, recibieron el privilegio de nombrar dos miembros : otros 20 recibieron el de nombrar uno. Túvose cuenta igualmente en la distribución de las plazas de la cifra de la población de los condados, y el número de diputados de estos se elevó desde 94 á 159. Los condados mayores fueron divididos y el número de miembros se reguló por la importancia de los cuerpos electorales. Otro mal consistía en la desigual y poco liberal manera con que el derecho de sufragio estaba repartido. ¡Esto se corrigió! Toda condicion estrecha de sufragio fué suprimida en los burgos y el derecho de votar fué concedido á todo ciudadano que ocupase una casa de alquiler de 10 libras esterlinas. Los burgueses (*freemen*) de las ciudades erigidas en corporacion son la única clase de electores cuyos derechos fueron reservados ; pero la residencia en el burgo les fué impuesta como condicion del derecho de votar... El cuerpo electoral de los condados se aumentó con los *copy holders* y los arrendatarios á plazo fijo y sin el que pagasen 50 libras de renta al año... Otro óbice del régimen representativo era la cifra excesiva de los gastos hechos en las elecciones. El *bill* trataba de atenuarlos ordenando la formación de las listas electorales, la division de los condados y los burgos en secciones electorales cómodas y la reduccion del número de los dias de votacion. La medida era á la vez atrevida, extensa, moderada y constitucional. Popular sin ser democrática, aumentaba las libertades, sin aventurar una revolucion... Ninguna ley, despues del *bill de derechos*, puede comparársele en importancia» (1).

Como se ve, la reforma no prescindía de la representacion meramente local y del propietario, cuya influencia quedó afirmada por el derecho concedido á los arrendatarios sin plazo fijo ; idea que no estaba en el proyecto del Gobierno y fué sostenida por el marqués de Chandos. En 1867 (el *bill* es de 15 de Agosto) ya es otra cosa. No se quita el derecho á los *freemen* de los burgos que ántes de 1832 poseían casi exclusivamente el

(1) *History X*. Tom. I, chap. VI. Prescindo de hablar de la reforma en Escocia é Irlanda por ser de ménos importancia y su espíritu el mismo.

electoral; reconocíansele también á los propietarios territoriales de una renta neta de 10 libras y á los inquilinos que pagaban un alquiler idéntico, y les quedó asimismo garantido en los condados á los *freeholders* y los *copyholders*, con rebaja de la renta, según los casos. Pero al lado de esto venía la novedad, la gran novedad: el derecho electoral concedido á la persona. Toda persona que, como propietario ó inquilino vive una casa en la ciudad, y ha pagado la contribucion de pobres; toda persona que, como inquilino habita una habitacion separada y distinta de casa amueblada, cuya casa sin amueblar produciría de renta diez libras (950 rs.) al año; todo poseedor de un *freehold* ó de un *copyhold*, cuyo usufructo valga por lo ménos 5 libras; todo arrendatario por sesenta años, cuyo título representa otras 5 libras; y, en fin, toda persona que, como propietario ó inquilino tiene en los condados un inmueble cuyo valor imponible es de 12 libras y paga la contribucion de pobres, es elector. Y con estos los *masters of arts* en las universidades de Cambridge y de Oxford y los *fellows, scholars* y *graduates* (bachilleres, estudiantes, etc.), en la de Dublin.

Compréndese bien que bastaría la concesion del derecho electoral al grupo de inquilinos de casa amueblada, para destruir toda la armazon tradicional de la representacion parlamentaria británica. Mas para dominar bien el sentido de esta reforma, conviene tener en cuenta el espíritu de las leyes electorales del continente, obra más ó ménos completa de la escuela conservadora. Aquí el derecho electoral supone el censo ó la capacidad intelectual. Aquel, ora por la importancia señorial que todavía alcanza la propiedad territorial; ora por la idea de que la riqueza da cierta competencia y cierta madurez; ora, en fin, por el principio que en las sociedades mercantiles sólo da el derecho de votar á los que, poseyendo cierto número de acciones, deben tener mayor interes en el negocio. La idea de las capacidades es más seria y respetable, por más de que en rigor de sistema no se armonice bien con la del censo. Es, además, una idea del doctrinarismo avanzado.

Pues ya se ha visto; en Inglaterra no hay capacidades intelectuales. Tienen sí el derecho electoral los doctores de Oxford, por ejemplo, pero sólo en Oxford y como miembros de una



corporacion de importancia oficial. En cuanto al censo ya se ha dicho que está negado en absoluto en un grupo considerable, quizá el mayor; en otros no tiene el carácter de censo tomado sobre el impuesto, sigue sobre la renta; y en dos se refiere sólo á la contribucion de pobres, sin fijar tipo ni condiciones. Es ocioso decir lo que en Inglaterra es la contribucion de pobres, jamás comprendida en el cuadro de los impuestos del Estado nacional; mas sí debo advertir que la exigencia del pago de esta contribucion ó de no cobrar nada á su cargo, se considera en la Gran Bretaña como la prueba (necesaria varias veces) de no pertenecer á la clase indigente. Y esto es lo que el legislador de 1867 ha tenido en cuenta para exigir el pago de la contribucion de pobres: la independencia del elector, la capacidad moral en vez del censo y de la capacidad intelectual de los doctrinarios. Y á esto responde tambien el establecimiento del voto secreto en 1873; idea inaceptable en principio porque el sufragio no es sólo un derecho del ciudadano en el sentido de *facultad de hacer*, si que tambien un deber impuesto por la ciudadanía y de cuyo exacto cumplimiento necesita el individuo dar cuenta del modo posible á todo el país; pero que desde comienzos del siglo hasta los dias actuales, ha venido siendo en Inglaterra tan sostenida por los partidos liberales como rechazada por los conservadores, en el doble concepto de que trascendía al sistema de sufragio universal y emancipaba á las clases inferiores de electores de la vigilancia y la influencia de las superiores.

Y bien, la exigencia de la capacidad moral del elector, al modo británico, ¿se armoniza con las afirmaciones de la escuela democrática? En el rigor del sistema no ciertamente, pero es un hecho que esa reserva, como la del derecho de las mujeres (1), esté hoy consagrada en casi todos los pueblos que practican el sufragio universal.

Más que esto importó el *bill* de Agosto de 1867. La circunstancia de no variar la forma del sistema electoral (puesto que no aceptó la regulacion del número de representantes por el

---

(1) En su favor votaron en la Cámara de los Comunes en 1867, 73 diputados contra 196.

de la población), autorizó al legislador, ahora como en 1832, para suprimir el privilegio de representación de cuatro *burgos* célebres en la historia de la corrupción electoral (Totnes, Great, Yarmouth, Reigate y Lancastre); para reducir á uno el número de diputados (dos) que enviaban otros treinta y ocho *burgos*; concediendo en cambio once diputados á diez *burgos* nuevamente creados, uno más (sobre los dos que tenían) á Manchester, Liverpool, Leeds y Birmingham, uno á la Universidad de Lóndres y veintiocho á diversos condados de Inglaterra y Escocia. Baste llamar la atención sobre las cuatro poblaciones y la gran corporación literaria (1), favorecidas con el derecho de representación, para que se comprenda las miras y el alcance de la reforma aún en aquella parte en que no salía de la *manera* y la tradición británicas.

Otra innovación aportó el *bill* del 67, y fué la representación de las minorías. Con efecto; la Cámara de los Lores introdujo á instancia de Lord Cairns una enmienda, en cuya virtud los electores de aquellos doce colegios que debían enviar á la Cámara tres diputados sólo podrían inscribir en sus papeletas dos nombres; y bien, que combatida la idea por los radicales, que sostenían, ora que las minorías ya contaban con los pequeños *burgos*, ora que la reforma debiera hacerse general, acompañándola de otras que compensasen los inconvenientes del *bill*, ello es que este sano principio triunfó, pudiendo asegurarse que ha de producir grandes resultados en el desenvolvimiento del nuevo régimen representativo británico, siquiera varíen sus formas y condiciones, como es justo y racional.

La base, pues, del Parlamento inglés había sido afectada profundamente. Ya no era poco que el número de electores, sólo en Inglaterra, subiera á 1.200.000, siendo así que antes el cuerpo electoral de todo el Reino Unido no pasaba de un millón. Y de aquellos, 750.000 pertenecían á los *burgos*, y sólo 460.000 á los condados; y de los electores urbanos, nada menos que 450.000 eran obreros.

Pero el Parlamento no estaba constituido sólo por la Cá-

---

(1) La Universidad de Lóndres representa un sentido expansivo y racionalista opuesto á las de Oxford y Cambridge.

mara de los Comunes. ¿Y la Cámara alta? ¿Y el alto cuerpo conservador y tradicional de los Lores?

En primer término hay que considerar cuán á ménos había venido esta respetable institucion desde la reforma de 1832. Resistente á la novedad, consiguió detener dos veces la obra. La segunda vez, el conflicto de las dos Cámaras revistió excepcionales proporciones, y el ministerio, que sostenía la reforma electoral, se resolvió á vencer la crisis haciendo una *hornada* de pares que diera mayoría al proyecto del Gabinete. «Inundar la Cámara de los Lores» era un grito popular, para decir que era necesario deshacer por el aumento de pares la resistencia de la alta Cámara. Resistía la idea del aumento el Rey Jorge IV, y el mismo avanzadísimo Lord Broughan, creyendo la medida necesaria, decía sobre la lista de los ochenta pares proyectados: «Mi sentimiento respecto de las terribles consecuencias de aquel acto es tan profundo, que me pregunto si no será preferible correr el riesgo de la confusion que pudiera producir el fracaso del *bill*, á exponer la Constitucion británica á peripecias tan inminentes de subversion.» Lord Wellington exclamaba: «Si tales proyectos pueden ser impunemente ejecutados por un ministro de la Corona, no hay duda que la constitucion de esta Cámara toca á su fin... ¿Hay alguien tan ciego que no vea que si un ministro puede impunemente aconsejar á un soberano un ejercicio tan inconstitucional de su prerogativa para decidir todas las cuestiones en esta Cámara, las deliberaciones de este cuerpo pierden toda autoridad y todo objeto, y los motivos legítimos de determinacion pierden todo su valor?...»

El hecho fué, sin embargo, que sucedió todo lo que temía Lord Wellington. Los Comunes insistieron; insistió el ministerio de Lord Grey; autorizó el monarca la hornada de Pares, y ante la amenaza de esta inundacion, un número considerable de Pares se abstuvo, y el *bill* de reforma pasó. ¿Pero y la autoridad de la alta Cámara?

De entónces acá su importancia ha ido decreciendo cada vez más. Un conservador, Sir Robert Peel decía en 1835 (11 de Mayo): «Las prerogativas de la Corona y la autoridad de los Lores son bastante poderosas para contener las invasiones de

la Cámara de los Comunes ; pero no pueden ya en nuestros dias ser consideradas como obstáculos invencibles. El gobierno del país debe principalmente marchar de acuerdo con los Comunes y bajo la direccion inmediata de éstos.» Y un inglés tan liberal, pero tan respetuoso con todo lo tradicional, como Mr. Erskine May, decía en 1861 en su *Historia Constitucional* : «La autoridad política de la Cámara de los Lores ha sufrido mucho de la pasiva indiferencia que muestra de ordinario por los asuntos legislativos. La constitucion de esta Asamblea y la posicion social de sus miembros no excitan en ellos el ardor y la actividad que caracterizan á un cuerpo representativo. Esto es sin cesar evidenciado por el corto número de Pares que asisten á las deliberaciones. A ménos que las grandes cuestiones de partido se discutan, la Cámara ofrece de ordinario el aspecto de un comité. Bastan tres Pares para ejercer todos los poderes de la Cámara. Ni siquiera se necesitan tantos para votar ó rechazar una ley, cuando por su unanimidad evitan el voto por division ó la verificacion del hecho de hallarse constituidos de un modo irregular. Muchas leyes han sido votadas por un número de Pares que más hubiese convenido á una comision que á una Asamblea general de la Cámara (1). No hay derecho á esperar que el juicio de un número tan pequeño de hombres tenga tanto peso como el de los miembros que en multitud colman la Cámara de los Comunes... Además los miembros de la alta Cámara no dan cuenta de sus actos á los electores : esto aumenta su responsabilidad y esto debía sugerirles garantías contra el abuso del gran poder que les ha confiado la Constitucion (2).»

El voto es irreprochable : Mr. May es una autoridad en materias constitucionales en Inglaterra, como lo es entre todos los hombres de estudio del continente por su ciencia política. Es *wigh*, pero tambien muy partidario de la Cámara de los Lores que en su *Historia* elogia repetidas veces. Pero el ilus-

(1) En 1860 el *bill* sobre el arrendamiento y mejoras de las tierras en Irlanda que ocupó á la Cámara de los Comunes muchas semanas, estuvo á punto de ser rechazado por la de los Lores, y en ésta votaron en pró sólo siete Pares contra seis.

(2) *History, etc.*, tom. I, cap. VI.

tre escritor inglés ¿no echa de ver que ese calor y ese celo que faltan en la alta Cámara depende muy singularmente de la decadencia política de este cuerpo, de la merma que sus facultades han sufrido, de la conciencia que sus individuos tienen de la ineficacia de sus esfuerzos frente á la otra Cámara, única y verdadera soberana? ¿Qué reforma grave, transcendental, sostenida y votada por los Comunes, contradicha y desechada por los Lores en estos últimos veinticinco años, ha dejado de triunfar y de registrarse como ley en el *Corpus juris* británico? ¿Cuándo el disentimiento de las dos Cámaras ha movido al monarca á ejercer su prerogativa disolviendo la Cámara baja, como pudiera hacerlo dentro de los principios del constitucionalismo más riguroso?

Pero hay más. La misma alta Cámara, por actos positivos y directamente, trabaja en daño de su importancia histórica. Diríase que obedece á una ley fatal é inexorable. ¿Qué otro alcance político tiene el Acta de 5 de Agosto de 1873, en cuya virtud se han refundido en un solo cuerpo, apellidado Tribunal Supremo de Justicia de Inglaterra, los antiguos tribunales de Cancillería, del Banco de la reina, de las Demandas comunes de Westminster, del Echiquier, del Almirantazgo, de los Testamentos, Divorcios y Matrimonios y de las Quiebras de Lóndres? La alta Cámara era hasta entónces el último y supremo tribunal de apelacion del Reino Unido, y, al efecto, en su seno se constituía un tribunal judicial. Pues bien; el art. 20 del Acta citada, deroga totalmente este privilegio, por lo que hace á Inglaterra; reservándolo para Irlanda y Escocia, quizá por un motivo de etiqueta con la Cámara de los Comunes que pretendía generalizarlo. Y esta reforma transcendentalísima ha sido de la iniciativa de la Cámara de los Lores, cuyo papel pronto será difícil imaginar.

Así se explica que ya la izquierda del partido radical haya pedido la supresion de aquella Cámara, que no representa perfectamente el sentido conservador del país, puesto que los elementos conservadores en Inglaterra son poderosos y la impotencia de la Cámara de los Lores es palpable. ¿Quiere decir esto que Inglaterra acepte el sistema de la Cámara única? No por cierto. Lo que todo esto dice es primero que el antiguo

Parlamento está herido de muerte, y que hoy por hoy lo que vive en Inglaterra es el espíritu del régimen representativo que palpita en los Comunes.

¿Y la monarquía? La monarquía británica continuaba siendo la de la revolución de 1688 y del acta de 1700; la que debía su origen á la voluntad de la nación, expresada por el Parlamento; la que debía elegir los ministros que el Parlamento le designase, etc., etc. Sólo que como la representación parlamentaria de Inglaterra era ahora otra cosa; como que el Parlamento no era ya tan sólo la expresión de una oligarquía; como que el país, la nación, habían recabado sus derechos y su autoridad directa, ya por medio de la reforma electoral de 1832 y la transcendentalísima de 1867, ya por medio de la consagración perfecta de todas las libertades de imprenta, de reunión, de asociación y que impiden el absolutismo de un cuerpo y garantizan el pleno imperio de la opinión pública, dicho se está que la monarquía británica vive en estas condiciones, por estos principios y con este sentido.

En vano el *formalismo* político de estos últimos días grite en contra de la inteligencia de cierta monarquía y de la democracia. En el rigor de la escuela, esta inteligencia no será posible; siempre lo sería más que la compatibilidad de la democracia con la dictadura, el doctrinarismo y otros atropellos de los derechos naturales del hombre que esos mismos *formalistas* han sancionado y practicado con una frescura que espanta. Pero tomada la cuestión desde un punto de vista gubernamental, con otro espíritu que el absoluto y desinteresado de un hombre puramente de ciencia, puede encomendarse la contestación al ejemplo de Bélgica, Rumania, Italia, Grecia, Portugal, y á la misma Inglaterra, donde, sin abdicaciones indignas, ni apostasías vergonzosas, ni contradicciones grotescas, han podido ocupar los altos puestos del Estado y realizar desde allí honrada y eficazmente sus ideas capitales hombres como Mrs. Bright, Milner, Gibson y Molesworth; con lo que la antigua economía de los partidos políticos británicos ha sufrido una transformación quizá mayor que la operada á fines del siglo bajo Jorge III y por la influencia de la guerra de América y de los *amigos del rey*; en 1820 por la acción de Can-

ning y de Robert Peel y las cuestiones del libre-cambio y los católicos; y en 1850 por la union de los peelistas y los wighs, bajo Aberdeen hasta llegar á Lord Palmerston.

Y el nuevo sentido de la política inglesa y su separacion profunda y radical del espíritu de la antigua escuela conservadora del continente se ponen más en evidencia despues de 1868, y sobre todo por la accion del Gabinete Gladstone-Bright. Las pruebas son numerosas. Las reduciré todo lo posible.

En el continente, y más en aquella parte occidental que conocemos de un modo directo los españoles, los conservadores se han distinguido, no sólo por la importancia que han dado á la idea del orden, sobreponiéndola á la idea de libertad, y aún á la de progreso, si que muy particularmente por la manera de considerar aquel orden y los medios de asegurarle. A juicio de aquella escuela, la reforma, caso de venir, ha de ser en el momento absolutamente imprescindible; y es público y notorio que su poca devocion por las novedades ha impulsado á sus hombres de gobierno á no respetar lo que los reformistas han hecho, para lo cual unas veces han atenuado, hasta anularlos, los efectos de la reforma, bien por las leyes y reglamentos especiales y secundarios, bien por medio de una práctica gubernamental de todo en todo opuesta al principio que debían desenvolver y aplicar, miéntras en otras ocasiones (y no las ménos por desgracia) no han titubeado en derogar en absoluto todo lo legislado con carácter de innovacion y cambio profundo y transcendental. Para los actuales conservadores del Occidente continental, para los antiguos conservadores de todo el continente europeo, la idea del orden supone un sistema de prevenciones que, ora tienen por objeto la espontaneidad general de la nacion, ora se refieren especialmente á las clases inferiores, á la masa que el mundo *comm'il faut* y los *hombres de Estado* estiman buena tan sólo para obedecer, para entusiasmarse cuando lo reza el bando, para acompañar las procesiones oficiales, pagar el impuesto de consumos y dar pródigamente su sangre en los campos de batalla, privilegio incontestable, toda vez que para ella es ilusoria la redencion á metálico (que no tiene), como para las demas clases lo es el servicio militar allí donde éste no reviste el carácter de obligato-

rio é insustituible y no se ha llegado al armamento nacional. Demas de esto, los conservadores estiman de interes capital, al lado de la tutela del Estado, el mantenimiento de todos los prestigios tradicionales, de tal suerte, que si alguna institucion antigua pide reforma, ésta sea la menor posible, sin pasar por lo que trasciende, á cambio violento y profundo, ó á negacion redonda del principio tradicional. Así se explica, por ejemplo, la intimidad de relaciones entre la Iglesia y el Estado, que sostienen los conservadores ; así se explica el respeto extraordinario que á la propiedad histórica aquellos profesan, sin distinguir de orígenes ni condiciones, y dando á la prescripcion una fuerza y un alcance excepcionales.

Pues bien ; lo que hoy en Inglaterra priva es absolutamente lo contrario. La libertad es la base de todo el actual sistema político británico. Nada hay indiscutible ni fuera de la accion de la muchedumbre, allende el canal de la Mancha. La monarquía, la religion, la cosa juzgada, los secretos de la diplomacia, la razon, los intereses, los procedimientos de la nacion en guerra contra el extranjero, la ley misma, todo allí está sometido á la prensa y á la tribuna ; todo cae absolutamente bajo la jurisdiccion de la opinion pública. Ejemplos de esto podrían aducirse hasta la saciedad.

Notoria es la campaña que contra la institucion monárquica comenzó hace cinco años el baronnet Charles Dilckes, tomando pié de la cuestion de las deudas y la conducta poco juiciosa del príncipe de Gales. Méenos tiempo hace, en 1877, conmovíase la opinion con las pretensiones, al fin triunfantes, del partido conservador de dar á la reina Victoria el título de emperatriz de las Indias ; y entónces *The Times* publicaba estas líneas : «... Se nos dice que aún hay la esperanza de que las manifestaciones del sentimiento público abran los ojos de la reina. No lo creemos : no ha salido de Inglaterra la reina para tener los ojos abiertos, sino que voluntariamente los ha cerrado para no ver.» Y la revista semanal *Reynol's News paper* (que tira sobre 320.000 ejemplares), publicaba otro artículo intitulado *El primer paso hácia la república* : y el *National Reformer*, que desde 1860 dirige Mr. Bradlangh, y *Republican Herald*, acentuaban sus argumentos y censuras



francamente republicanos. El parque de Birmingham y la verde planicie de Hyde Park, testigos son de tres años á esta parte de la vivísima propaganda que se hace ora en favor de la reforma de la propiedad en Inglaterra, ora en contra absolutamente de toda propiedad. Conocida es la campaña, poco feliz afortunadamente, de Mr. Bradlangh contra la idea religiosa, y todos los dias los periódicos nos hablan de la agitacion que los defensores del célebre Tichborne sostienen contra el fallo de los tribunales que ha condenado al reclamante como usurpador de nombre y estado civil. La guerra de la India y las confiscaciones del Oeste autorizaron á un periódico inglés de Delhi para defender la insurreccion de los indios frente á los atropellos de las autoridades y el ejército de la Gran Colonia (atropellos, al fin, reparados magnánimamente) y la guerra de China fué motivo para que en la prensa inglesa se dijese que aquella era una empresa de piratas y la toma de Pekin una serie de impudentes robos.

Pero ¿qué más prueba se necesitaría que el proceso recién-tísimo de los *Trade's Unions*? Las escenas de Sheffield eran para espantar. Compréndese el terror de las clases conservadoras y de los hombres tímidos á la noticia de que existía una vasta asociacion de trabajadores sostenida hasta por el puñal, para imponerse á los capitalistas, á los empresarios, á los propietarios. Se comprende que los hombres juiciosos y aun los más ardientes enemigos del régimen preventivo hicieran alto y pusieran los ojos en tal problema, recogido el ceño y no tranquilo el ánimo. Y ¿cuál ha sido el resultado de aquel proceso? La negacion del derecho de asociacion? Todo ménos que eso. Los *Trade's Unions* siguen, pero á condicion de no ser sociedades secretas, en cuyo caso sus individuos perderían todo derecho. Tal es el acta de 29 de Junio de 1871, que reconoce la personalidad legal de aquellas asociaciones, al modo que la de las sociedades de seguros; acta seguida de otra de la misma fecha que castiga la violencia directa é indirecta sobre el trabajo de los obreros. La libertad, pues, triunfó al cabo.

Otra crisis ha sido la de los Fenians de Irlanda. Los despojados, los oprimidos, las víctimas seculares de la verde Erin en su desesperacion habían llegado á organizarse de un

modo formidable. No se trataba ya de la resistencia en su tierra natal : no de los pequeños recursos de la masa de arrendadores humillados y envilecidos. Los fondos se recogían en todas partes, sobre todo en América, donde la influencia de los irlandeses llegó á predisponer al gabinete de Washington contra la antigua Metrópoli. Y ahora la acción debía plantearse y desenvolverse en la misma madre patria, en Inglaterra, en Lóndres. En 1867 el problema era tremendo. Y vinieron las palpitaciones, y las explosiones parciales, y se oyó el paso de la revolución. ¿Pero qué resultó de todo esto? ¿Grandes maniobras militares? ¿La dictadura? ¡Oh! no. La ley Agraria de Irlanda de 1.º de Agosto de 1870, esto es, la devolución á los arrendadores irlandeses de las tierras usurpadas hacía muchos siglos; y la ley de 26 de Julio de 1870 aboliendo la Iglesia oficial de Irlanda y recogiendo sus bienes para distribuirlos, una parte por vía de indemnización á los eclesiásticos actuales, otra (de 7 á 8 millones de libras) á las escuelas y los hospitales del país. Es decir, una colosal expropiación de las clases directoras y la plena separación de la Iglesia y el Estado. No ha perdido tanto la democracia en el continente.

Estas dos leyes bastarían para caracterizar la administración Gladstone-Bright (1868-74); pero en la historia figura á su lado la de 9 de Agosto de 1870 sobre educación elemental. En el momento de votar las Cámaras inglesas la reforma electoral del 67, una voz había hecho oír estas palabras : «El mal está hecho. Ahora, clases directoras de la sociedad inglesa, poderes del Estado, hombres de juicio y de ciencia, apresuraos á votar recursos para sacar de la ignorancia á nuestros señores!» Tres años despues comenzaba en el Parlamento una de aquellas grandes informaciones que, como la abierta sobre el estado de los negros y los libertos de las Indias Occidentales en 1830 y 1836; y como la provocada sobre los obreros y los *trade's unions* en 1867 había de dar grandes resultados. Apareció que en Lóndres barrios enteros no enviaban en solo niño á la escuela. En Birmingham de 83.000 niños sólo 26.000 sabían mal leer: en Leeds de 57.000 sólo 19.000 : en Liverpool de 90.000 sólo 30.000 : en Manchester de 60.000 sólo 25. Sobre esto vino la proposición del demócrata Mr. Forster en el Parlamento sostenida

con estas políticas frases : «Yo soy de aquellos que no han querido esperar la educacion del pueblo para confiarle un poder político : si lo hubiéramos hecho de otro modo, hubiéramos podido retrasar su educacion mucho tiempo ; pero ahora que le hemos concedido poderes, su educacion no puede ser diferida.» La idea de Mr. Forster fué aceptada y ampliada por el gobierno, que afirmó la necesidad de que la enseñanza *gratuita y obligatoria* fuera esencialmente láica, accediendo tan sólo á que en las escuelas se leyera la Biblia. Un éxito admirable correspondió á tan generosos esfuerzos.

De modo que, léjos de venir al régimen de prevenciones en general y de reservas y desconfianzas contra una clase, la Inglaterra de Gladstone se lanzaba resueltamente en el camino de las concesiones radicales, de las libertades absolutas y del llamamiento de todas las clases al goce del derecho, de la riqueza, de la instruccion y del poder. Facilísimo sería aumentar los ejemplos. Ahí está la abolicion de la compra de los grados del ejército, privilegio de que disfrutaron hasta 1871 las clases ricas de Inglaterra, y que tanto daño hacía á la organizacion militar inglesa, como se demostró palpablemente en Crimea. Ahí están las novísimas reformas coloniales : la instauracion del Gobierno responsable en el Cabo en 1872 ; la extension de éste á todas las provincias que constituyen el dominio del Canadá en 1873, y, en fin, las flamantes variaciones de la legislacion de la India. *Et sic tantum.*

Lo dicho casi dispensa de discurrir sobre otros puntos tambien indicados, poco hace, como capitales para la antigua escuela conservadora continental. No se me oculta la observacion que á más de uno se le habrá ocurrido respecto al reducido alcance que al parecer tienen las reformas sobre la propiedad y la Iglesia en Irlanda. Se trata de medidas excepcionales y que han debido plantearse sólo en una comarca. La propiedad en Inglaterra sigue como ántes ; y la Iglesia anglicana sigue siendo la oficial para los Cuerpos de Westminster.

Sin embargo, sobre ésto es preciso considerar varias cosas. Primeramente, que de todos modos el rigor del sistema conservador tradicional está roto ; y se ha roto con todo el escándalo posible. Sólo se necesita pasar la vista por los extractos

de las sesiones del Parlamento, en la primavera de 1870, para convencerse de que todos los argumentos aducidos por el clero anglicano en contra del *bill* del *disestablishment and disowment* de la Iglesia oficial de Irlanda, son absolutamente los mismos que en España y Francia hemos oído cien veces en favor de los privilegios de la Iglesia católica y en contra de la desamortización. Y respecto de la reforma de la propiedad de Irlanda, los debates de Westminster han producido doctrinas quizá (y sin quizá) más revolucionarias que las consignadas por nuestros oradores liberales del 12 y del 20 al sostener la abolición de los señoríos. ¿Qué importa que el principio se haya afirmado sólo en un orden particular, en un punto de la serie, en un momento determinado? ¿Se ha negado para los demás? ¿Y la lógica, no es ni produce nada? ¿Y este modo *singular*, particular de hacer las cosas, es nuevo en el pueblo inglés?

Además, no es por completo cierto lo que se dice del reducidísimo alcance de esas medidas. Desde luego téngase en cuenta que el *Reino-Unido* lo constituyen Inglaterra, Escocia é Irlanda. En Escocia la Iglesia oficial es la presbiteriana; la cual, por sus condiciones características, no puede poner sus privilegios ni sus relaciones con el Estado en parangón con aquellas otras Iglesias de gerarquía y orden cerrado, como la católica y la anglicana, que más ó ménos admiten el patronato laico, las regalías, etc., etc., y que, en fin, han soportado más ó ménos la intervención del Estado en sus asuntos ó ejercido una influencia decisiva en los negocios civiles. Conocida es la historia del patronato, abolido en 1690 por la revolución, restablecido en 1712 por los episcopales de Londres, causa de grandes conflictos desde 1836 hasta 1843, en que se verificó la separación y constitución de la Iglesia libre de Escocia (1),

---

(1) Se constituyó por una suscripción de 250.000 libras esterlinas, con 400 eclesiásticos, y fundó 687 parroquias. En ménos de veinte años consagró la nueva Iglesia 1.251.458 libras á la construcción de templos y escuelas; y gastó más de cinco millones de libras. En 1851 en Escocia había 3.395 sitios dedicados al culto: de ellos 1.183 de la antigua Iglesia, 889 á la libre. Y el censo de aquella fecha acusa que el domingo en que se hizo asistieron 228.757 fieles al culto de la Iglesia establecida, y 255.482 al de la libre. Es curiosa y elocuentísima la historia en este particular.

bajo la direccion de los doctores Chalmers y Candlish, y, en fin, objeto del Acta de 1843, que trató de resolver las dificultades en un sentido de conciliacion (siempre favorable á la congregacion de fieles, ó sea á la independenciam de la Iglesia), y despues, en nuestros mismos dias, del Acta de 7 de Agosto de 1874, que ha derogado en absoluto el patronato, dejando libremente á las congregaciones parroquiales la libertad de elegir á sus ministros, así como á la Asamblea general el cuidado de arreglar los modos y forma de la eleccion. Por ésto, por la absoluta libertad religiosa que se disfruta en Escocia; por la manera especial de ser sostenido el culto presbiteriano; por la misma actitud, siempre pasiva, del representante de la Corona en la *General Assembly*, que se reúne todos los años en Mayo y durante doce dias en Edimburgo; por todo ésto, repito, hablándose de Iglesias oficiales, de intimidad de relaciones de la Iglesia y el Estado, á nadie se le ha ocurrido poner como ejemplo lo que sucede en Escocia (1). El sistema donde florecía era en Irlanda y en Inglaterra.

Ahora bien; en Irlanda se ha realizado por completo la separacion de la Iglesia y el Estado, y del Parlamento del *Reino Unido de la Gran Bretaña* de la Cámara de los Lores han desaparecido los Lores espirituales de Irlanda. Es decir, que la alta Cámara, cuyo carácter es general, cuya representacion es *nacional*, ha sido modificada por consecuencia de la reforma de Irlanda. ¿Tiene ó no esta medida séria transcendencia en la vida total jurídica, en la organizacion política de la Gran Bretaña?

Por otra parte, tampoco es exacto que la idea de la separacion de la Iglesia y el Estado no haya transcendido á la Inglaterra propiamente dicha. ¿Pues á qué otra idea responde la exclusion de la enseñanza religiosa de las escuelas elementales de 1870? ¿En los debates á que el *bill* de Mr. Forster dió origen, que sostuvieron el clero anglicano, frente á la *Liga de la*

---

(2) Despues de todo, lo que sustituyó en Irlanda al antiguo régimen, no dista mucho de lo que pasa en Escocia. Los negocios de la Iglesia anglicana son arreglados por un sínodo compuesto de láicos y eclesiásticos, elegido regularmente y reconocido por la reina en su Consejo. (Véase *Hervé*.)

*Educacion*, á la *Union para la Educacion* y á los ministros de la reina? Y más aún : ¿qué dice y qué supone la ley de 16 de Junio de 1871, que bien á despecho de la Cámara de los Lores dispensó á las personas que aspirasen á los grados y las funciones universitarias láicas de suscribir la profesion de fe religiosa exigida hasta entónces en las universidades de Oxford, Cambridge, Durham y los colegios dependientes de ellas? ¿A dónde va la ley de 4 de Agosto de 1874, que establece el registro civil obligatorio para nacimientos y defunciones, acentuando vigorosamente el sentido del acta de 1836?

Y cuéntese que aquí no hablo más que de aquellas medidas (y esto de las principales) que han sido aprobadas por las Cámaras inglesas. Enumerar las proposiciones y los proyectos inspirados en aquel espíritu radical sería larga tarea. Lord Gladstone cayó precisamente cuando se proponía levantar la Universidad de Dublin sobre el colegio de la Trinidad y los dos antiguamente creados por Peel, excluyendo de sus enseñanzas la filosofía y la moral para mantenerlo fuera de los exclusivismos religiosos. En 1872 (Febrero y Junio) fué objeto de grandes debates y rechazado en los Comunes al fin un *bill* para el enterramiento de los disidentes junto á los cementerios de las iglesias ortodoxas. En Abril de 1875 un diputado por Edimburgo, Mr. Mac-Laren, propuso, sin éxito, la abolicion de las cortas contribuciones que en Escocia se pagan para el sostenimiento de la Iglesia establecida; Mr. Salt sostuvo la necesidad de autorizar á los anglicanos para construir iglesias y celebrar el culto fuera de las consagradas oficialmente al modo de los disidentes; y Lord Lyttelton abogó por la creacion de nuevos obispados sostenidos exclusivamente por suscripcion voluntaria. Y por último, en 1873 ¿no ha sido presentada por Mr. Miall á la Cámara de los Comunes un *bill* para la completa separacion de la Iglesia y el Estado en la misma Inglaterra?

Lo mismo puede decirse de la cuestion de la propiedad. Es necesario ser ciego para no reconocer que lo de Irlanda es el principio de una reforma total. Por eso hoy semejante reforma está á la órden del dia en los grandes *meetings* populares é inscrita en la bandera de una poderosa asociacion reformista. Por eso no sorprende lo que en otro caso hubiera producido

honda sensacion en toda Europa : la ley de 13 de Agosto de 1875, votada por las actuales Cámaras conservadoras sobre arrendamientos rústicos, en la cual se establece en materia de mejoras y de desahucio doctrinas beneficiosas al arrendatario, precisamente cuando en el continente el legislador se preocupa sobre todo del propietario.

Ahora bien : ¿ puede darse nada más opuesto á las ideas, las protestas, el sentido y la política de la antigua escuela conservadora continental ? ¿ Puede darse nada más fuera de los principios del viejo partido de los Pelham y del espíritu de los Wellington y aún del mismo Lord Parlmerston ? Y sin embargo, hoy, como ayer, para el que ve sólo las apariencias, Inglaterra es un país gobernado por un rey y dos Cámaras. Allí privan la monarquía constitucional, el régimen representativo, las libertades que Blaskstone enumeraba en sus *Comentarios* hace más de un siglo. ¿ Pero las libertades de entónces son las de hoy ? ¿ Por bajo de aquellas formas de gobierno vive y palpita ahora lo que palpitaba entónces ?

Esto no cabe sériamente ni preguntarlo. La Inglaterra de 1688, la misma Inglaterra de 1830 han desaparecido. Lo prueban hasta la precipitacion misma con que los conservadores de las actuales Cámaras legislan aboliendo, como en Agosto de 1875, la última sombra de privilegio para los empresarios en sus relaciones con los obreros ; estableciendo ventajas para los arrendatarios rústicos ; suprimiendo, como en Agosto de 1874, el patronato en Escocia ; fijando, como en Julio de 1874, horas de trabajo para las mujeres y los niños é impidiendo la entrada de éstos, ántes de los diez años, en una manufactura ; creando el Tribunal Supremo del reino á costa de la Cámara de los Lores, suprimiendo la pena de confiscacion de la ley penal inglesa, y, en fin, decretando la revision y derogacion expresa de un gran número de antiguos y desusados Estatutos, al modo que en 1872 se hizo con algunos cientos que correspondían al período de 1800 á 1810 : acuerdo gravísimo que tiende á dar unidad á la legislacion británica y que responde á los progresos que hace en la sociedad inglesa la idea de la codificacion. No es mucho, por tanto, que dominando estas corrientes, la prensa nos haya sorprendido en estos

dos últimos años con proposiciones radicales encaminadas á una nueva reforma de la ley electoral, llevando la idea democrática á sus últimas consecuencias ; así como otras tendentes á la abolicion de la pena de muerte.

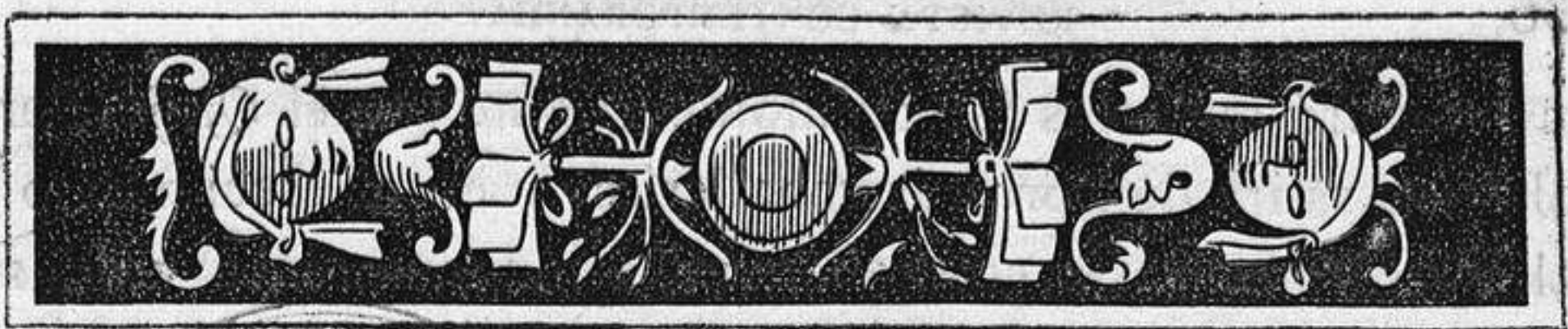
Señalar la influencia que todos estos cambios han de ejercer en la sociedad británica ; mostrar de qué suerte el nuevo espíritu ha de apoderarse de los elementos progresivo y conservador de aquel pueblo ; inquirir hasta qué punto el flamante sentido democrático de la Constitucion política británica se parece ó ha de parecer al sentido análogo del continente ; estudiar las notas y factores que al movimiento político general del mundo trae esa transformacion... Discurrir sobre todo esto y exponer observaciones de indudable utilidad para nuestro país, máxime en el actual estado de desorganizacion de los partidos liberales y la especie de desencanto que se ha apoderado de muchas gentes, todo es por demas interesante, seductor y hasta meritorio ; pero tal empresa sale del círculo de mis medios y de las condiciones de este trabajo. Con ser el propósito muy modesto, temo haber abusado de la benevolencia del lector y tengo la seguridad de que la obra es por extremo deficiente. De todos modos algo quedará de tanta cita y tanta digresion.

Verdad que Inglaterra es grande : verdad que sus progresos no cesan : verdad que aumenta sus esplendores : verdad que el ejemplo es admirable y la leccion elocuente : verdad que sus virtudes son dignas de imitacion y su camino no ménos digno de ser tomado. Pero que los ilusos se desengañen. Lo que allí centellea es sencillamente la democracia.

RAFAEL M. DE LABRA.







## ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA

---

**E**n la popular y económica edicion del *Quijote*, que con nueva vida de Cervántes y comentarios intercalados en los capítulos está publicando en Cádiz el laborioso cervantista Sr. D. Ramon Leon Mainez, presenta este señor un nuevo candidato á la poco envidiable gloria de haber sido autor del *Quijote* espúreo engendrado en Tordesillas y dado á la luz del mundo en Tarragona, y como tengo la conviccion de que este punto va siendo hoy á la luz de los comentarios filosóficos uno de los más dignos por su importancia de llamar la atencion de los españoles, únicos á su vez llamados á descifrar este enigma á los extranjeros, páreceme oportuno consagrar algunas líneas al exámen de los nuevos títulos con que se presenta el escritor agraciado ó mejor dicho des-graciado por el Sr. Mainez, con tanta más razon quanto que recientemente en el «Mensaje de Merlin» he ahijado esa obra á otro padre de doble carácter espiritual, á saber : literario y religioso, licenciado por la Universidad y por la Iglesia.

Pruebas de lo importante de esta cuestión ofrécense en la historia de la crítica del *Quijote*, en lo tardío de su iniciativa, en el sesgo que tomó en sus principios, en la indiferencia con

que se miró mientras fué opinión corriente que el *Quijote* era sólo una sátira de libros de caballerías, y en el crecimiento y calor reciente de las controversias, tan luego como varió su curso la crítica y tomaron otra base los comentarios. Los contemporáneos de Cervantes que conocieron el otro *Quijote* tarraconense, leyeron los respectivos prólogos, vieron y acaso se gozaron en que hubiese rencillas personales entre los dos autores, y no pasó adelante su curiosidad. Así como todo género nuevo literario trae consigo imitaciones del original, creerían tal vez que el *Quijote de Avellaneda* era el segundo de una serie de «andantes locos,» y que daba el campo bastante fruto y el tema motivos suficientes para interminables variaciones. En realidad de verdad, si después de leer la novela de Cervantes todavía inspiran admiración los Orlandos, Amadises y Reinaldos, con la novela del Licenciado de Tordesillas, concluirían por aborrecer cordialmente á todos y á todo cuanto concierne á la caballería andantesca. Presupuesto el error palmario de los que creen que un libro mató á los poemas de *gestas*, diría que más contribuyó á ella Martín Quijada con su *Gran Cenobia*, que Alonso Quijano con su *Dulcinea*. Por otra parte, si fué ó no fingido el nombre del autor, cosa era que importaba poco á los lectores, que no vieron en el libro más que lo que habían visto en todos los de mero pasatiempo, que las ideas se plagiaban y las historias de héroes se proseguían por diversas plumas. Acaso extrañarían algunos que un nombre desconocido fuese al frente de una obra, que no hay que negar tiene bastante mérito literario en la delineación del carácter bajo, soez y grosero de Sancho; pero no pasó á más el negocio, y cumplidos sus días, como cumplen los de todo libro de autor que cae bajo la jurisdicción de esta sentencia,

Que el que saca á luz pape-  
Para entretener donce-  
Escribe á tontas y á lo-

hundióse en el silencio del olvido.

Vivía entretanto el legítimo Don Quijote, vida quieta y retirada, es verdad, pero al fin vida, esperando mejores tiempos, pues en el mundo espiritual como en el físico, las semillas que

han de dar frutos duraderos tardan mucho en brotar sobre la superficie, y mucho más en llegar á su destinada altura. Tocó á los biógrafos remover el polvo en que yacía Quijano *el malo* al tratar del pintor de Quijano *el bueno*, y ¡cosa extraña! casi á las primeras de cambio, un sacerdote sospechó que tras del pseudónimo se ocultaba un fraile, ó por lo ménos un hombre de Iglesia, que así le han subido unos hasta confesor de Felipe III, como bajado otros á simple motilon ú ordenado de las cuatro menores. En efecto, á excepcion de D. Adolfo de Castro, que últimamente sacó á la argolla al poeta dramático Juan Ruiz de Alarcon, el pleito versa sobre candidatos todos de sotana y manteo.

En medio de esto, y al fin de lo que podemos llamar época primitiva ó de infancia en la crítica del *Quijote*, sucedió lo que irremisiblemente debía esperarse: que muchos ingenios, por otra parte ilustrados y curiosos, rebuscando nuestras bibliotecas toparon con el *Quijote* espúreo citado por los biógrafos, y leyéndolo, sin preocupaciones en pró ni en contra, hallaron que literariamente no era tan despreciable que mereciese la sepultura cruel de la indiferencia pública, y vimos á Montiano Luyando, á Casimir Delavigne y otros hacer comparaciones y prendarse, tal vez por la novedad, del *Quijote* espúreo desconocido. Nótese que la comparacion de estos escritores no traspasaba los límites de la crítica puramente literaria, y que la indignacion que en algunos excita su predileccion hácia Avellaneda es en cierto modo injusta y está fuera de lugar. No debe causar sorpresa que escritores de fines del pasado y principios del presente siglo, para quienes la obra maestra de Cervántes no tenía ya el mérito de ser medicina contra la plaga de libros de caballerías, se viesen refrescados en sus ratos de ocio con la lectura de otro *Quijote*, en cierto modo nuevo, tan nuevo, que el tenerle en las manos era prueba de diligencia y erudicion, y de pertenecer el opinante al entónces corto y escogido número de bibliógrafos, cuyo gremio tantos servicios ha hecho á las ciencias y á las letras, conservando y llamando la atencion hácia obras que sin su exquisita laboriosidad habrían para siempre desaparecido del comercio intelectual del mundo. Agradecidos debemos estar á estos encomiadores, si-

quiera por la parte en que hayan contribuido á llamar la atención á la obra de Avellaneda, y su mismo extravío de juicio y exageracion de elogios fué providencial, pues sólo diciendo que era superior á la de Cervántes pudo tener algun eco su opinion, y dado márgen á que unos la reimprimiesen para mostrar que era buena y otros para evidenciar que era mala. En Inglaterra se tradujo á principios de este siglo para probar lo último y en un juicio breve y magistral que á la edicion precede, se hace ver que no hay proximidad posible entre dos libros que distan más uno de otro que la tierra del cielo. Pero aún con toda esta batalla y disputa el libro se hundía, y fuera de los Panteones, enciclopedias ó colecciones en que entra verde con seco, no tengo noticia que recientemente se haya hecho edicion alguna del *Quijote* de Tarragona.

La nueva faz en la historia crítica de este libro comienza, y no podía ser de otro modo, desde la revolucion operada en la historia crítica de su modelo. El factor dado por los anotadores y biógrafos desde Mayans hasta Clemencin, es que el autor escondido era un sacerdote, é inquisidor por añadidura. ¿Cuál fué el motivo de la agresion contra Cervántes? Que éste lastimó el orgullo ó la vanidad de Lope de Vega. No basta que Cervántes haya contestado claramente que no tuvo en las mientes á este personaje al escribir su incomparable sátira. En ocasiones y lugares en que el autor del *Quijote* toca á propósito en un registro para que suene lo contrario de lo que á primera vista se lee, se le toma la palabra y se cree en la letra como en evangelio, por más que la está matando el espíritu, cual sucede en su cuádruple é intencionada declaracion de que no tenía otro objeto al escribir, que acabar con los libros de caballerías. En otras como en el presente caso, no se hace ninguno de su declaracion formal y sería.

Pero demos de barato que atacó á Lope de Vega. Este contestó por sí, ó, cual vulgarmente se dice, por cervatana, escribiendo un libro que, entre paréntesis, si algo prueba es que Cervántes le atacó justamente y con razon sobrada. Mientras no haya más que esto en el fondo de la cuestion, me parece trabajo y tiempo perdido todo el gastado ó el que se gaste en averiguar quién pudo ser el Licenciado Alonso, de Tordesi-

llas , y que bien debía responderse á la pregunta impertinente de quién hizo el *Quijote* de Tarragona , diciendo que «Fuente Ovejuna lo hizo» ó Perico el de los Palotes. Más vale que nunca se averigüe , porque no se saque al pilori el nombre de un desgraciado que por mezquinos resentimientos personales injuria y lastima á un hombre tan superior y de pensamientos tan nobles y elevados.

El nuevo sesgo , empero , de la crítica del *Quijote* , descubre un nuevo factor en esa operacion misteriosa que produjo un libro agresivo contra el mejor libro que ha tenido la España. Este factor es el elemento religioso. Es la pugna entre el espíritu secular , pagano , liberal é independiente que dominaba la mente de Cervántes y de que empapó las páginas de su libro , y el espíritu religioso , fanático y supersticioso de que está impregnado el *Quijote de Avellaneda*. Este es el nuevo y verdadero punto de vista de la cuestion , y éste el que la da importancia verdadera , por cuya razon es hoy una de las que más ejercita el ingenio de los críticos. Yo he sostenido ántes de ahora que la produccion de este *Quijote* fué negocio de bandería , especie de protesta colectiva del clero inquisitorial , contra un libro que creyó le era hostil , y aunque no comprendiese , como se comprenderá algun dia , hasta qué grado , alcanzó lo bastante para ver que tal obra no debía pasar sin correctivo , y asustado con la popularidad que ganaba el *Quijote* , pensó el clero valerse del mismo argumento , del mismo héroe y del mismo título para confeccionar otro *Quijote* á su manera , esto es , un *Quijote* tan loco ó majadero como se quisiese en materia de aventuras y despropósitos ; pero sobre un fondo de fe ciega , obediencia y sumision á la Iglesia y á sus prácticas , y mezclando como episodios novelas y cuentos todos encaminados á la mayor honra y gloria de la devocion instituida por Santo Domingo su patron y jefe , ó por lo ménos el primer inquisidor general que tuvo el Santo Oficio.

Las conjeturas que hasta el dia se han hecho sobre la causa determinante del *Quijote* espúreo son ciertamente insostenibles y demasiadamente pueriles. Háse dicho que Lope de Vega se resintió de expresiones ó juicios de Cervántes en el coloquio que tuvieron el cura y el canónigo de Toledo , referente al

buen gusto y á las reglas del arte literario , y áun puede añadirse que de algunas indirectas contenidas en el prólogo de la primera parte. Pero si la naturaleza humana , con sus virtudes y vicios , no ha cambiado desde el siglo xvii acá (y es probable que no), está muy léjos de todo mediano discurso el creer que en una cuestion de vanidad ó de celos literarios , vaya el que se cree lastimado á vengarse ó alcanzar victoria sobre su rival cometiendo la torpeza de mendigar de su mismo enemigo título , argumento y personajes , que equivale á ejecutoriar su medianía , que viene á ser como tributarle vasallaje y declararse pobre de invencion. Compréndese muy bien , que si el argumento de la obra de Cervántes hubiese sido histórico (en cuyo caso , todos los ingenios tienen igual derecho á apoderarse del asunto), viniese Lope , por sí ó por apoderado , á decir al público : ¿Veis ese que me lastima , hiere y zahiere en mi fama ú honra literaria? Pues para que se note la diferencia de ingenio á ingenio , ahí va mi obra sobre el mismo asunto , y el público juzgue y compare. Esto es comprensible , lógico , y ha sido lo usual y corriente en todos los países y en todos los tiempos. Gran parte de los dramas de Shakespeare son maravillosos perfeccionamientos de dramas ó historias anteriores. Pero el argumento del *Quijote* era original , propia invencion , si jamás la hubo , de Cervántes ; y un rival literario resentido no podía , sin rebajarse y confesar desde luégo su inferioridad , echar mano de los instrumentos creados por su oponente ó adversario. ¿Qué se diría , por ejemplo , de Ricardo Wagner , que en Alemania se alza como Lope en España , con la monarquía de la ópera , si creyéndose herido por Rossini , compusiese , por ejemplo , otro *Barbero de Sevilla* , con los mismos personajes y los mismos temas ó motivos musicales que inventó el cisne de Pésaro? Desde luégo se preguntaría el público : ¿*Cui bono*? Si mérito hay en esto pertenece al inventor , al primero. Indudablemente Rossini seguiría siendo superior á Wagner , y si algun recelo pudiera quedar del incuestionable mérito del primero , concluiría al punto con la triste exhibicion de pobreza y falta de originalidad del segundo. Repito que no creo posible haya cambiado tanto la estofa humana en el transcurso de un soplo , que no sean aplicables

estas reflexiones á los hombres del siglo xvii como lo son á los del dia. Pero si cambiamos el móvil, la idea, el objeto, todo se allana, facilita y se convierte en comprensible. Supongamos que Wagner no se resiente porque Rossini le sea superior en el *libretto* ó argumento ni en la originalidad de su música, sino en el *espíritu* de ella. El artista italiano con esos materiales hizo una ópera *bufo*. ¿Qué tendría de particular ó extraño que Wagner ú otro maestro se apoderase de la misma historia, trama ó urdimbre, y aún de los mismos temas ó motivos para componer una ópera *seria*? ¿Por qué hay tantos autores de parodias que se guardarían muy bien de ser plagiarios?

Pues esto es cabalmente lo que aconteció con el *Quijote*; Lope de Vega ó quien quiera que fuese el lastimado ó resentido literariamente, se habría guardado muy bien de sostener competencia en público sobre excelencia de ingenio con Cervantes; pero es muy propio, natural y concebible que, dado el temple y carácter del personaje principal y de sus ideas ó fisonomía religiosa, hubiese empeño é interés por parte del clero inquisitorial en apoderarse y aprovecharse del mismo argumento y personajes como para decir al público: Aquí teneis otro Quijote, que en medio de su locura, más exagerada aún, no olvida ir á su misa, llevar su rosario y leer todos los dias el *Flos Sanctorum*. El que por ahí anda compuesto por ese *manco*, más viejo que el castillo de San Cervantes y que á todos cansa y enfada, no es nada católico; *cerdea*, se toma demasiadas libertades, y con achaque de ser loco, dice cosas que no las toleraríamos á ningun cuerdo, así fuese Platon ó Aristóteles. En verdad, no convienen á nuestro *humor* ni á nuestros intereses. Este nuestro Quijote, si bien se mira, está compuesto por un *servus á manu*, que sabe tañer el pandero literario, y (aquí podían darlo de profetas) andando el tiempo, no faltarán autoridades que le tengan como obra de arte en mayor estima que el del autor de las *Novelas Ejemplares*. Sobre todo está vaciado en el molde de las novelas que puede y debe formar el pasto intelectual y recreativo del pueblo español: y es además sano en *humor*, recto en intencion y católico de corazón y entrañas.

Hé aquí la verdadera y única version posible del pecado original generador del libro que se llama *Quijote de Avellaneda*, y que Cervántes calificó de tentacion de Satanás. Las pruebas ó evidencias de esta opinion se hallan en ámbos *Quijotes*, y no *interlíneas*, sino muy claras y en lenguaje muy castellano; pero que casualmente, ó, mejor diría, inevitable ó fatalmente, jamas pudo explicar ni comprender la vieja escuela que acabó en Clemencin, ni podrá entender la de los neo-resucitadores de las sandeces vulgares de que Cervántes intentó acabar con un mal literario. No es este el momento de aducirlas porque mi principal objeto en este artículo es examinar los títulos del nuevo ahijado del Sr. Mainez ó padre del *Quijote* de Tarra-gona.

Conforme en totalidad este laborioso cervantista gaditano con los principios de la nueva escuela de interpretacion del *Quijote*, planteados en *La Estafeta de Urganda*, y acaso el más ferviente defensor de ellos, el Sr. Mainez difiere en cuanto á la personalidad del escondido autor designada en mi reciente opúsculo con el título de *El Mensaje de Merlin*, y presenta á á Lope de Vega contra Andrés Perez, esto es, á un fraile contra otro fraile, y á un familiar de la Inquisicion contra un dominico. Ambos son carne de cuchillo y en este punto nada se ha perdido, ora triunfe el autor del *San Isidro* ó el de *San Raimundo*; pero así como en la averiguacion del autor del *Palmerin de Inglaterra*, por ejemplo, se ocupó con insistencia la crítica, como se ocupa siempre en averiguar todo lo desconocido y susceptible de ilustracion para conferir en lo general un honor ó mérito al verdadero autor, en el caso del *Quijote* espúreo en que se va á conferir un deshonor ó colgar un sambenito, es mayor la obligacion en que están los españoles de apurar el caso hasta lo sumo, por la razon sencilla de que miéntras no se averigüe el culpable, está pesando la sospecha sobre honrados é inocentes escritores contemporáneos de Cervántes, quienes si hablar pudieran nos estimularían á la tarea incesantemente.

Cree el Sr. Mainez que falta para la resolucion de este negocio un dato esencialísimo, cual es que Cervántes ú otro escritor contemporáneo hubiese indicado *claramente* su verda-



dero autor. En esto hay en verdad un error bien notorio. Cervántes lo ha indicado, tan claramente como le era posible, y los lectores convendrán que en ciertas materias al buen entendedor con media palabra basta. Nuestro gran novelista no escribía para lerdos, y exigir que en cuestion tan espinosa y delicada para él emplease el sistema de p, a, *pa*, me parece demasiada exigencia. El *Quijote* es obra de artificio *sutil*, como su mismo autor la apellida en *El viaje del Parnaso*. Sus ataques y sus defensas envueltas están en artificiosos modos; ¿por qué no hemos de procurar estudiarlos y desenredarlos? Pero acontece que en la cuestion presente, no sólo hay una indicacion artificiosa sino una mencion indirecta de las que llama el vulgo del Padre Cobos. Ambas están explicadas detenidamente en *El Mensaje de Merlin*, y para mí tengo que lo que debiera hacer la crítica ántes de colgar el sambenito á otro autor, es refutar las razones que he aducido para señalar con el dedo á quien Cervántes señaló con la pluma, que no es otro sino el autor de *La pícara Justina*. Buscar nuevas pruebas aisladas ó encadenadas es muy fácil, pues siempre hay alguna apariencia que condena; pero si el dato esencial, como dice muy bien el Sr. Mainez, es la indicacion de Cervántes y Cervántes señala repetidas veces á Andrés Perez, por grande que sea la evidencia externa y colateral en este proceso, toda cede y debe inclinarse ante la evidencia interna y directa, ó lo que es lo mismo, á la contenida en los escritos mismos del ofendido é injuriado. Pruébese ántes dónde está esa novela más notable y más mala que escribió *el capellan lego del contrario bando* y que se disparó contra el bando de los buenos, y entónces la candidatura Andrés Perez pierde la mitad del seguro fundamento en que se apóya. Pruébese ántes que Pedro Noriz no está aclamando el nombre de Andrés Perez, y entónces diré mi condenado y no mi defendido, se quedará en el aire y vendrá al suelo irremisiblemente. El artificio y aventura de la cabeza encantada es un completo organismo formado expresamente por el colosal ingenio figurativo de Cervántes para servirle en este asunto de la designacion de su encubierto ofensor. Hubo una cabeza para los hombres de aquel tiempo que pensó y habló sin saber el público quién calentaba su pensamiento

ni movía sus labios. Esta fué la del Licenciado de Tordesillas ; ¿no tiene esto semejanza con una cabeza encantada, que habla y no se sabe cómo ó quién es el que produce su voz? No olvidemos que Cervántes no ha tenido igual en lo ingenioso, y por eso llamó ingenioso al hidalgo manchego, que no es más que su retrato, y por eso escoge esta aventura para que uno de los circunstantes dirija á la cabeza la significativa pregunta de ¿me conoces? y resulte de todo el misterio un nombre que es anagrama del de Andrés Perez, y que no tiene otra ligazon ni objeto, ni encadenamiento, ni interés, ni asociacion, ni fin conocido más que consignar un nombre. Una de dos, ó Cervántes sabía lo que escribía ó movía la pluma como palo de ciego. Si lo segundo, concluimos la presente historia : si lo primero, y es hasta injuria el suponer otra cosa, hay que repetir con Clemencin, que nada huelga en el *Quijote*, y ménos un nombre, extraido de la parlante encantada cabeza con tanta solemnidad.

Pero hay más ; lo que no es posible hacer con mi candidato, que es privar de su fuerza á mis pruebas y argumentos, es factible hacerlo con las que se aducen para la candidatura Lope de Vega. La única digna de atencion es que el autor oculto dice que Cervántes escogió el ofenderlo á él y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras. Pero yo deduciría de esto que Lope de Vega está fuera de sospecha, y que otro es el que se confiesa clara y desembozadamente autor del *Quijote* espúreo. A confesion de parte relevacion de prueba, y yo creo que lo último á que debiera haber apelado el Sr. Mainez sería á este trozo que está demostrando lo contrario de lo que probar pretende. La deduccion que de él hace nuestro crítico es por demas peregrina. Porque Lope de Vega fué particularmente ofendido, concluye con que Lope de Vega debía ser quien más encarnizadamente trataría de vengarse de Cervántes. No veo la rectitud de esta consecuencia. Segun son los caracteres así es la manera de obrar. Bien podría ser que Lope, con ser el más ofendido, fuese el más generoso, y Andres Perez, con ser el ménos lastimado, el más vengativo y rencoroso. Cuando un autor zahiere á varios en una sátira, la mayor ó menor gravedad de la herida es cuestion del juicio del paciente y no de un extraño. No sabemos si Lope estaría

conforme con que le pusiesen á él como el más descalabrado con las piedras lanzadas por Cervántes, y en último resultado, aunque así fuese, pudo tener más paciencia ó sufrimiento que otro. En este punto hay que andarse con mucho tiento y figurarse que el desdichado Fray Lope se levantase de su sepultura y dijese al Sr. Mainez : ¿Con qué derecho me hace usted autor de un libro en donde el mismo autor está confesando que tuvo á bien encargarse de mi defensa? Si él habla claramente que se venga de su injuria y de la mia (Dios se lo pague), ¿á qué hechar sobre mis espaldas este peso? Si á esto se agrega que Cervántes declara no haber tenido por intento el ofender á Lope, vendremos á concluir que tanto el supuesto ofensor como el ofendido, están declarando en sus respectivos libros lo contrario de lo que sustenta el Sr. Mainez. Esto, por lo tocante á evidencia interna y directa. Veamos ahora la indirecta ó externa.

Lope de Vega, se nos dice, habló mal del *Quijote* ántes de su publicacion, y despues, en el colmo de su despecho, recurrió al medio de imposibilitar el buen éxito de la segunda parte del *Quijote* de Cervántes, publicando una apócrifa y contra-hecha. Creería yo que esta circunstancia es cabalmente la que había de quitar toda tentacion en el ánimo de Lope de escribir un libro contra el *Quijote*; pues hubiera sido señalarse con el dedo. En efecto; si un escritor habla mal de otro entre amigos que sabe que habrán de decírselo al interesado, en vano era ocultarse con un pseudónimo al salir á hablar mal de él en público, pues las sospechas caerían sobre él inmediatamente, y con razon, y no podría negarlo; porque le dirían que quien era capaz de censurar ó mostrar celos entre amigos, bien podía hacerlo entre indiferentes, como son de ordinario los lectores. Decir que ésto lo obvió Lope avisadamente, con poner en el prólogo que otro y él eran los ofendidos, para que divagase la opinion, es conjetura muy arbitraria; es, en mi concepto, apelar á poner un parche ó remiendo de cualquier color en un roto imposible de coserse. Bastante claro habla el Licenciado de Tordesillas; y si de esa manera se van á tergiversar las expresiones de un autor cuando se trata de puntos de hecho, ¿á dónde vamos á parar?

En mis pruebas en contra (pues no se trata de favor en esta cuestión) del P. Fray Andrés Perez, no aduje ninguna de estilo literario; y no porque sea difícil encontrar á centenares, comparando *La pícaro Justina* y otras obras de este dominico con la del falso *Quijote*. Sin embargo, el Sr. Mainez se apoya mucho en esta clase de argumento, y áun promete un trabajo extenso que las contenga todas detalladamente. Esperemos, pues, á ver esas pruebas y lo que pueden valer en esta contienda; pero desde luego puedo hacer notar á mi laborioso amigo, que el Sr. de Castro ha empleado ese argumento para su ahijado Alarcon; y con todo eso «no lleva á ningun ánimo desapasionado el convencimiento.» Son palabras textuales del Sr. Mainez. Aunque en ese nuevo estudio que nos promete haya gran número de comparaciones de estilo, sucederá lo mismo; y hé aquí las razones tomadas de los razonamientos ó juicios mismos que este crítico nos presenta.

Lope de Vega, nos dice, prosista y poeta, dejó estampados muchos libros en prosa, donde vertió su peculiar estilo. El de este autor es siempre dejado, incorrecto, desaliñado y pobre; en suma, concluye, parecen todas sus obras más bien laboriosos partos de un mediano talento, que inspiraciones de una soberana inteligencia; y algo más adelante apunta que era vago en delinear caracteres.

Todo esto junto, si se aplica á la obra de Avellaneda, parece que se daría de ella una idea muy incorrecta. Antes de ahora he manifestado mi opinion de que Avellaneda, comparado con Cervántes, *no es alguien*, segun expresion de éste. Pero quitado este término de comparacion, y si pudiera suponerse por un momento que existía ese *Quijote* de Tarragona en la española literatura, sin el precedente del poema de Cervántes, sería uno de los libros de más valor entre los que poseemos. Habrá narraciones prolijas y pesadas, y el *Quijote* falso estará mal delineado, en nuestro concepto, porque nos acordamos de la sublime perfeccion del otro; pero el carácter del Sancho, de Avellaneda, bajo, sucio, repugnante como lo es, no se puede negar que es una pintura de mérito poco comun, y que así lo reconoció Cervántes mismo; pues al par que le lastima ver la figura pobre de Don Qui-

jote, sólo dice del Sancho que no es gracioso ni limpio.

Hablemos con ánimo desapasionado. El *Quijote* del Licenciado Alonso, pura y simplemente considerado como cuestión de manejo del lenguaje y pintura de un patán cual la de Sancho, no es obra despreciable; y tan no lo es, que muchos escritores de cierta nombradía, nacionales y extranjeros, no ya sólo la han considerado excelente, sino aún superior al de Cervántes. Quitemos exageraciones. No digamos tanto ni mucho ménos; pero algo, sí, debemos decir para ser justos; y es, que el autor era más que mediano prosista, y que no hay esa tal pobreza, dejadez y desaliño de que habla el Sr. Mainez. Al contrario, siempre que habla Sancho resalta animación, viveza y riqueza de pensamientos y chistes, bajos y groseros, porque su intento fué pintar un rústico grosero y bajo, pero que denota grandes condiciones de escritor en el delineante. Esto, que no es opinión reciente, pues se ha manifestado y admitido desde hace mucho tiempo, viene á echar por tierra todos los argumentos del Sr. Mainez, que considera, y con razón, á Lope de Vega mediano escritor en prosa. No hay escapatoria de este dilema: ó Lope es buen prosista ó adocenado. Si lo primero, está contra la evidencia de sus obras; si lo segundo, está contra la evidencia del *Quijote* de Avellaneda. Lope, mal prosista, dejado, incorrecto, desaliñado, pobre y vago en la delineación de caracteres, no puede ser el autor de un *Quijote* en donde hay prosa viva, animada, rica, y en donde cabalmente por la estrecha delineación de los caracteres han creído muchos críticos que era más lógico y consecuente que Cervántes. *Nemo repente fuit sapientissimus*; y cuando Lope de Vega al cabo de sus años no había logrado conseguir esas cualidades de prosador, no es de creer las adquiriese de golpe hasta el punto de producir una obra notable á los ojos de quienes bien la estudian y analizan; pues en efecto, si se imprimieran aparte las pláticas donde interviene Sancho; esto es, si se pusiese por separado su papel, tendríamos uno de los modelos, en la forma, de soltura y desenfado, viveza y maestría en el uso y manejo de nuestro idioma.

El Sr. Mainez no ha creído conveniente echar por tierra la multitud de indicios y razones que aduzco en *El Mensaje de*

*Merlin* para demostrar que la cuestión del segundo *Quijote*, es más elevada y misteriosa que una mera cuestión de ofensa literaria, y que el fraile más digno de estar hoy por hoy en el banquillo de los delincuentes es el P. Andrés Perez, á pesar de que no he tocado aún la cuestión de pruebas de estilo literario, ni de carácter personal del presunto delincuente. Y no entiendo por pruebas de estilo, traer acotaciones de frases iguales ó parecidas, que esto es fundamento muy deleznable. Entiendo aquí por estilo la manera de pensar, la afición á ciertos argumentos ó sujetos y la adaptación á imaginar y pintar ciertos caracteres, y sobre todo el concepto que de la moral, propiedad y decencia tiene un escritor. Quien quiera que lea el *Quijote* de Avellaneda, lo primero que juzgará es que había perversion, trastorno en las ideas morales del autor, pues no puede darse mayor extravío que creer podía inclinar á los lectores á la virtud y á la religion, un hombre que presenta milagros fundados en bases tan inmorales como el de la priora errante y prostituta y junto á las pláticas obscenas y asquerosas de Sancho Panza. De esto sólo hay un ejemplo en nuestra literatura y es la obra de Fray Andrés Perez intitulada *La pícaro Justina*. En este libro, los números, cuadros ó capítulos parecen la esencia del desenfreno del alma y del cuerpo, una verdadera cátedra de la prostitucion, maldad y libertinaje, y sin embargo, se le antojó al buen fraile poner al fin de cada uno de ellos lo que llama, ejemplo ó aprovechamiento. Dios nos libre de tales aprovechamientos que vienen traidos por los cabellos y en que se pierde con la fábula más que se gana con la moraleja. Cuando Cervantes dice en el prólogo del *Quijote* que su libro «ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento,» aludía sin duda á Andrés Perez en su libro de la ramera historiadora ó *auto-biografía*, que ya había citado poco ántes diciendo: «Si (tratareis) de mujeres ramera, ahí está el obispo de Mondoñedo que os prestará á Lamia, Layda y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito.» ¿Qué libro se publicaba entónces en España que tuviese por personaje principal y único asunto la vida de una mujer ramera si no *La pícaro Justina*?

Aún hay más, tan luego como Mateo Aleman publica su *Guzman de Alfarache*, Andrés Perez se pone á la obra de una imitacion y sale al público con la novedad de invencion de una *pícaro* en vez de un *pícaro*. Descúbrese en su libro rivalidad con Aleman, deseo de ponerse á su nivel y aún superarle, y más que todo, vanidad de mejorar asuntos y argumentos de otros, que es lo que en el *Quijote* se observa. De suerte que en Andrés Perez falta la cualidad de inventiva: tenía que ir siempre á la cola de los genios; pero era tan presumido y vano, que no tenía reparo en aprovecharse de sus inventos y pretender que los corregía y perfeccionaba.

Por otra parte, la tónica del cerebro de Andrés Perez es la morbosa delectacion sensual, la lascivia. *La pícaro Justina* y el *Quijote* de Tarragona son los dos únicos libros verdaderamente inmorales que existen en nuestra literatura de aquel tiempo, y no sólo inmorales sino inmundos y sucios, porque el autor único, pues no podría haber dos de este temple, vació en ambas cuanta basura pudo recoger un estudiante disipado graduado en Alcalá y aleccionado en el confesonario. Esta es la verdadera prueba de los estilos, sin dejar de observar que hay la misma pesadez insoportable al pintar la picardía de Justina como la locura de Don Quijote, y que sólo hay viveza y chispa en ambos libros cuando el autor se engolfa y revuelca en el cieno del sensualismo.

No pretendo seguir adelante aduciendo nuevas pruebas, pues mi objeto no fué sostener la candidatura Perez, sino destruir la de Lope de Vega, traída con poca fortuna al debate por el Sr. Mainez, quien por otra parte ofrece muestras de acertadas reflexiones en la edicion del *Quijote* y biografía de Cervántes ya citada, y en la que hay cosecha de novedades de todo género, por más que no aceptemos ésta, que ha querido introducir sin haber necesidad para ello. Miéntras está un fraile en la barra de los acusados con la evidencia y pruebas numerosas que he aducido en un libro escrito con este solo objeto, paréceme apresuramiento el querer poner otro, sin ántes haber reducido á polvo los cargos que se hacen al primer ocupante. Luégo que la crítica haya defendido á Andrés Perez, y le haya absuelto siquiera sea de la instancia, venga

otro fraile enhorabuena. No se olvide que se trata, no de conferir un título ó beneficio, sino de inferir un grave daño en la honra, crédito y carácter del escritor á quien se acuse, y que en caso tan grave no deben sacarse á plaza nombres respetables ó de inocentes, sin la seguridad de poder sostener la acusacion.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

## FLORES DE MUERTO.

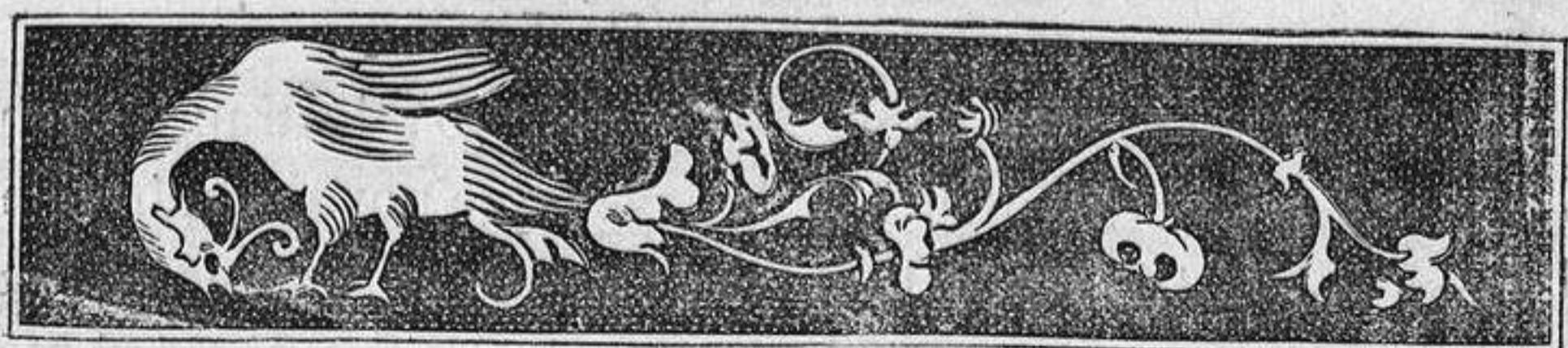
Cuando su labio traidor  
Me dió el primer desengaño  
En una frase de amor,  
Ella, como caso extraño,  
Puso en mi pecho una flor.

De mis ilusiones puras  
Se eclipsaron los fulgores,  
Y tú, mística flor, aún duras;  
¡Qué bien arraigan las flores  
Cerca de las sepulturas!

MANUEL DEL PALACIO.







## PEDRO IV DE ARAGON

JUZGADO POR SUS OBRAS LITERARIAS.

---

Crónica del rey de Aragon D. Pedro IV el Ceremonioso ó del Punyalet, escrita en lemosin por el mismo monarca, traducida al castellano y anotada por Antonio de Bofarull. — Libro de la Caballería de Mossen Sent Jordi. Real Archivo de la Corona de Aragon. Arm. de Cataluña número 8. — Ordinaciones para el régimen de la Real casa. Real Archivo de la Corona de Aragon. Var. 9 de la Colecc. de D. Pedro III.

**L**a historia de la dinastía catalano-aragonesa, más que una narracion de hechos realmente ocurridos en el tiempo y en el espacio, semeja una epopeya imaginada por inspiradísimo poeta. Tales fueron de heróicas las acciones de aquellos príncipes, tan grandes sus caracteres y tan extraordinarias las empresas por ellos llevadas á feliz remate, que la mente apénas concibe cómo pudo verificarse aquella sucesion de hombres ilustres en una misma familia y aquella continuada serie de buenos gobernantes en un mismo país.

Unos, como Jaime I, conquistan reinos con sus espadas; otros, como Pedro *el Grande*, adquieren una corona, merced principalmente al prestigio de su fama; quiénes, como Alfonso *el Liberal*, con acertadas negociaciones diplomáticas, sacan á su patria de una posicion embarazosa y le devuelven la

anhelada paz ; quiénes, como Jaime *el Justo*, ilustran su largo reinado con la promulgacion de leyes que por su espíritu no parecen en verdad hijas de aquella época relativamente bárbara á la cual se ha convenido en dar el nombre de Edad Media. Monarcas justos, valientes caballeros, sabios legisladores, diplomáticos diestros los nietos de Ramon Berenguer y de Petronila, uniendo á la constancia catalana el valor aragonés, cumplieron á maravilla su mision política, y ante la galería de sus retratos deben descubrirse con respeto el moralista y el historiador.

De entre tan nobles fisonomías, que no tienen, como es natural, notable parecido unas con otras, destácase una faz pálida, de facciones delicadas, expresion de un cuerpo débilmente organizado. Es la faz de D. Pedro IV, del rey *Ceremonioso*, como le llamaban en Aragon, del rey del *Puñal*, como le denominaban los catalanes; es la faz de un hombre al parecer enfermizo, que vivió no obstante setenta años, cuya existencia fué una continuada serie de hechos y de trabajos, y que vehemente en todo cuanto sintió ó hizo, en sus deseos, como en sus esperanzas, en sus odios como en sus amores, mantuvo incesantemente en accion sus fuerzas todas, así las del cuerpo como las del espíritu, y no descansó sino en su lecho eterno, en el soberbio cenotafio que él mismo se hizo construir bajo las arcadas de la iglesia de Poblet. Sus palabras, todos sus actos, los acontecimientos de su largo reinado, y sobre todo las obras que brotaron de su pluma nos le presentan como una de las más originales figuras de nuestra historia y por ello no consideramos perdido el tiempo que se emplee en estudiarla.

D. Pedro IV nació en Balaguer, la ciudad capital del condado de Urgel, en 5 de Setiembre de 1319, y tuvo por padres al infante D. Alfonso de Aragon, despues rey con el nombre de Alfonso IV, y á Doña Teresa de Entenza, sobrina y heredera del último Armengol de Urgel. Fué D. Pedro sietemesino, debiéndose quizás á tal circunstancia la debilidad de su complexion, y su infancia y su adolescencia hubo de pasarlas en el aislamiento, y casi pudiéramos decir en el destierro. En efecto; muerta su madre Doña Teresa en la flor de su edad,

D. Alfonso, apenas hubo ceñido su frente con la triple corona de Cataluña, Aragon y Valencia, contrajo segundas nupcias con la infanta doña Leonor de Castilla, hija de Fernando IV el *Emplazado*, y apenas esta señora le hubo dado al rey un hijo, cuando no cejó un momento en obtener para él de su marido riquezas y honores. El antemural más poderoso á su codicia eran los hijos del primer matrimonio del rey, y entre todos ellos, y más que los otros juntos, el primogénito D. Pedro. Calumnióle su madrastra, y el rey prestóla oídos con harta facilidad, que tanto pueden las razones de mujer jóven en marido viejo, el infante hubo de ausentarse de la córte y andar errante, ya por los valles que el Ebro fecunda, ya por las fragosas montañas de Jaca. En su adolescencia, durante este período de la vida, en que, por punto general, decídense los sentimientos, las tendencias, en una palabra, la manera de ser peculiar á cada individuo, ¿cuáles fueron las ocupaciones preferentes del jóven infante? En el retiro de alguno de los castillos feudales que en su azarosa vida le servían de morada, ¿aprendió entónces la alquimia y la astrología, en cuyas ciencias, segun el gran testimonio de Zurita, tuvo por maestro á cierto sabio judío llamado Menahem? ¿Compuso en tal sazón los *Cantos de amor*, de que él mismo nos habla en una de sus poesías, ó estudió quizás aquellos autores que en su Crónica y en sus escritos todos cita con tanta frecuencia, Apolonio, David, San Pablo, las letras divinas y humanas, en fin? Sobre pueril, aventurado sería contestar á estas preguntas. Parece, empero, indudable que los caballeros que rodeaban al infante y por él velaban incesantemente; su padrino Oton de Moncada, su ayo el Sr. de Gurrea, Miguel Perez Zapata, García de Loriz, eran más á propósito para enseñarle el manejo de la espada y de la lanza que para infundirle conocimientos literarios ni científicos. D. Pedro, empero, gracias á los peligros de que estaba amenazado y á la sobresaltada existencia que llevaba entónces, aprendió, sí, á reportarse, á disimular, á ser paciente en la persecucion de sus proyectos, y una vez rey, usó con singular fortuna de tales cualidades, probando la verdad de que las contrariedades y las desgracias comunican temple y vigor á los caracteres elevados.

D. Alfonso IV murió en 1336, y apenas su hijo y sucesor directo se hubo sentado en el trono, cuando concibió y realizó el proyecto de agregar á su corona los Estados que constituían el reino de Mallorca.

Debía este reino su existencia á un arranque de la ternura paternal de Jaime *el Conquistador*, quién, deseoso de satisfacer la ambicion de sus hijos, en su postrer disposicion testamentaria, al paso que legó las coronas de Aragon, Cataluña y Valencia á su primogénito D. Pedro, constituyó con las Islas Baleares y con los condados y baronías que su casa poseía en el Mediodía de Francia, un reino para su segundogénito don Jaime, reino que miéntras tuvo sus monarcas propios, fué una amenaza y un peligro para los de Aragon. Dueños, en efecto, los reyes de Mallorca de las Islas Baleares, colocadas á corta distancia de las costas catalanas, y suerte de apostadero cómodo y seguro para las naves que en varias direcciones cruzaban el Mediterráneo; señores de los condados de Rosellon y Cerdeña, llave y entrada de Cataluña por la frontera francesa, podían, en casos dados, poner á estos reinos en graves apuros; y la historia nos dice que no desaprovecharon ocasion alguna para ello. Encendía sus corazones en odio la inferioridad de importancia y de poder en que estaban respecto á sus primos, y el humillante pleito-homenaje que les debían y prestaban, miéntras que éstos les acusaban de rebeldes é ingratos, existiendo, por todo ello, entre las dos ramas de la casa real de Aragon una antipatía profunda, que estallaba á cada paso por la más leve ocasion.

Jaime III, el príncipe que llevaba el título de rey de Mallorca, cuando D. Pedro IV ascendió al trono, aunque casado con la propia hermana de éste, experimentaba por la rama primogénita de Aragon los sentimientos que en tal particular eran propios á su familia. D. Pedro le pagaba desamor con desamor. Humillóle cuantas veces le tuvo á su lado. Así, en el acto solemne de recibir su homenaje, acto que tuvo lugar en la capilla del palacio real de Barcelona, hízole sentar en humilde almohada, miéntras él ocupaba régia y elevada silla; así, al entrar juntos en Aviñon, donde fueron á visitar al Padre Santo, montados en sendos caballos, como un escudero del de

Mallorca castigase la cabalgadura del de Aragon porque se adelantaba demasiado, D. Pedro echó mano á la espada, y si no lo hubiesen contenido sus cortesanos, allí mismo diera muerte al osado servidor de su primo, y quizás á éste con él. Tras de las humillaciones vino la persecucion y el despojo. Convocó D. Pedro Córtes en Barcelona el 24 de Marzo de 1342, á las cuales el rey de Mallorca, en su calidad de feudatario, tenía obligacion de asistir. Sabíale D. Pedro preocupado en preparativos de guerra contra el rey de Francia, y sospechaba de él que no acudiría á aquel llamamiento. Así aconteció, en efecto, y entónces D. Pedro acusó á su primo de traicion y desobediencia. Los sabios del Consejo abrieron contra el rey de Mallorca un proceso, le condenaron por desleal, y D. Pedro al frente de sus ejércitos y de sus naves, encargóse de ejecutar por sí propio la sentencia. Voló á Mallorca, sometió las islas en corto tiempo, gracias por una parte á su valor y decision, y por otra á la escasa resistencia que le opusieron los isleños, mal avenidos con su monarca; y como supiese luégo que éste se había refugiado en sus estados del Mediodía de Francia, acudió á ellos con la celeridad del rayo. En vano D. Jaime hizo esfuerzos desesperados para contrabalancear la avalancha de fuerzas que contra él lanzó su primo; en vano fortificó sus villas y castillos; no hubo resistencia posible contra el poderoso ejército de Aragon. En vano el rey de Mallorca instó y suplicó en todos los tonos para que no se le desposeyese de sus Estados; en vano intervinieron por él el Padre Santo, el rey de Francia, el duque de Normandía, la reina Sancha de Nápoles. Las súplicas y las intercesiones se estrellaban contra la frialdad de D. Pedro. Activo y previsor no perdonó éste medio alguno para arraigar su poder en los Estados de su primo. Pintábale con los más negros colores, propalando por doquier que había tratado de asesinarle; procuraba que los frailes predicadores defendiesen desde el púlpito la justicia y el derecho que le asistían; y hábil en halagar á grandes y á pequeños, y en conciliarse voluntades, prodigaba finezas á los prohombres de Mallorca, y en Perpignan mezclábase y tomaba parte en las danzas y diversiones del populacho.

El rey de Mallorca murió en Lluchmajor con las armas en

la mano al frente de un puñado de fieles vasallos con cuyo auxilio creía poder recobrar su corona; y su cabeza, separada del tronco, fué mandada á D. Pedro. Su hijo fué encerrado en una jaula de hierro colocada en uno de los calabozos de la torre de Canaletas; tras largo cautiverio logró escapar de la prision para correr la Europa en vida aventurera, y morir finalmente envenenado. El reino de Mallorca, los condados de Rosellon y de Cerdeña no salieron ya jamás de la casa real de Aragon, quedando así definitivamente destruido el testamento de Jaime *el Conquistador*.

Concluido este negocio no se dió D. Pedro vagar ni descanso, ni se lo hubieran permitido los graves acontecimientos de que en aquella sazón fueron teatro sus Estados de Aragon y Valencia. La turbulenta y altiva aristocracia del primero, la soliviantada plebe del segundo, levantáronse contra él, invocando el nombre de *Union*, aquel nombre que había hecho temblar á varios monarcas aragoneses. Era la *Union*, en suma, un pacto de alianza entre los rico-homes aragoneses, que orgullosos de sus privilegios é inmunidades, celaban con sobrada suspicacia al poder real, y ora con un pretexto, ora con otro, á la menor sospecha que tuviesen de querer el rey imponérseles y dominarlos, alzábanse en armas y ponían al reino todo en trance de perderse. Los esfuerzos de Pedro *el Grande*, de Alfonso *el Liberal*, de Jaime *el Justo*, habían sido impotentes para apagar los bríos de los barones de Aragon, y sujetarlos, no ya al yugo de la voluntad real, sino al de la ley. Para D. Pedro IV estaba reservada empresa de tal magnitud.

El pretexto que esta vez armó á los ricos-homes, fuerza es confesar que fué digno y justo. Ocurriósele á D. Pedro alterar el órden de sucesion á la corona establecido por los testamentos de sus predecesores, á cuyo tenor las hembras no podían ascender al trono; y despues de haber cohonestado sus intentos con la reunion de sabios juristas que emitieron dictámen favorable á sus miras, concedió á su hija la infanta Doña Constanza las prerogativas anexas á la primogenitura de Aragon, todo en perjuicio de los derechos del infante D. Jaime, conde de Urgel, hermano de D. Pedro y su presunto heredero, ya

que el rey en sus dos sucesivas esposas no había tenido hijos varones. La noticia de tal resolución cundió por el reino aragonés, y la guerra se propagó por él como fuego en depósito de leña seca.

Mientras los ricos-homes, reunidos en Zaragoza bajo la presidencia del Justicia Mayor concertaban en sigilo la manera de comenzar la lucha, activos mensajeros recorrían las montañas y llanuras de Aragon, y después de haber atravesado las villas y ciudades, subían á los castillos feudales y llamaban á las puertas de las cabañas para invocar por do quiera el nombre de *Union*, denunciando á la par el peligro que corrían las leyes y libertades patrias. A sus voces, que presagiaban la próxima é inevitable lucha, como los gritos de ciertas aves presagian la tempestad, los caballeros juntaban sus mesnadas, los ciudadanos enarbolaban al aire la antigua bandera, símbolo de sus privilegios, y hasta los monjes en el retiro de sus claustros, desciñéndose el tosco sayal ensayaban la armadura.

Deseoso D. Pedro de atajar los ímpetus de sus súbditos aragoneses convocó y celebró Córtes en Zaragoza; ellas, empero, no produjeron otro resultado que el de avivar entre el monarca y los ricos-homes las rencillas y desavenencias ya producidas. Trataron los magnates al rey con escasos miramientos: so capa de honrarle pusieron en su palacio de la Alfaquería guardas que le tuviesen como preso; exigiéronle rehenes que respondiesen del cumplimiento de su palabra, y en tono de amenaza pidiéronle que separase de su lado á sus consejeros y á los principales dignatarios de su córte y que cesase en percibir ciertos impuestos. Por su parte D. Pedro pagó deslealtad con deslealtad y á las intrigas de los unionistas opuso las suyas propias. Hoy prometía solemnemente satisfacer en el acto las quejas de los ricos-homes y mañana eludía con especiosas razones el cumplimiento de sus promesas y no perdonaba medio para lograr que entre sus adversarios ocurrieran hondas divisiones que él por bajo mano fomentaba, ofreciendo dineros á unos, halagando á otros con títulos y honores. En esta penosa tarea de soborno y cohecho ayudóle eficazmente su consejero D. Bernardo de Cabrera, caballero catalán de ilustre prosapia, á quien D. Pedro había sacado del monasterio de

San Salvador de Breda, donde vivía retirado, para que siempre á su lado fuese el fiel ejecutor de sus designios. D. Pedro, en efecto, era la cabeza y D. Bernardo el brazo; lo que aquel concebía, éste lo ejecutaba con la prontitud y la precision de una máquina. Era además D. Bernardo el ángel malo del rey que si andando el tiempo había de pagar sus servicios con un cadalso, en la época de su vida á que hemos llegado, merecía todo el favor imaginable.

Por grandes que fuesen, no obstante, la perspicacia del rey y la habilidad de su consejero, desmembrar las fuerzas de la *Union* no era fácil, ya que bajo su bandera se hallaban agrupados los más poderosos ricos-homes de Aragon. Los Artals, los Urrea, los Aloganes, los Jimenez de Arenós eran, como sus caudillos natos y al frente de todos ellos, los mismos hermanos del rey, los infantes D. Jaime y D. Fernando llevaban la voz de los rebeldes y se manifestaban dispuestos á capitanearlos en los campos de batalla cuando la ocasion se presentase. A hombres tan poderosos, las mercedes del rey no podían seducirles ni atraerles, y mientras se rendían á ellas otros personajes ménos importantes, los principales ricos-homes, los que ejercían sobre el pueblo la influencia que les acarrea su inmenso poder, manteníansele hostiles. Comprendiendo don Pedro que en Zaragoza no le sería posible luchar con la *Union* y que era inútil todo proyecto de avenencia entre él y los magnates, salióse de la ciudad, más como quien huye que como quien sale y atravesando el Aragon ganó la frontera de Cataluña, á cuya tierra saludó con trasportes de gozo llamándola *Tierra bendita, poblada de lealtad*. Tal Ulises saludó las riberas de la patria Itaca.

Bien hacía D. Pedro en ponderar la lealtad de los catalanes ya que ellos fueron los únicos de entre todos sus súbditos que no favorecieron á la *Union*. Debióse esta circunstancia á la admirable organizacion política de que disfrutaba Cataluña por aquel entónces, cuando estaban equilibrados los poderes que la regían. El feudalismo no había tomado aquí creces, los nobles barones no influían en las resoluciones de las ciudades ni dominaban al clero. Cada una de las tres clases privilegiadas tenía su esfera de accion propia, y dentro y fuera de ella el



poder de las tres era igual en extension é importancia. El estado material de Cataluña era entónces próspero y la ingénita prudencia de los catalanes les vedaba el mezclarse en aventuras levantándose en armas contra un soberano á quien por sus prendas personales miraban con predileccion. Los catalanes, es verdad, habían visto con desagrado el que D. Pedro intentara alterar el órden de sucesion á la corona ; pero contaban con la ley y el derecho para anular, en este particular, los planes del monarca.

En Aragon los ricos-homes, validos de su influencia, sublevaron á los ciudadanos ; en Valencia fueron los ciudadanos los que pusieron las armas en mano de los nobles. Las principales ciudades del reino, Murviedro la fuerte, Játiva la antigua, Valencia la rica, alzaron las primeras bandera por la *Union* y los gritos de guerra resonaron en las riberas del Turia y del Júcar. Acudió D. Pedro á Valencia como había acudido á Aragon, y aquí como allí hubo de sufrir humillaciones y vejámenes sin cuento. Obligáronle á permanecer unos dias en Murviedro con grave peligro de su vida, puesto que la peste, el más terrible azote de las poblaciones en la Edad Media, había cundido por la ciudad y estaba diezmando á los habitantes. Y cuando llegó á Valencia, á la cabeza del reino, despues de una jornada fatigosa, hubo de tomar parte, junto con la reina su esposa, en los regocijos del bajo pueblo, y en mitad de la danza cierto barbero llamado Gonzalo, famoso por su carácter osado y levantisco, púsose á su lado y en son de burla y cantando reconvínole porque intentaba salirse cuanto ántes de la ciudad. Todo eran reclamaciones y quejas por parte de los de la *Union* ; todo promesas y tratos por parte del rey, quien si por un lado prodigaba testimonios de afecto á su hermano el infante D. Fernando y á los demas jefes de la *Union* por otro despachaba emisarios sobre emisarios á Cataluña en demanda de gentes y dineros y disponía sus fuerzas para la próxima lucha.

Gracias á los manejos de Cabrera y á los excesos y desordenada conducta de los de la *Union*, fué aumentando rápidamente, en poco tiempo, el número de los partidarios del rey. Estaban de su lado no sólo algunas villas y ciudades, sino ri-

co-homes tan poderosos como D. Pedro de Egerica y D. Lope de Luna.

Confiado el rey en tales apoyos, cesó en negociar, dando la señal de combatir. La lucha fué rápida y decisiva; como que, amén de algunas escaramuzas, sólo una batalla importante, la de Epila, bastó para vencer á la *Union aragonesa*; como sólo un combate, el de Mórcala, bastó para arrollar las huestes de la *Union valenciana*. Poco tiempo despues D. Pedro celebró Córtes en Zaragoza, y, en su ardiente ira, rasgó con su propio puñal el pergamino que contenía los privilegios de la *Union* que, al decir de Zurita, fueron abolidos en aquella Asamblea, de comun acuerdo, y una vez vencida Valencia, voló á ella con la idea de arrasarla y sembrar de sal el suelo en que asentaba. Aún cuando sus consejeros le disuadieron de esta idea, no renunció D. Pedro á los demas actos de justicia ó de venganza que había proyectado. Los principales sublevados pagaron con la vida su rebelion; unos fueron ahorcados, otros ahorcados y arrastrados por las calles de la ciudad, y á algunos se les deramó en la boca el metal fundido de la campana que con sus sonidos convocaba las juntas de la *Union*. De esta suerte satisfizo D. Pedro su venganza ó su justicia.

Los resultados de una y otra, y su respectiva naturaleza, confundíanlas con harta frecuencia en su mente los hijos de aquel siglo, del siglo xiv, que ni tuvo la heroicidad de la Edad Media, ni la grandeza de los tiempos modernos. Época fué aquella de transicion y, como á tal, agitada y revuelta, puesto que la sociedad se rebullía en el vacío, como si los elementos todos que la componían hubiesen perdido su razon de ser, desprestigiado el feudalismo, corrompida la Iglesia y débiles y poco respetados los reyes. Como por disposicion providencial, aparecieron entónces en los castillos, en los tronos, y hasta en la misma Cátedra de San Pedro, caracteres brutales y enérgicos, que con la violencia de sus acciones y sentimientos, refrenaron á sus contemporáneos, y refrenándolos, salvaron á la sociedad. Fijándonos sólo en España, apresurémonos á consignar qué tal fué la mision de nuestro D. Pedro *el Ceremonioso*, de Cárlos *el Malo* de Navarra, de Pedro *el Justiciero* de Portugal, de Pedro *el Cruel* de Castilla. Uno mismo fué el

objeto que estos príncipes se propusieron : robustecer el poder real humillando á la nobleza, y todos alcanzaron su fin, á pesar de las opuestas cualidades que respectivamente les caracterizaban ; la tenacidad en *el Ceremonioso*, el espíritu intrigante en *el Malo*, la resolución en *el Justiciero*, el valor en *el Cruel*.

Entre nuestro *Ceremonioso* y Pedro de Castilla existía no sólo divergencia de cualidades, sino antipatía decidida que se manifestó en la cruda guerra que, allá por los años 1362, estalló entre ambos monarcas y entre ambos Estados. Opuestos intereses les separaban : los descontentos y rebeldes de Castilla hallaban seguro asilo en Aragon ; los de Aragon, refugiábanse en Castilla. Por tierra firme no estaban debidamente fijadas las fronteras de los dos Estados ; en el mar las naves mercantes, salidas de los puertos de Barcelona y de Mallorca, venían frecuentemente al abordaje con las procedentes de Bilbao y de Sevilla. Precedida de una correspondencia escrita entre los dos Pedros, quienes se prodigaron en ella los insultos y las calumnias, inicióse la guerra, como se inicia la lucha entre el chacal del desierto y el toro de Jarama. El rey de Castilla acometió á su enemigo con ímpetu y, despues de dos ó tres embestidas, sus fuerzas quedaron quebrantadas ; el rey de Aragon tomó una actitud defensiva, y, fomentando las intestinas discordias de los castellanos, en cierto modo, puso en mano de Enrique de Trastamara, hermano bastardo de Pedro *el Cruel*, y su más terrible competidor, el puñal que en Montiel acabó con el monarca castellano. El fratricida D. Enrique subió al trono de San Fernando, y estrecha alianza y lazos de parentesco atáronse entre él y D. Pedro IV de Aragon.

En 1369, fecha del asesinato de Pedro de Castilla, el *Ceremonioso* contaba ya la edad de 50 años, y parecía como que debiera sonar ya para él la hora del reposo. Sus mayores enemigos habíalos vencido, sus reinos gozaban de la más envidiable prosperidad y el rey contemplaba con orgullo en las gradas del trono á sus dos hijos D. Juan y D. Martin, cuya precoz adolescencia anunciaba las más bellas cualidades de alma y cuerpo ; la nobleza aragonesa estaba domada, vencida la plebe valenciana y los Estados todos de la corona parecían

idolatrar en su monarca. Ciertamente que allá, en mitad del Mediterráneo la isla de Cerdeña soportaba, á duras penas, el dominio de Aragon; cierto que, á pesar de haber pasado á la isla el mismo D. Pedro, poco ántes de comenzar la guerra contra Castilla, no le había sido dado el reducir á obediencia voluntaria los salvajes sardos, que sólo por la fuerza de las armas vivían sometidos; empero tal circunstancia era un puro accidente que en nada disminuía la feliz fortuna del rey D. Pedro, quien, á juzgar por cuanto dejamos expuesto, debió de creer, en tal sazón, que su destino en este mundo se había ya cumplido. No fué así, sin embargo: la edad madura del rey del *Puñal* fué tan laboriosa como lo fuera su juventud.

Mezclóse activamente en los asuntos interiores de Castilla y Navarra, reclamó la sucesión de Sicilia, logrando por último el enlace de su nieto, hijo del infante D. Martín, con la legítima heredera de aquel reino, y por diversas razones negoció con el Papado, con el rey de Francia y con los soldanes de Babilonia y de Egipto. Protector asiduo de las letras, erigió la Universidad de Huesca, y amante de las artes, embelleció la ciudad de Barcelona, que, como dice el historiador D. Próspero de Bofarull, «se vió entónces enriquecida con una porción considerable de establecimientos utilísimos, archivos, fuentes, muros, templos, astilleros, armerías.» Y en efecto, la reconstrucción del Palacio Menor, hoy ya derruido, la demolida torre de Canaletas, que levantando su robusta masa al entrar de la rambla de este nombre y junto á las murallas imprimía á la ciudad el severo carácter de una fortaleza, el esbelto templo de Nuestra Señora del Pino y el grandioso de Santa María del Mar, preciadas joyas ambas del arte arquitectónico, todos estos monumentos datan de la época de D. Pedro.

Los últimos años de este rey fueron en verdad los más novelescos de su existencia. Viudo de su tercera esposa, Doña Leonor de Sicilia, contrajo, á la edad de 58 años, cuartas nupcias con Doña Sibila de Torcia, hija de un caballero del Ampurdán y viuda de un oscuro hidalgo aragonés. Era Doña Sibila de gallarda presencia y bellísimo rostro; su buena fama, no obstante, anduvo en pareceres, y mientras Laurencio Valla, filósofo cortesano que escribió la crónica secreta de los

últimos monarcas aragoneses, acusábala de deshonestidad, apoyando sus palabras con el testimonio de príncipes de la familia real, el poeta Jaime Roig en su sabroso *Llibre de les dones é del concells* la pintaba como un monstruo de codicia. Párecenos que de este último cargo no podía sincerarse Doña Sibila con tanta facilidad como del primero, puesto que no cejó un instante en acumular riquezas y honores para sí y para sus deudos, valiéndose del influjo que ejercía en su real esposo, quien sintió por ella ardentísima pasión. «Hízola coronar con tanto aparato, dice Zurita, como si fuera en el principio de su sucesion y en sus primeras bodas;» colmóla de trajes riquísimos y de joyas preciadas, y para su dignidad y regalo dióla infinidad de villas y castillos. Vivió entónces Don Pedro sujeto á los caprichos de su bella esposa, que aceptaba como ley ineludible.

Los príncipes de la casa real, los altos dignatarios de la córte vieron con sorpresa y con hondo disgusto al terrible Roldan, ya sexagenario, trocado en un Amadís. Urdieron contra la reina intrigas sin cuento, que ella, apoyada en el cariño del rey, desbarató fácilmente; los infantes D. Juan y D. Martin, y el conde de Ampúrias, yerno del rey, apartáronse de la córte, y el tercero llegó á ponerse en actitud de rebelion armada. Mas á pesar de tan graves acontecimientos, y quizás á causa de ellos, Doña Sibila continuó gobernando con absoluto imperio en la voluntad del rey, quien para complacerla intentó privar de la gobernacion del reino al primogénito D. Juan.

A la codicia de la reina debióse tal vez que D. Pedro adoptara una grave resolucion, la cual, al decir de la leyenda, ocasionóle la muerte por manera inusitada. Hacia el Sur de Cataluña extiéndese la comarca conocida con el nombre de Campo de Tarragona, por ser asiento de la ciudad, capital, en la Edad Antigua de la España Tarraconense, y silla en la Moderna del primado de Cataluña. Abunda aquel territorio en riquezas naturales de todo género, y á la frondosidad de su vegetacion no ménos que á sus abundantes mieses, y á sus viñedos, y á sus olivares debe el haber sido siempre una de las porciones más pobladas de Cataluña.

En el siglo xiv pertenecía al arzobispado de Tarragona el

dominio del campo referido, y la legitimidad de su poder nadie jamás la había contestado como que se fundaba en la donación que el conde Ramon Berenguer III hiciera al obispo Olegario. Entendiendo D. Pedro que los productos de aquel suelo aumentarían su exhausto tesoro proporcionándole nuevos medios con que satisfacer los caprichos de Sibila, pretendió la posesión del campo de Tarragona, alegando que en él le pertenecía, no sólo el soberano dominio, sino el útil y directo.

Opúsose el arzobispo, lo era entonces D. Bernardo Closqueri, á las pretensiones del rey, y entonces éste lanzó sus compañías de guerra sobre el territorio disputado, compañías que, por la licencia de los tiempos, quemaron y talaron el campo, haciendo en él, dicen los historiadores, tanto estrago como si fuesen gente extranjera. Los infelices vasallos del arzobispo de Tarragona pusieron el grito en el cielo, invocando el auxilio de todos los santos y en especial de Santa Tecla, cuyas reliquias se veneraban en la catedral arzobispal. No desoyó la Santa las súplicas de sus fieles, y apareciéndose á D. Pedro le hirió en el rostro, infundiendo tal terror en su ánimo, que á los pocos días murió el rey consumido por los remordimientos y el terror.

Esto cuenta la leyenda. La historia sólo nos dice que Don Pedro IV falleció de enfermedad en el Palacio Menor de Barcelona, su mansion favorita, el día 5 de Enero de 1387. Murió rodeado sólo de sus servidores: sus hijos D. Juan y D. Martin, desavenidos con él, no se hallaban á su lado, y Doña Sibila, al saber por los médicos que asistían al rey que éste había entrado en la agonía, temerosa de la persecución de que sería objeto por parte de sus hijastros apenas el rey cerrase los ojos, ausentóse á toda prisa de Barcelona y junto con sus hijos y sus tesoros y sus servidores refugióse en uno de los castillos que su marido le donara, mientras éste exhalaba, solo y abandonado, el último suspiro.

El libro de oro de la Historia que al consignar las acciones todas de D. Pedro anota sus palabras, interpretando al propio tiempo sus acciones, no da de su carácter idea tan completa y acabada como la procuran las obras literarias del rey, en las cuales se refleja con tanta exactitud su manera de ser y de sen-

tir, que sus más íntimos pensamientos se traducen á cada línea de ellas. Estas obras son de varia índole y de desigual importancia, y nos presentan el carácter del autor bajo diversas fases. Así en la serie de leyes titulada *Ordinaciones para el régimen de la Real Casa*, que apostilló de puño propio con aquel su bello carácter de letra tan admirado por el cronista Pedro Miguel Carbonell, manifiéstanse sus costumbres etiqueteras y ceremoniosas hasta lo sumo, como el libro *Obra de Mossen Jordi e de la Cavalleria* es la más fiel expresion del entusiasmo caballeresco que le poseía, y que le obligaba á exclamar en ocasiones solemnes: «Nos somos de la órden de caballeros y llevamos la Cruz.» Las dos únicas poesías que de D. Pedro nos restan, descubren tambien el ánimo de su autor como que en una de ellas increpa á su hijo D. Juan por su mala eleccion de esposa, y le increpa en tales términos y tan duros, que ellos revelan cómo la cólera abrasaba, en ocasiones dadas, su ardiente corazon; mientras en la otra, con la cual prescribe á su otro hijo D. Martin la manera cómo había de armar á los caballeros noveles, traduce, por subida manera, sus más arraigadas aficiones.

Pero la obra más importante de cuantas nos ha legado el rey *Ceremonioso* en su *Crónica*, es la historia escrita por él mismo, de los sucesos ocurridos durante buena parte de su reinado. Tal vez desde el momento en que tomó D. Pedro la pluma para componer este su libro, propúsose por modelo á su abuelo Jaime *el Conquistador* quien, como es sabido, escribió igualmente la historia de su reinado; mas entre la *Crónica* de D. Jaime y la de D. Pedro, la diferencia es inmensa. Aquella tiene todas las bellezas y primores de una verdadera obra literaria, como que su estilo parece ser una imitacion del de Tácito y sus formas extrínsecas recuerdan los de los *Comentarios* de Julio César, y está ademas tan hábilmente compuesta que, en su lectura, no puede ménos que sonreir y preguntarse si anduvo en su redaccion la sábia mano de algun fraile; esta es prolija, descosida, minuciosa, de pesado estilo y desmayada locucion, pero su autenticidad resalta á cada línea y al leerla con detencion compréndese cómo D. Pedro hubo de escribirla cediendo á un impulso de su corazon más que al

deseo de eternizar, en los siglos venideros, la memoria de sus hechos; razones todas que justifican el que se haya considerado á la *Crónica* de D. Pedro como un monumento histórico de inapreciable valor, revelacion del carácter de aquel rey.

El fondo persistente de este carácter, aquella cualidad que cada cual posee y que determina su individualidad, fué, como ya lo hemos dicho, la perseverancia. Una vez formado un proyecto no lo abandonaba hasta haberlo realizado por completo y á la prosecucion de su plan lo sacrificaba constantemente todo. La tenacidad fué, pues, su rasgo distintivo; mas por lo que respecta á sus acciones exteriores luchó entre la impetuosidad que le era natural y su supersticioso respeto por las fórmulas sociales y las costumbres establecidas. Varios pasajes de su *Crónica* revelan que nada le repugna tanto como faltar á ellas, por más que muchas veces opongán el mayor obstáculo á la consecucion de sus deseos, y ántes que eludirlas acude á todos los paliativos imaginables para salvar las apariencias, sin transigir en el fondo. Él, que ántes de despojar á su primo D. Jaime de Mallorca le forma un proceso jurídico; él, que deseoso de privar á su hermano del derecho de sucesion á la corona reúne un consejo de sabios jurisconsultos para que cohonesten su intento, fué siempre esclavo de la legalidad aparente, de las fórmulas exteriores, y esta cualidad es en él tanto más rara cuanto que no solían poseerla sus brutales contemporáneos. ¡Cómo ama el *Ceremonioso* los símbolos del poder, las formas y aparatos de la ostentosa vida feudal! ¡Cómo admira el lujo de los arreos, la belleza de los caballos, el buen temple de las armas! ¡Con cuán visible complacencia describe la coronacion de su padre Alfonso IV, que, segun relatan las crónicas, fué una de las más espléndidas y majestuosas ceremonias de la casa de Aragon! Sus propios trajes nos los describe con los menores detalles. Dícenos él propio, que su vestido de gran ceremonia consistía en una camisa romana de seda delgada adornada con follajes y dalmática verde historiada con trabajos de oro y follajes; que su corona era de oro y perlas, que el cetro remataba en un rubí y que la espada de ceremonia era tan noble y rica y estaba tan cuajada de piedras finas y de perlas que difícilmente podía sacarse de la



vaina. Y al contar su primera entrada en Mallorca no se olvida de consignar que iba vestido á la manera tudesca, esto es, con una ropa partida, una de cuyas mitades era de terciopelo encarnado y de tela de oro la otra. ¡Extravagante moda que rigió durante mucho tiempo como digna de aquella época de rarezas y extravagancias!

Sin duda para acomodarse á las costumbres establecidas más que por espontánea fe, esmalta el *Ceremonioso* sus escritos con exclamaciones y sentencias dignas de la *Imitacion de Jesucristo*. En todas sus empresas, aún en aquellas que más que de rey son empresas de merodeador, invoca el nombre de Dios. Va á Mallorca á despojar á su primo de sus Estados y exclama: «Con la gracia de Dios entramos en nuestra bienaventurada escuadra en el mes de Marzo de 1335.» Y como dadas ya las naves á la mar sobrevenga un viento contrario, dominado de entusiasmo religioso cual si anduviera á una cruzada contra infieles, prorumpe en este grito: «Nós tenemos fe en que Dios nos guiará, pues en su nombre vamos.» Al relatar los sucesos primero prósperos y luégo adversos de sus armas en Cerdeña, pónelos el siguiente comentario: «Dios en este mundo, no quiere dar nunca un goce cumplido.» Otras veces consigna en sus obras meras reflexiones religiosas como las dos siguientes: «Contra Dios nada puede la sabiduría humana.—Sin paciencia y esperanza en Dios no hay obra alguna acabada ni perfecta.»

A él la paciencia le falta alguna vez, y á pesar del dominio que comunmente sobre sí mismo ejerce, salen á la superficie las llamas que en su interior recela. Ante la revoltosa nobleza de Aragon, frente á frente con el populacho de Valencia, con el barbero Gonzalo que le ha ofendido en su majestad de rey, no puede contener su enojo: apostrofa, insulta con fruicion y á todos sus enemigos les trata como al rey de Castilla á quien califica de *Leon devorador*.

En tan enérgicos sentimientos revélase el carácter de la época. Los hombres de la Edad Media, dígame lo que se quiera en contrario, fueron los rudos héroes que cantó el Dante y que esculpió Miguel Angel; hubo en ellos algo de ángel, pero tambien mucho de bruto, y jamás las pasiones

han andado tan desencadenadas como en aquellos siglos que ciertos autores nos pintan como sumisos á la Iglesia Católica, cuando realmente la gloria de la Iglesia no fué entónces la gloria del vencimiento sino del combate.

Las ideas caballerescas, propias de aquel estado social, suavizaban las costumbres, pero nó las corregían, como lo prueba, entre otros, el ejemplo que los actos todos de D. Pedro nos ofrecen. Las ideas caballerescas le dominan por completo; cuando legisla ó combate, cuando gobierna ó escribe, acuérdate siempre de que ciñe la corona de oro, de que lleva la espada al cinto; pero este recuerdo sólo influye en sus maneras y en su lenguaje: su alma, interesable y egoísta se halla libre de preocupaciones.

En este aspecto personifica á su siglo. En su alma como en su época, el bien y el mal anduvieron revueltos y confundidos y, al luchar ámbos, el segundo venció siempre al primero. Tal suele ser el doloroso destino de los hombres que nacen en los siglos de transición.

Barcelona 4 de Julio de 1877.

PEDRO NANOT RENART.





## PERSIA EN 1876 (I)

---

**A**quí lo tenemos todo como lo da la Naturaleza,» decía el hijo mayor del Schah al que esto escribe en los principios del año corriente. Estábamos á la sazón en Ispahan, primera ciudad comercial de Persia, de la cual es gobernador el príncipe; y la observacion de éste era á propósito de la carencia de ferro-carriles y de todo otro modo de comunicacion interior de los que son comunes en Estados civilizados. La naturaleza no ha sido pródiga con Persia en rios navegables y el hombre no ha hecho canales ni caminos.

El padre del príncipe es llamado *Zil-ullah* (sombra de Dios), y el príncipe *Zil-i-Sultan* (sombra del rey), de manera que el gobernador de Ispahan es *la sombra de la sombra de Dios*, segun lógicamente se desprende de los títulos persas, ¿de qué

---

(1) La posibilidad de que Persia intervenga al cabo en la guerra de Oriente, nos mueve á publicar este importante artículo, que no obstante el referirse principalmente á la situacion de aquel famoso imperio en el año pasado, conserva evidentemente toda la oportunidad que es de desear.

(N. de la R.)

manera responden los príncipes de Persia á tan alta denominacion? Los que están en situacion de conocer los actos del gobierno, reputan á aquellos de muy hábiles é ingeniosos para poner en contribucion las rentas del Estado. El Zil-i-Sultan, aunque sólo cuenta 26 años de edad, tiene una alta fama en este concepto, y ha sido ya gobernador de dos de las más importantes divisiones de Persia. De un príncipe con quien nos encontramos se refiere que ajustó últimamente con resultado satisfactorio un enorme par de pantalones llenos de nieve á un hombre que se negaba á pagar una demanda grande, en la estacion en que el termómetro marca durante meses enteros por bajo de cero. Cada gobernador parece ser más ó ménos práctico en castigos crueles. Un antecesor del Zil-i-Sultan en el gobierno de Shiraz, castigó recientemente á unos ladrones en despoblado, fijándolos hasta la altura del cuello en unos cilindros hechos con ladrillos. En seguida derramó una especie de yeso de Paris alrededor de sus desnudos cuerpos que se solidificó y endureció mucho ántes de que aquellos miserables pobres diablos muriesen de congestion y de hambre.

Pero el gobierno de Persia es tan opresor como cruel. El Schah no es impopular por sí y se cree de él que lleva en su corazon el bienestar de sus súbditos. S. M., no hace mucho, dió una órden para que se fijara en un sitio visible de todas las grandes ciudades un *Buzon de justicia* para recoger las solicitudes que debían ser entregadas á él directamente; pero los opresores encontraron medios para burlar este inocente proyecto, vigilando constantemente las cajas y á aquellos que deseaban enviar solicitudes. Un sueldo tres veces mayor que el del Jefe del ministerio inglés ó dos veces mayor que el del Presidente de los Estados-Unidos, no satisface á los que disfrutan la primera gerarquía oficial en Persia. Y al mismo tiempo que el general en jefe y todos los altos funcionarios del Estado meten sus insaciabiles manos hasta el codo en las miserables rentas del Estado, sacadas muchas veces con las puntas de las bayonetas, á los más pobres entre los labriegos, rara vez deja la soldadesca de andar merodeando con la excusa de que no pueden obtener la paga del gobierno.

Eramos nosotros asiduos concurrentes á las paradas mati-

nales de Teheran, donde son vanos los esfuerzos de los instructores europeos. Los soldados persas son de *físico* hermoso, aunque es un tanto tosco su aspecto con sombreros, trajes y pantalones europeos. Pero les falta mucho en instrucción militar y la razón salta á la vista. Ningun soldado que pueda obtener trabajo en la ciudad va á formación: y la consecuencia es que el personal de cada regimiento en esqueleto varía todas las mañanas, y el desgraciado instructor nunca tiene delante el mismo cuerpo de hombres. Pero esta inmunidad de servicio cuesta algo naturalmente, y los soldados que no pasan lista dedican una parte de sus jornales á sus oficiales, quienes de coronel á cabo, dividen el fondo reunido por esta deserción temporal. Para los oficiales y empleados de clase media del Estado está en uso un método algo intrincado de pillaje. Se les retiene la paga aunque está incluida en los gastos del Estado, y después que han hecho repetidas peticiones, se les dice que el ministro adelantará la suma con un descuento para cubrir el riesgo en que personalmente incurre. Generalmente es aceptado el ofrecimiento, y según se cuenta, el lucro que esta conducta proporciona á los altos funcionarios no deja de ser considerable.

Incuestionable es que el pueblo persa cree que sus gobernantes son capaces de cualquier crimen y especialmente de toda clase de venalidad para el mal empleo de la fortuna pública. El príncipe á quien hemos hecho referencia, aunque es el de más edad entre los hijos del Schah, no es, sin embargo, el príncipe heredero. La madre del gobernador de Ispahan no era una princesa, y por esta razón está él excluido del trono; y es heredero el hijo de la segunda esposa de S. M., el joven gobernador de Tabriz. Una mañana en la parada fué asunto de conversación entre toda la soldadesca que el príncipe heredero había hecho estrangular á su mujer en su presencia. La noticia era falsa; estaba fundada en que la tía del príncipe había enviado últimamente una segunda esposa á su ilustre sobrino de Tabriz, y la cólera y el pesar de la primera mujer al ver la recién llegada habían sido exagerados hasta su muerte. Cuando el primer ministro volvió de Inglaterra con su soberano, era tan impopular que el Schah sólo pudo salvar á su

inteligente servidor quitando á Honssein Khan (1) su título de Sadr Arem. Ya se hablaba de que iba á ser ejecutado. Se cuenta que el ministro de Obras públicas dobla sus presupuestos y se queda con el sobrante, despues de hacer callar á aquellos cuyas bocas hay que tener tapadas. En una comida persa en Ispahan, nuestro vecino era un Khan que tenía en arriendo las aduanas de todo el Sur. Uno de los que allí estaban dijo que había empezado su carrera por salteador de caminos y que su mayor triunfo en esta profesion lo había conseguido en combinacion con una caravana del rey. El dijo de sí mismo : «Cuando tenía 200 pesos fuertes me consideraba el hombre »más rico del mundo : *hoy por hoy* jamás hablo de dinero.» Pero sus compañeros de *suelo* (es la mesa en las comidas persas) no tenían esos escrúpulos. Reían cuando contaban cómo se había él hecho inmensamente rico, haciendo pagar dos ó tres veces á los pobres traficantes derechos de aduana sobre los mismos artículos, y cómo hubiera sido todavía mucho más rico, si de vez en cuando no fuera llamado á Teheran y amenazado con las *varillas* si no hace una adicion conveniente á la suma que tiene que pagar anualmente al Tesoro. Los frecuentes asaltos de que son víctimas los correos de la embajada inglesa que llevan despachos y cartas de Teheran á Trebizonda han sido objeto de muchas conversaciones y la gente meneaba la cabeza y dice que esto pasa porque á las autoridades persas les gusta leer las cartas de Mr. Thomson á lord Derby y las contestaciones del *Foreing office*.

Es creencia universal que un poco de dinero mitiga y que mucho dinero evita el castigo del crimen. Que los gobernadores y todos los que están á su servicio pueden cometer faltas con toda impunidad, cosa es que nadie duda, al parecer. Poco importa, al formar nuestro juicio sobre la condicion social de Persia, que sean verdaderos ó falsos tales rumores. Todos no son verdaderos : tal vez sean todos falsos, y, sin embargo, la tácita aceptacion de ellos como cosa corriente por el populacho

---

(1) El título tártaro de Khan que significa *señor* y que hoy sólo se usa en Persia, y en las posesiones asiáticas de Rusia se coloca siempre despues del nombre propio del que lo tiene.—(Nota de la R. C.)

implica que, cuando ménos, tienen el aroma comun á todos los frutos del gobierno persa.

Ciertamente que la justicia en Persia es un accidente. El que perpetra un infame y alevoso asesinato puede hacer que se anule su sentencia si puede obtener suficiente *dinero de sangre* para acallar á los amigos de la víctima que piden el castigo. Los acreedores de los aldeanos y traficantes pequeños son generalmente soldados por ser éstos solos los que tienen seguro el poder necesario para recobrar sus préstamos. El mal pagador sabe bien que si no restituye lo que debe al soldado será saqueada su casa ó su tienda del bazar de todo aquello que valga la pena de llevarse por una cuadrilla de prestamistas militares. En un trayecto de nuestro largo viaje desde el Mar Caspio al golfo pérsico fuimos acompañados por un oficial y seis hombres de la guardia de caminos, que siguieron algunos dias á nuestra caravana por órden del gobernador de la provincia que á la sazón cruzábamos. Observamos que siempre que nos aproximábamos á una manada de carneros ú ovejas, el oficial con uno ó dos de sus hombres dirigían sus caballos hácia el rebaño, y que poco despues algun miembro de éste seguía nuestros pasos. El oficial vendía los animales obtenidos de esta manera en las ciudades que atravesábamos y se embolsaba los productos de la transaccion, lo cual era, sin que sobre ello nos quede duda alguna, robo en despoblado. Respondiendo á nuestras preguntas para que explicara su conducta, y amenazándole con dar cuenta de ella al gobernador, respondió que había prestado á los pastores dinero y que lo que hacía era tomar seguridades para el pago. Pero este disfraz con que cubría su conducta criminal era demasiado transparente para sus fisgones secuaces, quienes quizás habían recibido sendas partes pequeñas en las ganancias de estos asaltos, llevados á cabo por hombres cuyo inmediato deber era proteger á nuestras personas y bagajes contra los salteadores de caminos. Paseando á pié un dia por las estrechas é inmundas calles de Ispahan con el único inglés residente en esta ciudad, nos encontramos con dos querellantes del país. Decía el uno de ellos, un judío, que la casa de su hermano que era platero había sido asaltada y saqueada por los servidores del gobernador con el pretexto de

que tenían que llevar al mercader ante el príncipe para responder á las reclamaciones de dinero que le hacía un persa. El segundo era un mahometano teñido de *henneh* (1), el cual nos informó de que un persa, á quien conocía perfectamente el que nos acompañaba, y que, aunque hijo de un *mullah* (sacerdote), era conocido por sus pocos escrúpulos, había sido citado ante el príncipe é invitado en amistoso lenguaje (porque él había vivido en relaciones de esta índole con el gobernador) á abandonar el uso de pantalones de corte europeo por ser ofensivo para el *Sheik-ul-Islam* (2) que los lleve uno de su raza. El hombre, pronto á obedecer el deseo de su ilustre amigo, salió de allí y regresó en seguida en traje ortodoxo. «Marcha, dijo el complacido príncipe, al *sheik* y hazle ver cuán pronto has accedido á mi deseo en cuanto te lo he manifestado.» Fué el hombre; pero no bien había llegado á la presencia de la autoridad religiosa, que es un juez eclesiástico *ex officio*, cuando se apoderaron de él, y sin fórmula siquiera de juicio, le sentenciaron á cien *varillas*. El inglés empezó desde luego á hacer indagaciones para depurar la verdad de la historia y encontró que nada en ella era exagerado y que el paciente había sido castigado de tal manera que durante algunas semanas no pudo poner los piés en tierra. En Persia son los castigos más comunes la muerte y las *varillas*. Consiste este último en lo siguiente: se tiende en tierra al castigado, y despues de quitarle zapatos y medias, se le entran los piés hasta los tobillos en dos presillas de cuero hechas firmes á una viga que sostienen dos hombres á la altura que permiten las piernas del paciente sobre poco más ó menos y dan vueltas á la viga hasta que quedan tan apretadamente asegurados los tobillos que ningun movimiento convulsivo de la espalda pueda zafarlos. A su lado se colocan el número justo de *varillas* á que está sentenciado. Estas son unas varas flexibles de cinco ó seis piés de largo y de poco más de media pulgada de diámetro en el centro. Dos expertos, que usualmente llevan trajes color de escarlata guarne-

(1) Planta cuyas hojas secas y hechas polvo sirven para teñirse de color leonado.

(2) Sacerdote principal de la secta mahometana profesada en Persia.



cidos de negro, se colocan entónces cerca de la viga, cada uno de ellos armado con su varilla correspondiente, con la cual por turno apalean las plantas de los piés hasta que el pedazo último de la vara que se va rompiendo en los golpes, queda demasiado chico para el servicio. En el caso que ahora hemos referido se continuó la paliza hasta inutilizar las cien varillas. El príncipe se disgustó de que tan severamente se hubiera castigado á su amigo: pero S. A. R. tuvo que aguantarse, porque en Persia, á ménos que se le provoque á inusitados esfuerzos, el gobierno del Schah es mucho ménos potente que los principales sacerdotes del islamismo.

Pruebas señaladas de ésto tuvimos en Koom, una de las dos ciudades sagradas de Persia, en la cual es tan respetada la palabra del profeta, que aunque en otras ciudades por todas partes están expuestos al público el vino y el arak, en Koom y en Meshed no se encuentran. Teníamos cartas de la embajada inglesa y del primer ministro del Schah para el gobernador de Koom. Goza éste, rango de príncipe, está casado con la hija del Schah, y posee una renta magnífica. Todo ésto á consecuencia del arrepentimiento de S. M., por haber decretado la ejecucion de su padre el gran Amir-el-Nizám, cuya memoria es tenida como la del más hábil, justo y patriótico ministro. El gobernador, que lleva el imponente título de *Itizad-ul-Dowleh* (grandeza del Estado) —su mujer tambien ha recibido de su imperial padre el apelativo de *gloria del Estado*, —envió cortésmente diez *feraches* ó criados para que nos guiaran en la ciudad y para que nos enseñaran lo que hubiese que ver en Koom. Indicó que podíamos ver la urna de Fátima, hermana de Imam Reza, que es la más sagrada de las sagradas en esta sagrada ciudad. Visitamos la *Mesjid-i-Juma*, la mezquita más antigua de Koom, y la tumba del Schah Feth-Alí; pero cuando llegamos á la mezquita de Fátima, cuya cúpula ricamente dorada brilla desde léjos, encontramos á la entrada un grupo de *mullahs* y *demihs*, que declararon que no entraríamos, y que amenazaron con llamar al fanático populacho en su auxilio si los criados del gobernador intentaban forzar el paso, como parecían dispuestos á hacerlo. En vista de tal actitud mandamos á los últimos retirarse inmediatamente; y en todas partes

encontramos la misma objecion insuperable para entrar en las mezquitas usadas para el culto público, cosa facilísima en la India, Turquía y Egipto, pagando *backshish*, y con condicion de observar la limpia costumbre de cambiar el calzado á la puerta.

En cuanto al mismo Schah, se concede que está deseoso de mejoras; pero se le describe por todos como temeroso de mostrar su poder en el buen camino. Él, en el puesto más encumbrado, da el ejemplo de alentar la costumbre de los regalos con la mayor extension posible; ejemplo que sin duda alguna se esfuerza en seguir hasta el último de sus vasallos. Se dice que sus ministros, para el mejor logro de sus designios, emplean todo su celo en tenerle fuera de Teheran. Corrió el año pasado el rumor de que S. M. hacía una expedicion al Sur de sus dominios, é inmediatamente se dió una órden prohibiendo la exportacion de granos de Buchire y Buden Abas, por si los necesitaba la comitiva real. Pero la gente de Chiraz conocía, así se dijo, el modo de entender las reales intenciones. Reunieron una gran suma de dinero, y la enviaron á Teheran, con la peticion de que S. M. se sirviera graciosamente no moverse ni emprender viaje. *Pisckish*, equivalente de *backshish*, parece ser el principal deseo de todo persa moderno. Si él hace un regalo, y generalmente al entrar en una ciudad, nos enviaba el príncipe-gobernador algunos cientos de naranjas, dátiles y dulces, colocados en platos expuestos en azafates de metal (no hay que creer que en el donante reina el espíritu de *no esperar nada en cambio*). Llegamos á Teheran durante el *Ramadam* (1) de ayuno, época en que los mahometanos están mal templados y hambrientos hácia la puesta del sol; y cada tarde, cuando sonaba el cañonazo que avisa á los fieles que ya pueden comer, el sefr Salar (comandante en jefe) convidaba á comer á un regimiento. Dos líneas de gruesa alfombra se extendían equidistantes del centro de la calle, en la principal avenida dentro del *arg* ó ciudadela de Teheran. Este era el sitio de los huéspedes. Para los oficiales se ponía un paño blanco entre las alfombras, y un asomo de adorno

(1) Cuaresma de los mahometanos.—(Nota de la R. C.)

con ramos colocados entre las encendidas velas , resguardadas por campanas rusas de cristal , que brillaban como gusanillos de luz á lo largo de la dilatada calle. El ayudante general del ejército persa , uno de los hombres más robustos y corteses que encontramos , nos invitó á unirnos con los soldados , al ménos para tomar fruta y una taza de té. Circulaba por aquel entonces una anécdota referente á este Jehungur Khan , que si no es verdadera , al ménos es curiosa como detalle del gobierno persa. Se decía que alguno de los cortesanos que le debía una mala pasada había contado al Schah que él (el ayudante general) había ahorrado 8.000 *tomanes* (1) de una obra que estaba entre manos , y que deseaba regalárselos á S. M. El *rey-de-los-reyes* graciosamente manifestó que era su voluntad aceptarlos , y tuvo Jehungur que dar el dinero que por supuesto no había ahorrado.

Si el pueblo tiene la culpa del Gobierno que tiene , ó si sucede exactamente lo contrario , no intentaremos determinarlo. Pero cuando no están cegadas las vías de la justicia , están más que á oscuras , y son recorridas en secreto por oficiales irresponsables y que no dan cuentas , ó por sacerdotes con turbante. Y cuando los que mandan dan ejemplo de codicia , corrupcion y desenfrenada insolencia ; cuando todos están expuestos por calumniosas pruebas á crueles castigos , y aún á terrible muerte , ¿ha de causar maravilla que en ocasiones refleje el pueblo los vicios del Gobierno? Los mismos europeos , con raras excepciones , no dan mucho mejor ejemplo. Son amigos entre sí , muy hospitalarios y atentos con los viajeros , pero á menudo caen en los usos persas para tratar á sus criados ; y nada más comun que oír á un residente europeo declarar que nadie puede salir adelante en Persia sin las *varillas*. Sir Justin Sheil , que fué ministro en Teheran , tenía , segun dicen ellos , muy bien arreglada su casa porque *usaba las varillas á todo trapo*. Nosotros vimos á un inglés azotar á un criado suyo , borracho , sin piedad de ningun género , con un formidable lá-

---

(1) *Toman* es una palabra turco-mongola , que ha pasado á los idiomas árabe y persa , cuyo significado es diez mil. En Persia equivale á unas 48 pesetas.

tigo de coche. Esto no hizo al hombre sóbrio; pero le causó tanta vergüenza que se escapó corriendo de la caravana, balanceándose en la silla del caballo de un modo que daba lástima. Cuando algunas horas despues le encontramos en el *chuppar-koneh*, ó casa de postas donde teníamos que pernoctar, dijo que mejor hubiera querido que le pasara cualquier cosa, que ser maltratado así en presencia de los otros criados. En cuanto á nosotros, nos vemos obligados á decir que, habiendo atravesado á caballo Persia por su línea más larga, jamás hemos tenido queja por mala conducta ó desobediencia de los criados del país, que sabían perfectamente que no habíamos de pegarles; y teniendo nosotros la desventaja de no entender el persa, único idioma que ellos hablaban.

Hemos hecho estas observaciones preliminares sobre el gobierno del país, porque el sistema de mala administracion que el Schah y su ministro no pueden reformar al parecer, aunque lo desean, explica mucho lo que se ve en Persia, aparte de los caracteres naturales del país y de las incidencias de la política exterior. Allí no hay seguridad para la vida ni para la propiedad. Los anales de la dinastía actual y de la pasada llenos están de enseñanzas para un gobernante bien dispuesto que emprenda el camino de las reformas radicales. El fruto del matrimonio polígamo vigila con malignos celos la eleccion que hace el Schah de heredero para el trono, miéntras que el afortunado heredero sabe por las tradiciones de familia que es prudente sacar los ojos, ya que no acabar con las vidas de los medio-hermanos que puedan pretender ser rivales suyos. El espíritu del Schah puede en cualquier tiempo envenenarse contra su ministro, y dicen los rumores que la existencia del actual habilísimo é inteligente ministro de Relaciones exteriores hubiera sido sacrificada si no se hubiera reclamado que era persona privilegiada quien tenía la Gran Cruz de la Estrella de la India. El sistema de impuestos es uno de los más onerosos que cabe imaginar, y su peso cae con esterilizadora incidencia enteramente sobre las clases productoras. Por cada buey de arado paga el pobre labrador al año casi lo que vale el animal. Contribuye con lo que produce, paga por cada palmera de dátiles, está sujeto á un impuesto de capita-

cion ; de vez en cuando se le incita á proteger su aldea contra un ataque de salteadores, y en caso de derrota tiene que someterse á ser despojado de cuanta propiedad mueble posea. Si hay un robo en despoblado dentro del término de su aldea, tiene que pagar su parte en las pérdidas incurridas, y esto sin estar cierto, ni mucho ménos, de que lo que él desembolsa ha de llegar al bolsillo vacío del que fué víctima del saqueo. Jamás puede calcular á cuánto subirán sus contribuciones, porque si el gobernador de este año es suave y blando, acaso el que le suceda en el siguiente sea rapaz. Por regla general, los gobernadores compran su empleo, y á veces, además de la suma que están obligados á devolver como renta, hacen regalos anuales al Schah. Para cobrar ellos de estos desembolsos asolan el distrito á fuerza de contribuciones, y un gobernador es mejor ó peor, desde su punto de vista, según la suma, en exceso de la cantidad impuesta, que él ó su visir (porque los gobernadores más grandes rara vez hacen este trabajo por sí mismos) pueden sacar de los labriegos y de los traficantes en las bazares de las poblaciones. Nosotros no pudimos presentar la carta que el Sard Azem nos había dado para el gobernador de Buschire, porque unos cuantos días ántes de nuestra llegada había salido su excelencia con un gran número de soldados para cobrar las contribuciones. El coronamiento de este sistema iniquísimo es la exención de pago de los *mullahs*, y en realidad de todos aquellos que no se ocupan en comercio, tráfico ó agricultura.

Síguese de este sistema que los hombres atesoren dinero hasta donde sus fuerzas se lo permitan y oculten sus riquezas, todo lo que sus inclinaciones y gustos hacen posible : que el gasto reproductivo esté restringido á un *mínimum*, y declinando todos los años conforme aumentan la demanda por mercancías extranjeras, y la balanza comercial es contra Persia. Ya la acuñación de oro ha desaparecido virtualmente. En los bazares se habla constantemente de *tomanes* ; pero el viajero puede gastar cien mil sin haber visto uno siquiera. Y ahora, año por año, los *keranes* de plata que con los *chihees* de cobre forman la moneda corriente de Persia, están saliendo á millones para pagar la diferencia de comercio que podría tan fácilmente can-

celarse con exportacion de trigo, algodón, lana y opio, si se impulsara la produccion del país. El valor del metálico exportado por Buschire, principal puerto de Persia, en 1873, segun el coronel Rors, residente político, fué de 1.053.396 *heranes*. Cuando la guerra americana de separacion hizo subir tanto el precio del algodón, hubo durante algunos años considerable exportacion de Persia; pero ahora que el algodón americano está otra vez barato y abundante, decae aquella y la produccion aún está más entorpecida por los fuertes derechos de exportacion, de los que sólo una parte ingresa en el tesoro persa. Ya hemos hablado del Khan que toma en arriendo las aduanas de la Persia meridional. Por el privilegio de coleccionar todo lo que pudiera en este concepto en el puerto de Buschire durante el año de 1873, pagó este personaje 32.000 tomanes, ó séanse unas 12.800 libras esterlinas.

Sólo los dependientes de él se emplean en obtener la renta: no intervienen de ninguna suerte los empleados del gobierno, y no se le piden cuentas ni informes de ninguna de sus transacciones. Peca de dulce el lenguaje que usa el Presidente británico con respecto á este abuso monstruoso de autoridad fiscal, cuando escribe al gobierno de la India «que los comerciantes encuentran inconveniente el sistema.»

Imposible es andar veinte millas á caballo, no siendo en el desierto de sal ó en las cumbres de las montañas, sin ver ruinas de aldeas y pedazos de acueductos rodeados de campos abandonados á la esterilidad; ni puede viajar la misma distancia sin echar de ver muchas señales de riqueza subterránea despreciada. Plata, cobre, carbon y probablemente piedras preciosas, yacen ocultas en las colinas, y en más de un llano hay manantiales de petróleo. Opinan el baron Reuter y sus amigos, ó casi lo creyeron al ménos, que Persia estaba preparada para caminos de hierro. ¿Pero quién colocará dinero en minas, en la explotacion de petróleo ó en ferro-carriles con un sistema de gobierno como el que hoy rige en Persia? ¿Quién que conozca á Persia no temería que hasta el resultado más pequeño, despues de haber empleado una gran suma de dinero de imposible realizacion, produciría una nueva interpretacion en la validez de la concesion, alguna demanda de una parte cada vez

mayor en las utilidades? La primera necesidad de Persia es un gobierno fuerte y equitativo.

En este concepto hay una notable diferencia entre las provincias rusas del Caspio, que eran en otro tiempo persas, y los dominios del Schah. Cincuenta leguas á la redonda de Buschire está el terreno saturado de petróleo, y los arroyos corren grasientos y aceitosos con la misma riqueza natural, y sin embargo, no hay quien fije su atención en ello. Los ingleses han hecho negociaciones, pero se han retirado aterrizados por las exigencias rapaces de *pishkish* que hacen los gobernadores y gobiernos. Otra cosa enteramente distinta acontece en las provincias rusas del Caspio. Allí en Barn ha nacido una industria inmensa y creciente, y todo el día carros y carretas cargados de barriles de petróleo resuenan en el camino del puerto. Las máquinas de todos los buques de vapor del Caspio están movidas por el fuego que producen las borras de petróleo, siendo el gasto mucho menor que el del carbon. Los hornos de los buques que nos transportaron de N. á S. de ese mar, tenía cada uno una espita para dirigir un chorrito de aceite fangoso, y éste, al prenderse, se distribuía en llamas sobre todo el horno por un caño de vapor que hacía efecto justamente debajo de la boca de la espita. Dijo el capitán de mi barco, que mientras que el costo del carbon era ántes unos ochocientos rublos por hora, el petróleo costaba solamente rublo y medio en igual tiempo. La misma carencia de empresa, que depende á nuestro juicio principalmente de la falta de seguridad, y la exportación de dinero que podría emplearse en trabajos reproductivos del país, está matando el en otros tiempos floreciente comercio de sedas de la Persia del Norte, suicidio al que no deja de contribuir la tarifa rusa. Mr. Churchill, coronel inglés en Resth, ha manifestado en una memoria reciente á lord Derby, que el valor de la seda producida en la provincia persa de Ghilan, ha caído en pocos años desde 700.000 á 104.000 libras esterlinas.

Persia, como era de esperar, está rusianizada en el Norte y anglicanizada en el Sur. Desde Enzelli, lugar de desembarco en las costas del Caspio á Teheran, la moneda extranjera más apreciada es el oro imperial de Rusia, mientras que en Bus-

chire y Bunder Abbas del golfo pérsico, el rupé es universalmente aceptado. Es probablemente más provechoso poseer influencia en el Norte que en el Sur. El Norte de Persia no solamente es con mucho la parte más rica del país, sino virtualmente no posee otra salida que las aduanas de Rusia : y sería extraño que estas fertilísimas provincias de Persia no excitasen continuamente la codicia de aquella gran potencia. Es notorio que las conquistas de Rusia en Asia nada añaden á la riqueza del imperio. Por el contrario, sus últimas anexiones exigen la costosa ocupacion militar de mucho terreno inculto. El Mar Caspio es un lago ruso. Excepto Persia, no hay otro poder alguno que tenga un pié en sus costas, y por el tratado de Gurlistan se convino que únicamente la bandera rusa pudiera izarse en aquel mar. Rusia ha construido en Balku una estacion naval, que forma ventajosísima base de operaciones : y sobre un banco de fango inmediato al continente en el rincon Sureste, casi á la vista de la ciudad persa de Astrabad ha fundado otra estacion que se designa con el nombre de isla de Ashurade. Desde la orilla Sur de la boca del rio Astara á la orilla meridional del Attrek, la costa es sin disputa territorio del Schah, playas abundantemente regadas por la lluvia y que pueden producir té, azúcar, arroz, seda y frutas, en cantidades que no podría superar otra region de igual medida en el mundo. Exceptuando cuando el territorio ruso se aproxima al de Persia, no hay parte en las costas del Caspio que valga la pena de emplear dinero en su cultivo. De Astrachkan á Astara por un lado, y á Attrek por otro, puede describirse el país como un estéril páramo, del cual Rusia posee demasiado para lo que á su erario conviniera.

La influencia rusa predomina en Teheran á causa, probablemente, del irresistible miedo que tienen de que á la provocacion más pequeña se apoderaría Rusia de estas provincias, que contra las fuerzas militares y navales que podría poner en movimiento, están en la práctica indefensas. Las provincias de Averbajan, Ghilan, Mazanderan y Astrabad llegarán á ser rusas probablemente si alguna vez se hace el repartimiento de Persia : y si la ambicion rusa no se extiende á la capital persa, su conquista sería tanto más fácil, porque en los confines me-



ridionales de estas ricas provincias las montañas Elburz corren de Este á Oeste, y el paso más bajo está nada ménos que 6.000 piés sobre el nivel del Caspio. Lo más extraordinario que hay en la formacion de Persia y que explica los extremos de su clima, es esta elevacion que viene á ser la misma en el Sur que en el Norte. La tierra baja en el Caspio es mucho más extensa y productiva que la del Golfo Pérsico : pero á 100 millas del agua del Norte y á 60 de la del Sur, las veredas que usan las caravanas (porque no hay caminos) se elevan por senderos muy escabrosos á una altura que en el espacio de 800 millas nunca es ménos de 2.900 piés y cuyo término medio pasa de 5.000 piés, habiendo montañas que se levantan hasta cerca de 20.000. Si bien Resth no está 100 piés sobre el nivel del mar, Teheran está 4.200, Ispahan 4.700 y Shiraz 4.750. Durante nuestra jornada desde la primera hasta la última de estas tres ciudades principales de Persia, nos vimos obligados á cruzar tres cadenas de montañas cuyas alturas variaban de 7.000 á 9.000 piés.

Se habla de Persia y así ha sido descrita como un desierto que tiene algunos oasis. Esto solamente es verdad en parte ; porque un oasis, tales como los que nosotros hemos visitado en el Sahara africano, está formado por un manantial natural, en tanto que las tierras verdes de Persia lo son en su mayor parte por riego artificial, que si hubiera agua suficiente—si las lluvias del invierno se conservaran para usarlas en primavera y verano—podría extenderse á muchas de las tierras adyacentes con resultados igualmente remunerativos. Persia es más bien un país de llanuras divididas por montañas, formando quebrados contornos que invariablemente se presentan en el horizonte ; y es incuestionable que si se hicieran las obras convenientes y si se atendiera todo lo posible á la conservacion del agua en las montañas, podría cultivarse con provecho una área mucho más extensa. Perdería entónces Persia el carácter de desierto, que es hoy aplicado con propiedad á la tierra del centro y Nordeste, donde las llanuras están cubiertas de las sales que componen en su mayor parte las montañas que rodean á aquellas.

Los viajeros que han seguido los escabrosos senderos que

son los únicos caminos que atraviesan los Himalayas, que han visto las veredas de las montañas de Grecia y España, son de opinion que no hay en el mundo camino tan dificultoso como el que une á Shiraz con Buschire, única ruta por la que llegan al interior de Persia las importaciones de Inglaterra. La distancia entre estas dos ciudades no llegará á 190 millas, y sin embargo nos vimos y nos deseamos para conseguir andarla á caballo con nuestros equipajes en doce dias.

La entrada de las mercancías inglesas en Persia y la exportacion de trigo, ganado, lana y demas productos de aquel país se han facilitado mucho con la construccion del canal de Suez; pero en cuanto á un mercado para nuestras manufacturas nos reducirá Rusia á la costa á no hacerse un camino mejor para la conduccion de géneros á Ispahan, la ciudad central de Persia. Rusia nos lleva una gran ventaja en este concepto desde el Norte y los bazares de Teheran están principalmente surtidos de manufacturas rusas. La proposicion del baron Reuter, que hizo tanto ruido por ser la primera obra que iba á emprender usando de la concesion de construir un ferro-carril de Resht á Teheran, hubiera facilitado de un modo completo la entrada de los géneros rusos y hubiese puesto á Rusia en disposicion de dominar el comercio no solamente de Teheran, sino de Ispahan y probablemente de Shiraz. Pero el comercio inglés está siendo derrotado y lanzado de Persia por no tener mejor entrada que el terrible camino de Buschire á Shiraz, y Persia ganaría inmensamente teniendo más expedita salida para el sobrante de sus productos. En aldeas próximas al Karoon, puede comprarse el trigo á razon de unos 20 reales el cahíz de ocho fanegas, de modo que Persia podía esperar si se utilizara este rio, reducir la desfavorable balanza de su comercio que, yendo constantemente en aumento como va, amenaza arruinar al país.

El baron Reuter no ha abandonado todavía á Persia, y segun creemos, está aún ocupado en proyectar caminos de hierro, habiendo cambiado sábiamente su atencion del Norte al Sur. Si posible fuera reunir dinero para la construccion de un ferro-carril en Persia, no hay duda, ni puede haberla, de que los intereses británicos saldrían muy beneficiados por una lí-

nea desde Jezd á Shusta pasando por Ispahan y en conexión con buques de vapor en el Karún. Pero no podemos creer que diera productos en ninguna parte de Persia. Serían los pasajeros poquísimos y en extremo dificultoso sacar á precios convenientes de los lomos de las mulas el tráfico de géneros. Hemos andado más de una vez ocho horas á caballo entre Teheran é Ispahan, sin encontrar un viajero que hubiera pagado para ir por ferro-carril. Por ocho ó diez mulas y caballos que necesitábamos, rara vez pagamos más de la equivalencia de un schelin al dia, suma que incluía los servicios de los acemileros y los piensos y alojamiento de las caballerías. En su informe al baron Reuter sobre mejora de comunicaciones en Persia hace el capitan de ingenieros P. John el siguiente estado :

COSTE.	MILLAS AL DIA	TONELADA POR MILLA.		
		<i>Máx.</i>	<i>Mín.</i>	<i>Término medio.</i>
Por mulas, término medio de velocidad.....	22	15 d.	3 d.	3 d.
Por camellos ó asnos, id.....	12	9	2	4

Precios bajos son estos, y la arriería en Persia difícil que concluya. El *charvodan*, que así se llama el capataz de la récua, está acostumbrado á fatigas enormes, y ciertamente el gremio es uno de los más honrados y dignos de Persia. En las ciudades muchos de los más ricos han empleado dinero en mulas, y estos tambien mirarían con malos ojos un nuevo modo de viajar. Pero semejantes inconvenientes naturalmente van gastándose. La verdadera cuestion es si la concesion de poder construir y explotar un ferro-carril sería respetada, y si el tráfico es ó hay probabilidades de que llegue á ser suficiente para hacer reproductiva la empresa. De todo lo que hemos visto durante cinco meses de residencia en Persia, estamos inclinados á pensar que la concesion no sería respetada, especialmente si el camino de hierro tenía buen éxito, y que no hay en parte alguna de Persia, uno de los países ménos densamente poblados del mundo, tráfico bastante para que sea productivo un ferro-carril. Y en cuanto á los gastos de construccion, aunque en lo llano se haría el trabajo á poca costa, no hay que olvi-

dar que no hay dos poblaciones que puedan enlazarse sin que el ingeniero halle grandes dificultades. Entre las principales ciudades de Persia hay montañas que cruzan á una altura de 6 ú 8.000 piés y que invariablemente son de roca, algunas de ellas de la piedra más dura. Son estos, no obstante, obstáculos que los ingenieros ingleses se deleitan en vencer: la dificultad real está en la falta de seguridad y en el sombrío porvenir de que dé dividendos activos.

Hay poquísimas relaciones entre las principales ciudades de Persia. Aquellas chozas sin puerta hechas de tierra, cubiertas con una tosca argamasa de barro y paja, que están situadas á distancia de veinte y treinta millas del camino de Resht á Shiraz, por Teheran é Ispahan, sólo tienen un cuarto, el *bala-koneh* elevado sobre el repugnante patio en que se encierra de noche á las caballerías. En un viaje á caballo por Persia que duró unos cincuenta dias, nunca encontramos á nuestra llegada á una parada ya ocupado este cuarto, y acaso es esta la mayor prueba que puede darse de la escasez de viajeros indígenas ó extranjeros. Por casualidad algun atrevido especulador propondrá en el primer prospecto de engañifas formar una compañía para explotar el tranvía de vapor en Teheran ó Ispahan, sin fijarse en el hecho de que es más que dudoso que pudiera un carruaje de cualquier género abrirse paso en ninguna ciudad persa. Lo cierto es que no hay modo alguno de alquilar un carruaje en ninguna de las ciudades grandes. Hay en Teheran la posibilidad de dar un melancólico paseo en coche en línea recta por fuera de la ciudad para aquellos que puedan hacerse superiores ó conformarse á la tristeza de ver una y otra vez un mal camino lleno de polvo, cuyo término se está viendo desde el principio. Pero los pocos europeos que tienen carruaje en Teheran ni siquiera intentan la imposibilidad de ir en ellos por la capital hecha con barro de Persia. En cuanto á la población de las ciudades y del país, generalmente no existen cifras que merezcan confianza. Se dice que la población de Teheran es de 85.000 almas; pero despues de pasar cinco meses en la ciudad y de conocerla casi parte por parte, no estamos dispuestos á creer que pueda encontrarse en la capital en ningun tiempo ni áun la mitad de ese número.

Los persas, al parecer, no tienen la facultad de calcular cuando el número llega á pasar de mil. Un hijo del Schah nos decía que su padre tenía 2.500.000 hombres; pero despues de ver mucho más de los dominios de su padre de lo que él mismo conocía, no nos sorprendería saber que el total número de hombres, mujeres, niños y esclavos en Persia no excede á aquel en que estimaba S. A. R. el ejército persa. Jamás hemos viajado en un país tan pobremente poblado, y en este concepto forma muy notorio contraste con la India. Aun en el camino más frecuentado de Persia, el de herradura desde Teheran á Ispahan hemos andado á caballo 28 millas en pleno día sin ver una habitacion humana ni rastro de hombre, á no ser las huellas de las pisadas en el camino.

Se queda uno asombrado del clima, y grandemente chasqueado en la arquitectura de Persia. Desde el día 3 de Diciembre, en que nos aproximábamos á Ispahan, hasta el 5 de Febrero, en que á una distancia de cinco jornadas de Shiraz bajábamos repentinamente 5.000 piés hasta la llanura de Kaseroon, viajamos sobre nieve más ó ménos alta, y todas las noches durante aquellos dos meses estaba el mercurio en nuestro termómetro bajo cero. No espera uno presenciar heladas en Ispahan, la ciudad de los melones, ni encontrar semanas enteras nieve cuajada en todos los estrechos senderos de Shiraz, lugar donde se compusieron los cantos ardientes de Hafir, en una latitud más de 20 grados al Sur de Lóndres. Queda uno sorprendido al ver los *attachés* ingleses patinando en Teheran y á algun europeo dibujando *eses* en charcas heladas del río Ispahan. Sin embargo, todo esto se ve en cualquiera invierno ménos severo que el de 1875-76. Pero aún el intenso frío de las noches de Enero y la miserable cubierta que proporcionan los *chuparkonehs* envuelven muchos ménos inconvenientes que la misma jornada bajo el ardoroso calor del estío cuando se hace imposible viajar durante el día. Sufrimos más por el bochornoso sol de Octubre entre Resth y Teheran que en los hielos de Enero y Febrero. En los meses de verano se ponen siempre en marcha las caravanas á eso de la media noche, y concluyen su jornada del día poco despues de la salida del sol. En los meses de invierno nunca nos pusimos en

camino ántes de salir el sol, ni anduvimos despues de la puesta. Pero si no fuera por evitar la severidad del calor ó del frío, los *chupparkonehs* y caravaneras no ofrecen un descanso atractivo. Los *chupparkonehs* están siempre rodeados de un muro hecho de barro de unos quince piés de alto, y asegurados de noche con una fuerte puerta. En el centro hay un cuadrángulo para caballos y mulas, y alrededor, en tres de los lados, hay cobertizos para proteger á los animales y á sus conductores, que duermen todos juntos en invierno; en el cuarto lado, cerca de la puerta, hay generalmente dos ó tres sitios cubiertos, sin ventanas ni puertas, con paredes de barro, que tienen en un rincon un agujero para encender fuego, que invariablemente humea el cuarto. Esto, sin embargo, no es arreglo del todo impopular en un país en el cual nada hay tan caro como la leña. Estos dos ó tres departamentos son para el uso de los viajeros naturales del país, y en ellos preparaban la comida nuestros criados. Sobre la puerta está el único cuarto separado, el *balakoneh*; los muros están mugrientos y llenos de hollin formado por el humo que se escapa del hogar, rudamente construido, y que por todas partes humea. Por regla general, hay dos ó tres huecos de puerta sin ellas, y en algunas partes uno ó dos agujeros á guisa de ventanas. Si la leña echa humo, debe uno dar gracias por la carencia de puertas, hasta que ya carbonizada aquella, desaparece el humo, y el aire puro de la noche acaba con el punzante olor. Entónces el viajero clava una manta de caballo, ó mejor todavía, una puerta de lona de una tienda de campaña, y cuando ha hecho lo mismo en los otros huecos y en las ventanas, y ha cerrado así el paso á la brisa, acaso puede llegar el termómetro en las horas más templadas de una noche de Enero á la altura de cero. En las caravaneras no tiene uno que incomodarse por las ventanas: alrededor del gran patio abierto de los caballos hay un número de arcos oscuros, que algunas tienen un agujero circular en el techo para dar salida al humo, pues habitualmente encienden el fuego en medio del suelo. El extremo del arco próximo al patio está relleno con albañilería rústica, quedando abierta una puerta cuadrada, en la que si uno quiere hacerlo por reservarse ó por buscar mayor calor que el de un

viento Norte que viene arrastrándose sobre cientos de millas de nieve, tiene que clavar alguna cosa de lana de su equipaje. Y en Persia el equipaje del viajero necesita incluirlo todo absolutamente, cama y ropa de cama, lo mismo que utensilios de lavarse, y alfombra ó esterilla para cubrir el empolvado suelo del *balakoneh*, ó una de las cavernas de fango del piso bajo, que acaso en la noche anterior ha servido de cuadra para mulas. Todas las mañanas él, ó su criado, necesitan levantar la cama y amarrarla con las demas cosas en el lomo de una mula. A la llegada, la habitacion está desnuda, llena de la basura y desperdicios del último que la ocupó, y á la salida, hay poco riesgo de olvidar parte del equipaje, porque lo único que hay que ver es que el cuarto quede completamente desprovisto de todo; no haya miedo de que se lleve uno nada que no le pertenezca. El huésped tiene alimento para los caballos, pero no para los hombres; éste hay que llevarlo ó que comprarlo en la aldea más próxima. No presenta la cuenta, se da *lo que usted guste*, pero ya sea medio keran, ó un keran (1), ó media docena de keranes, siempre enseña juntas y abiertas las dos manos para recibirlo, y despues de tenerlo, ha de mirar intencionalmente á la plata, luégo enseñársela á todos los presentes y pedir más. Por ocho ó diez libras esterlinas se compra un caballo ligero, en el que uno puede andar en jornadas fáciles toda Persia, y las mulas, que llevan cada una carga de dos quintales, pueden alquilarse por poco más de una peseta al dia. Aunque teníamos la seguridad completa de que se escaparían en cuanto aparecieran ladrones (y la verdad, que hubiéramos preferido en este caso que así lo hicieran, á una conducta belicosa que pusiera en peligro muy serio nuestras vidas), llevábamos algunos soldados montados por escolta, los cuales están bien pagados con dos pesetas diarias por hombre y caballo.

No hay una mezquita ó un edificio moderno en Persia que tenga belleza de arquitectura digna de consideracion, ni hay un edificio público que en una ó en muchas partes no se encuentre en estado ruinoso. Ni uno de los numerosos palacios del Schah que visitamos, ni una de las muchas mezquitas que

---

(1) Una peseta próximamente.

pasamos en nuestras correrías, ni palacio alguno de los príncipes gobernadores de las provincias, puede citarse como excepción de la regla. Fuimos honrados con una invitación para ocupar el palacio Karaj del Schah, cerca de Teheran : allí no había más artículo de mueblaje que una alfombra en la sala del centro, cuyas ventanas de vidrios de colores estaban lastimosamente rotas, y cuyo patio estaba atestado con las ruinas del techo. La alcoba que ocupamos tenía un piso de mala mezcla, cuyo polvo se levantaba en nubes al cruzar nosotros el cuarto : allí no había recurso alguno para asegurar las puertas, y eran las ventanas tablas con pesado marco, que dejaban todo en completa oscuridad y sin ventilación de ninguna clase una vez cerradas. A la llegada al palacio del cuñado del Schah en Shiraz, vimos que los marcos de las ventanas sobre la entrada colgaban en completa ruina ; los pilares de la entrada y muchas de las piedras de albardilla yacían rotas por tierra y allí habían estado durante los reinados de muchos de sus predecesores en el gobierno de aquella desarreglada provincia. Y sin embargo no hay hombre más perfecto en Persia que el *Firman Firma*, que es como el Schah ha titulado á Yahia Khan. Podemos suponer solamente que vive, como parece que hace todo el mundo en Persia, sin importarle un bledo del exterior de su casa, y que mira los edificios públicos como todos los demás parecen considerarlos, con el solo cuidado de si los muros, ó los bastantes entre éstos, se tendrán de pié hasta despues del tiempo de su inquilinato. El informe de sir Lewis Pelly al gobierno de Bombay con referencia á un cierto distrito, es generalmente verdadero en toda Persia. «A. da á sus colonos permiso para coleccionar las rentas á la fuerza; esto queda hecho ; al año siguiente algunos labradores han huido ; algun terreno ha quedado inculto. *El país, en resúmen, es puesto á contribucion como si el gobierno tuviera que concluir cuando espira el tiempo de mando del gobernador.*»

En el palacio del Schah en Teheran los departamentos más grandiosos y ricos son aquel en que recibe con ocasion de un *Salaam*, dia de córte, al cuerpo diplomático y á otras personas de distincion, y el cuarto del trono en el cual se sienta en raras ocasiones con inmóvil majestad para recibir los homena-



jes del pueblo. El primero está entre dos patios del palacio, espacios abiertos que se hacen agradables con altas palmeras de plátanos y paseos rectangulares enlosados en mármol un tanto toscamente. Por el centro de cada una de las plantaciones fluye un arroyo de agua pura. Corre éste por debajo de la sala de recepción, abierta á los vientos por ambos lados, estando el techo soportado por cuatro columnas salomónicas, doradas desde la base al capitel. Se sube á la imperial presencia por seis escalones penosamente empinados y se entra entonces en la sala por una abertura inmediata al extremo del Oeste y justamente debajo de un cuadro grandísimo, que allá, en su centro, contiene un retrato de tamaño natural del emperador de Austria. Debajo de éste hay un paisaje y una marina, comprados evidentemente á alguna galería francesa; la planchuela de latón con el número que cada uno de estos cuadros tuvo en la exposición permanece todavía en un ángulo. En el extremo opuesto de la habitación es donde la *Sombra de Dios* está sobre sus piés para recibir á los enviados de Europa. Allí, en el centro, puede verse una de las maravillas características, probablemente la obra de arte más grande del largo reinado de S. M. Es un globo de dos piés cubierto de joyería desde el polo Norte hasta las extremidades del trípode en que la empedrada esfera descansa. Dícese que S. M. compró—lo probable sería que aceptó—y fuera como quiera, posee un monton de joyas para las que no encontró destino inmediato. Nada podía añadir al lustre de su corona de diamantes, que tiene encima el rubí mayor que he visto en mi vida, incluso los de la reina Victoria y los de los emperadores de Alemania y Rusia. Tenía la *Mar de Luz*, diamante cuyo tamaño es poco inferior al inglés *Montaña de Luz*. Tenía trajes bordados de diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas y granates: tenía con pedrería espadas y dagas sin número, así es que probablemente, como tenía entonces su real pensamiento vuelto hácia los viajes, ordenó que se construyera este globo cubierto de piedras preciosas, los mares hechos de esmeraldas y los reinos del mundo de piedras de distintos colores. El inglés nota con orgullo que Inglaterra centellea por los brillantes, y un francés puede compartir este sentimiento porque

Francia despide ilustres rayos, como las islas británicas, pues está dibujada con las mismas piedras imperiales. El dominio del gran vecino del Schah, la recientemente nombrada emperatriz de la India, está marcado con amatistas, mientras que África luce todo un continente de rubíes al lado de un mar literalmente de esmeraldas. Cerca del globo, y al lado de un canapé francés que acaso valga 100 francos, está el trono del Schah, que naturalmente está dispuesto para que se sienta á la usanza del país. Ocupa un gran espacio porque los ocupantes de este trono han tenido con ellos algunas veces un *kaleon* ó *hoakah* (1) de asombrosas dimensiones sobre la espléndida alfombra, que está ribeteada con decenas de millares de perlas. El almohadon en que recuesta el Schah la espalda ó el brazo, está bordado de perlas. Detrás de su cabeza hay un sol que irradia luces de pedrería preciosa, soportado en los dos ángulos por pájaros cuyo plumaje está hecho del mismo costoso material. Al otro lado del cuarto, lleno de polvo y horriblemente desproporcionado, hay una mesa cuya parte superior está incrustada con el hermoso trabajo de Florencia y un modelo del arco de Tito, ambos regalos de S. S. el Papa Infalible. Cerca de estos regalos, en un rincon y con un marco de madera vulgarísimo, hay un retrato de Havelock y no léjos un reloj con *agua que corre* y un pavo real que mueve la cabeza, regalo de la compañía de la India Oriental. Los únicos medios de impedir que la lluvia y la nieve entren en éste y en los demas salones del palacio de S. M. es colgar unas grandes piezas de algodón que cubren los lados que están abiertos al aire libre.

La otra sala, más pública, es mucho más vieja y completamente persa en su disposicion. El suelo está levantado unos tres piés del pavimento de un gran patio oblongo, sobre cuyos anchos paseos se agrupan los hijos de Iran para hacer *salam* ante su monarca, que se sienta en un alto trono hecho de un mármol verduzco y alabastrino de Teyd; el ancho piso en que el Schah se sienta está soportado por animales que tienen el mismo parecido singular con los leones que se ve en los que

(1) Pipa turca ó persa.—(N. de la R. C.)

apoyan la gran fuente de la Alhambra. Con referencia á esta semejanza y á otros puntos de parecido que se hallan entre este palacio y el decorado de algunos de los palacios más modernos de Persia, el Mayor de ingenieros, Murdoch Smith, distinguido director del telégrafo indo-persa, ha indicado en un informe al Consejo del Museo de South Kensington, la probabilidad de que la Alhambra fuese dibujada por arquitectos persas; y con respecto á esta suposición, ha indicado lo manifestado por el Sr. Rivadeneyra concerniente á la existencia de un documento que señala á los *persas* de Rioja en España como lugar de residencia. El techo de la antigua sala de recepciones en el palacio del Schah, está hecho como los del famoso palacio oriental de España, y cubierto con pedazos de espejos; que si la obra estuviera bien acabada y se limpiaran los espejos, harían un efecto muy brillante. En frente del trono del Schah, al extremo del patio, hay un tosco mosaico sobre el distante muro que representa, «como Rustem, el *Arturo*, el héroe legendario de Persia, destruyó al Demonio blanco.»

La exhibición pública del arte pictórico en Persia está habitualmente en las paredes al fresco vulgar ó en mosaico hecho con ladrillos vidriados y pintados en su superficie exterior. La puerta del recinto, hecho con paredes de barro que se llama la ciudadela de Teheran, está adornada con mosaicos que presentan en cada cuadro de la obra un caprichoso retrato de uno de los soldados del Schah. Es el dibujo como los que acostumbramos ver hechos por el lápiz de un niño de tres ó cuatro años. Las facciones están todas en un plano; tienen el mismo color unas que otras; sus mostachos tienen la longitud de ladrillo y medio, y sus negras botas quedan colgando penosamente como si buscaran alguna nube en que posarse. El tal retrato es una prueba de la condición ínfima del arte. La ornamentación del exterior de algunas mezquitas con estos ladrillos de colores, principalmente de azul claro y amarillo, es de mucho efecto: pero no encontramos sitio alguno en que no estuviera este trabajo más ó menos desfigurado por la ruina, y no parece ser la reparación asunto que ocupe á ninguna persona ó departamento. La gran cúpula del Madranee ó mezquita, escuela de Ispahan, estaba en un tiempo cubierta con

tejas de hermoso dibujo; pero más de la mitad de este revestimiento ha desaparecido, y se han ido dando por satisfechas las generaciones con mirar al feo sitio donde debiera descansar el tejado. No hay una casa entre quinientas de las hechas con ladrillos de barro en Teheran y demas ciudades, que tenga una sola habitacion sobre el piso bajo. Todas, ó casi todas son de planta cuadrangular, y la pared exterior, que está pintada con barro y paja, no tiene ventana ni abertura á las calles, excepto una sola puerta, que es costumbre que sea inmensamente fuerte y que esté fortificada con cerrojos de hierro de imponente tamaño. Hay comunmente un estanque y conatos de jardin en el pequeño patio, á cuyo derredor están distribuidas las habitaciones de la casa. Por regla general, ni áun en las mejores casas se comunican las habitaciones entre sí, de modo que los que las habitan no pueden pasar de uno á otro cuarto sin salir al aire libre. La continua y no interrumpida vista de paredes de barro, el techo plano, tambien de barro, puesto sobre cañas y paja, apoyado por vigas atravesadas que se ven, da el aspecto más miserable á las ciudades persas. Los persas están siempre en armas contra cualquier vecino que edifique un segundo piso, desde el cual pueda dominar sus arreglos domésticos. Muchos cuentos corren sobre la feroz oposicion que esta intencion fatal de parte de un vecino ha producido, y por lo general no permiten las autoridades á nadie que construya de modo que pueda ver lo que pasa en otra casa.

La embajada inglesa, ó la Mision como oficialmente se le llama, ha tomado hasta tal punto el color local, que hubo últimamente una altiva nota de guerra y mucha intriga para echar por tierra el abominable y malvado designio del embajador otomano que había osado edificar una casa-embajada á la vista de la de Inglaterra, y con un segundo piso desde el cual es posible (con un telescopio) ver algo de las señoras de la embajada británica, si aciertan á estar paseando en los extensos terrenos en que están situadas las casas de los secretarios y agregados, y el palacio del ministro. La casa del enviado inglés es ciertamente la más hermosa, sin exceptuar el palacio del Schah en Teheran, y á decir verdad en toda Persia; mucho más elegante que la habitacion del ruso, aunque segun el comun informe,

el ministro del Czar tiene mayor influencia en la córte en que los dos están acreditados.

El encanto de viajar en Persia está completamente perdido, bien pesado todo lo que se encuentra en la escala del progreso. En Persia, al venir de la corriente y asentada carrera de la Europa occidental en las vías de la civilización, nada se presenta que no indique no sólo ausencia de progreso, sino más bien retroceso. Lo que es verdaderamente interesante en Persia es el extenso paisaje y la vida del pueblo fuera de casa, porque no hay europeo que vea en verdad mucho de lo interior. Persia es el país de las magníficas distancias. En verano las montañas, siempre á la vista, y en muchos sitios fuertemente coloreadas con los guijos metálicos que contienen, relucen con maravillosa belleza á la luz rosada del sol de la mañana, y parecen masas de púrpura oscura y negra cuando la clara y agradable luz de las estrellas sustituye á la del sol de llamas de Persia. En otra estación hemos visto las llanuras semejanado un mar ártico, cuando su nivel perfecto en apariencia estaba cubierto con una deslumbradora dilatación de nieve no pisada, y también cuando las blancas colinas asomaban á través de la tormenta que ciega como las bancas de nieve de las regiones polares. Donde quiera que la gente se deja ver, aumenta con su presencia el encanto del paisaje. Los hombres son hermosos, y pintorescos sus trajes de algodón azul ó blanco, y de vez en cuando alguno rojo ó amarillo. Llevan casquetes de fieltro aturbantados con algodón ó seda de todos colores. El alimento de las clases inferiores, se compone generalmente de pan, bollos delgados y lacios, cocidos en la parte exterior de una chimenea cónica, que ellos de vez en cuando remojan en un plato caliente de leche ágría, uvas, melones y granadas, que casi todas las provincias de Persia producen en gran abundancia. En las ciudades reconoce el viajero en el pueblo los caracteres de los cuentos de las *Mil y una noches*. Allí está el mensajero hermoso, fuerte, descubierta el palpitante pecho, y quemada del sol su piel oscura, rascándose la afeitada cabeza, listo para un nuevo mandado, incluso el de la misteriosa señora, dueña de la igualmente misteriosa casa, en la que él puede ser asesinado ó enriquecido, muerto

y enterrado como un perro, ó vestido con espléndidas ropas, segun vaya el buen placer de los genios. Allá está el mercader de Bagdad, llevando las respetables enseñas de peregrino y por todos saludado como *Hadji*, en gracia de su jornada á la Meca; su turbante verde ó blanco es ámplio y sin mancha, de sus hombros pende una capa de paño fino, trenzada con oro, y su túnica de púrpura ó verde está amarrada por costoso cíngulo, en el que probablemente la caja que contiene sus útiles de escritorio, está metido como una daga. Por todas partes se ve al sacerdote ó *mullah*, sin la menor dulzura en su cara, á caballo en un jumento blanco, anunciándole su vestido como miembro de la casta que es más fuerte en Persia. Allí no hay ancianos, porque aquellos cuyas barbas ha vuelto blancas la edad, se transforman en jóvenes nada naturales, tiñendo sus cabellos de rojo oscuro con *henné*. Sus manos y piés están pintados con el mismo ingrediente y se sientan fumando su *Kaleon* ó leyendo el Koran sobre las tablas del frente de su puesto en el fresco bazar, sin demostrar más interés aparente por sus negocios que si estos fueran solo una mera excusa para las sobrenaturales incumbencias de su activa vida. Aún sin la asistencia de los genios, siempre están presentes en Persia dos misterios, que sin duda servirán para transmitir, en tanto que ellos existan, las ideas de las *Mil y una noches*. Son estos la velada dama y la casa de altos muros en cuyo interior no puede penetrar la vista desde fuera. Ningun *giaom* (1) puede ver los ojos de una mujer persa de las clases superior y media. Atraviesa las calles y bazares en un asno blanco ó á pié, disfrazada por completo. Su mismo marido no la conocería. Va cubierta de piés á cabeza en el suelto *chudder* de algodón teñido con índigo ó negro; sobre su rostro un largo velo blanco está unido todo alrededor del *chudder*, donde esa envoltura cubre todo ménos la cara. Las piernas están escondidas en anchos pantalones de algodón del mismo color, los cuales no usan dentro de casa. La única abertura en el velo de la cara es una pequeña cenefa de trabajo bordado ante los ojos, que

---

(1) Palabra turca aplicada á todo el que no profesa el islamismo.

(N. de la R.)

le permite ver por donde va y la calidad de los géneros que está comprando en el bazar. Pero en toda su vida de fuera de su casa es un misterio andando. Puede ser jóven ó vieja, blanca ó negra, hermosa ó fea, ir en busca del pecado ó á una obra de caridad : nadie sabe quién es cuando anda de un lado para otro con zapatos que son difíciles de conservar en los piés, porque el cuero superior acaba mucho ántes del talon. Levanta el llamador de hierro de una puerta, que bien pudiera servir á una fortaleza en alguna casa de paredes de barro; es admitida, se cierra la puerta, y lo que pasa dentro de aquella casa, cuál es en ella la suerte de las mujeres, de los niños y de los esclavos, nadie lo sabe ; no hay ventana desde la cual pueda comunicar con el mundo exterior : es un despotismo dentro de otro. Cada una de estas amuralladas casas es la residencia de una soberanía despótica establecida y confirmada por el mayor poder en Persia, el del Koran.

La religion de los persas—de la secta schiita del mahometismo—no da atributos sobrenaturales al Schah. Es él la sombra de Dios (*Zil-ullah*) no infalible en su gobierno, sino á causa de que tiene el deber de gobernar estrictamente de acuerdo con las escrituras de Mahoma. A la fidelidad que guardan con este falso modelo de vida, á los abusos y excesos del gobierno puramente personal é irresponsable á que están siempre expuestas vidas y propiedades, es preciso que atribuyamos la miserable condicion del pueblo persa. Miéntras que otras naciones del mundo progresan, Persia declina, porque la ignorancia, la sensualidad y los rapaces hábitos de despotismo, están allí establecidos por el sacerdocio y confirmados por el gobierno en todas las provincias : y la escuela de la mezquita, que no tiene mira más alta que la escritura y la habilidad para leer media docena de versos del Koran, es para el pueblo la señal más alta de educacion.

En la Iglesia persa hay un solo cisma importante, y que es incómodo para los sacerdotes del Islam, más bien por la devocion fanática de sus partidarios que por el número de los que siguen á Bab ; los Babis, quienes en Agosto de 1852 intentaron asesinar al Schah. Los chasqueados criminales en esta ocasion fueron condenados á muerte con la crueldad que

las ofensas de esta secta reciben siempre. Les introdujeron velas encendidas en cortaduras hechas en sus cuerpos vivos, y despues de penar mucho tiempo en la agonía fueron tajados en pedacitos con hachas.

En Persia, fiel á los principios del Koran, la teoría del castigo es que no el Estado, sino los parientes de la víctima, deben de vengarse de los asesinos presentes ó presuntos : y en conformidad con este principio, el camarero ó chambelan del Schah ejecutó, en nombre de S. M. y con su propia mano á uno de los conspiradores. Bab, que se proclamó como profeta del siglo xix, era el hijo de un vendedor de comestibles en Shiraz. Había sido ejecutado en Tabriz dos años ántes de intentar sus secuaces asesinar al Schah. En su ejecucion, llevó á cabo un *milagro*. Las balas de los que habían de fusilarle no lastimaron gravemente su cuerpo, pero cortaron las cuerdas que le amarraban á una estaca ; favorecido por el humo de la descarga, escapó y se ocultó con la peor fortuna en una casa de un guarda, donde fué pronto descubierto y arrastrado á la muerte. Si hubiera tenido mejor suerte en su escondite, es probable que los soldados que contra él dispararon y la mitad de Persia se hubiesen hecho *Babis* por la fuerza de tan patente milagro. Como sucesor en esta impostura hay ahora un hombre que se llama Behar, preso en Arabia por el gobierno turco, el cual, diciendo que Bab era su mensajero avanzado, se da á sí mismo como Dios Padre. Con este monstruoso y absurdo lenguaje se ha dirigido á algunas potencias, como lo hizo Mahoma, para que no desprecien su presencia en la tierra : y el hecho es que este fraude miserable ha encontrado creyentes y secuaces hasta entre las clases acomodadas de Ispahan, donde sin embargo hay que tener en secreto semejantes opiniones, porque la heterodoxia es penable en Persia con la muerte.

Nada de literatura moderna hemos encontrado en Persia digno de observacion. Hay una publicacion periódica, la *Gaceta* de Teheran, á la que están obligados á suscribirse todos los empleados y pretendientes y que nadie más que ellos ve, si mal no creemos. Los brillantes escritos de Hafir y las sentenciosas páginas de Saadi, de Shiraz uno y otro, son los muy leídos clásicos de Persia. Visitamos las tumbas de estos céle-



bres poetas en unos jardines cerca de Shiraz. Hafir murió en 1338, pero hasta mucho después de su muerte no se colocó en su posición actual el espléndido trozo de mármol que hoy cubre sus restos. En la superficie están talladas, en los hermosos caracteres del alfabeto persa, dos de las odas del poeta, que son difíciles de traducir. La una en el centro, dice así :

«Proclama las alegres nuevas de ser tú uno, que después de  
 »esta transitoria vida pueda yo ser ensalzado á la inmortalidad.  
 »Ave del paraíso soy yo, y el deseo de mi corazón es volar  
 »hacia tí, fuera de las asechanzas y tentaciones de este mundo.  
 »Si te dignáras en tu gran merced llamarme tu fiel servidor,  
 »cuán gozosamente me despediría de las bajas incumbencias  
 »y miserables vanidades de esta mortal existencia.

«Desde los alegres vapores que circundan tu trono, derrama  
 »sobre mí un torrente de las gracias de tu bondad, ántes de  
 »que sea llevado como las arenas del desierto.

«Venid aquí, amados míos, á mi tumba, con vino y cantos,  
 »y probablemente al sonido de vuestras placenteras voces y á la  
 »música de vuestra melodía cesaré de dormir y me levantaré  
 »de entre los muertos.

«Aunque soy viejo y débil, haz tú que aunque sólo sea por  
 »una noche, estréchame entre tus brazos, de modo que á la  
 »mañana siguiente despierte á tu lado, de nuevo dotado con  
 »la frescura y vigor de la juventud.

«Preséntate y muéstrate ante mí, oh tipo de lo bueno, para  
 »que Hafir diga *adios* á esta vida y á este mundo inferior.»

La sabiduría del Cheik Saadi de Shiraz, que nació por los años de 1194, es el orgullo de todos los persas que pueden leer sus obras, de las cuales son las principales el *Bustan* y el *Gulistan* (1). En las primeras páginas de la última, encontramos su idea, verdaderamente persa, sobre el oficio de rey.

«Un rey es la sombra de Dios, y una sombra ha de ser el re-  
 »trato de su principal ; la disposición del súbdito no es capaz  
 »de lo bueno, á menos que esté restringida por la espada del  
 »soberano ; toda buena conducta que se observe en el mundo,  
 »brota de la justicia de los príncipes, y nunca puede ser justa la

(1) *Jardin de las frutas y Jardin de las rosas.*—(Nota de la R. C.)

»voluntad del monarca cuyo juicio esté basado en la maldad.»

En otro sitio pide el favor de su soberano para su obra, y le suplica que se lo preste, llamando á S. M.

«El asilo del mundo, sombra de omnipotencia, rayo de providencia graciosa, tesoro de la edad, refugio de la fe, invencible conquistador de sus enemigos, brazo de la fortuna triunfante, luminaria de la resplandeciente religion, el más ilustre de la humanidad, gloria de la ortodoxia, Saad, hijo del poderoso Atabak, todo-poderoso emperador, que gobierna sobre los cuellos de su pueblo, señor sin par de la Arabia, monarca de mar y tierra, sucesor de Salomon, etc., etc.»

Pero cuando Saadi se ve libre de las ostentaciones, esplendores y terrores de la soberanía despótica, se hace más independiente. y dice :

«Consérvate puro en tu integridad, hermano, y á nadie temas. Los lavaderos á nada golpean más que á la ropa súa contra una piedra.

»Juro que lo mismo dan los tormentos del infierno que entrar en el paraíso por la intervencion de un vecino.»

El principal encanto de los escritos de Saadi, consiste quizás en el profundo gracejo de sus expresiones. Á la historia de un mercader avaro, añade :

«Si en lugar de un pan hubiera tenido al sol en su mochila, nadie hubiera visto ya la luz del dia en el mundo hasta el del juicio.

»El dinero del miserable sale de la tierra al entrar él en ella.»

Así concluye la fábula de un hombre estúpido :

«Si llevaran el asno de Lems á Meca, á su vuelta de la peregrinacion, seguiría siendo un asno todavía.»

Estos dos pasajes son verdaderamente mahometanos :

«Avanzar una opinion contraria á la palabra del rey, sería teñir nuestras manos en nuestra propia sangre ; y en verdad que si él dijera *Este dia es noche*, sería deber nuestro responder : *Mirad ; allí están la luna y las siete estrellas.*

»Siempre que tu mano pueda, arranca los sesos á tu enemigo, porque esa oportunidad borra la cólera de tu ánimo.»

Las obras de estos escritores no morirán ; están en salvo, guardadas como reliquias en letras que se reimprimen con fre-

cuencia. Contentos estaríamos si tuviésemos la misma confianza en que los restos de las tumbas, y salas, y palacios de Ciro, Darío y Jerges, que adornan el camino de Ispahan á Shiraz, estuviesen igualmente asegurados contra daños y descuidos. La inscripcion cerca de la reputada tumba de Ciro *Yo soy Ciro el rey, el Acheménide*; y los agudos claros escritos en varios pedestales entre las magníficas ruinas de Penépolis, en los que los que sepan leer pueden ver en tres idiomas: *Darío el gran rey; él fué quien ejecutó esta obra*; y en otra parte, *Jerges el gran rey, hijo de Darío el Acheménide*; estos y otros testimonios semejantes, dan inmenso interés á ruinas que nadie parece examinar ó proteger. Los desperdicios de la roca que se levanta detrás de Penépolis, ha sido llevada sobre estas ruinas por años enteros, sobre piedras exquisitamente esculpidas que despues de vivir cerca de dos mil cuatrocientos años tienen bajos relieves claros como si fueran trabajo del presente siglo. ¡Cuántos tesoros históricos habrá ocultos debajo de esos montones de tierra que en estas antiguas galerías se levantan lo suficiente para ocultar media figura de un rey y para quitar de la vista del viajero las patas de muchos toros alados! La escalera más hermosa del mundo, la más noblemente proyectada y ejecutada, es la que conduce desde el llano por que corre el clásico Araxes ó el Bendemeer de *Lalla Rookh* hasta la plataforma de Penépolis. No tenemos espacio para hacer justicia á estas ruinas, que los persas descuidan tanto. En el árbol genealógico de la arquitectura, son claramente los próximos descendientes de los edificios de Níniveh, á los que en muchos puntos se parecen. Forman la parte más importante é interesante de la tangible prueba que da á Asia y á Egipto y á Grecia sus partes respectivas en la perfeccion de la arquitectura clásica. Pero sería temerario esperar que bajo un gobierno mahometano han de ser nunca protegidas cuidadosamente como lo son los restos de esos edificios que fueron erigidos al mismo tiempo próximamente en la acrópolis de Atenas.

(*Contemporary Review.*)

ARTHUR ARNOLD.





## DOLORAS

---

### I.

#### ROSAS Y FRESAS.

### I.

Porque lleno de amor te mandé un día  
Una rosa entre fresas, Juana mia,  
Tu boca, con que á todos embelesas,  
Besó la rosa sin comer las fresas.

### II.

Al mes de tu pasion, una mañana  
Te envié otra rosa entre las fresas, Juana;  
Mas tu boca, con ánsia, y no amorosa,  
Comió las fresas sin besar la rosa.

---

## II.

## EL ÚLTIMO AMOR.

## I.

**V**e un hombre amante á una mujer muy bella;  
 Mas , por fatal disposicion del hado,  
     Ella es más jóven, y él  
 Calla su amor , porque le apartan de ella  
 Treinta años , en que el triste ha derramado  
     Un mar de llanto y hiel.

## II.

¿Qué pasa luego? Nada. Que entre tanto  
 Que ella un amor inmenso , aunque tardío ,  
     Mira en él con piedad,  
 Por la parte de allá del mar de llanto,  
 «¡Adios—dice él—último sueño mio,  
     Hasta la eternidad!»...

## III.

## EL ÚLTIMO PENSAMIENTO DE UN MORIBUNDO.

## I.

**P**artiste, y del sentimiento  
 En cama enfermo caí,  
 Y cuando á exhalar por tí  
 Iba ya mi último aliento,  
 Embargó mi pensamiento,

En vez de tu amor y el mio,  
 Este cantar tan vacío  
 Que oí de niño á mi hermana  
 —«Cucú, *cantaba la rana*  
 Cucú, *debajo del rio.*»

## II.

Y, como todo el que olvida,  
 Es de salud un dechado,  
 Despues que te hube olvidado  
 Volví otra vez á la vida.  
 Aun vivo muerto, querida,  
 Pensando con hondo hastío  
 Que tú, en vez del canto mio,  
 oirás, al morir, mañana :  
 —«Cucú, *cantaba la rana*  
 Cucú, *debajo del rio.*»

## III.

¿A qué tan grande inquietud  
 Para llenar la memoria  
 De tantos sueños de gloria  
 De amor y de juventud,  
 Si, al llegar al ataud,  
 Podrán tu pecho y el mio  
 No oir más que el tema frio  
 De esta cancion de mi hermana  
 —«Cucú, *cantaba la rana*  
 Cucú, *debajo del rio?...*»

## IV.

## EL GRAN PROTEO.

**P**orque amaste en tres años á tres hombres,  
 Te juzgas una infiel? No, vida mia.  
 El amor se transforma, y no varía ;  
 Un mismo amor puede tener mil nombres.

## V.

**P**or más que me avergüenza, y que lo lloro,  
 No te amé buena, y pérfida te adoro.

## VI.

## VER ES AMAR.

**A**spiré á verte un día ;  
 Pero , despues de verte,  
 Como dijo Jesús , hermosa mia,  
 «Mi alma quedó triste hasta la muerte.»

CAMPOAMOR.





## BOCETOS LITERARIOS

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS

I.

**H**ablar de Tamayo es hablar de un muerto. Largos años hace que abandonó la escena el inspirado autor de *Virginia*, *Locura de amor*, *La rica-hembra*, *La bola de nieve*, y tantas otras producciones que fueron delicia y admiración del público en aquel período brillante que siguió al romanticismo, y que se extiende desde la época de la dominación de los moderados hasta la revolución de Setiembre. Por entónces señalóse en el teatro una tendencia en extremo razonable y salvadora. Muerto el clasicismo á manos de los románticos, y éstos á poder de sus propias exageraciones, alzóse sobre ambas escuelas otra innominada que, mediante un sabio y prudencial eclecticismo, supo concertar lo que en ámbas había de bueno, dando de mano á lo que tenían de malo. Quedaron rotas las famosas unidades clásicas, y con ellas los añejos moldes de la tragedia de reyes y príncipes con confidente, puñal ó veneno, cinco actos y romance endecasílabo, y de la comedia de *gentes comunes* con unidades de lugar y tiempo, y demas zarandajas aristotélicas y horacianas.



Descendieron á la fosa del olvido (hasta que los resucitó el señor Echegaray) los dramas de tumba y hachero, con fatalidad inexorable, pasiones terribles, castillo feudal, horca y cuchillo, y asesinatos y suicidios al por mayor, en variedad de versos y prosas. Pero quedaron la discrecion, el gusto delicado y el razonable realismo del teatro clásico, mancomunados con la libertad, el alto vuelo y la rica inspiracion del teatro romántico, y de esta fusion de los legítimos elementos de ambas escuelas, nacieron los inspirados dramas de Hartzenbusch, Florentino Sanz, García Gutierrez (en su segunda época), Ayala, Palau, Nuñez de Arce y tantos otros no ménos ilustres, como asimismo las deliciosas comedias de Rubí, Serra, Ventura de la Vega, Luis Mariano de Larra (que por entónces no andaba en malos pasos), Eguilaz, Gaspar y otros muchos que habían resuelto el problema, hoy al parecer insoluble, de tener gracia con sentido comun y sentido moral. En aquel período brillantísimo lucía entre los más aventajados y era señalado como gloria de la escena D. Manuel Tamayo y Baus.

Reunía aquel poeta las más brillantes condiciones. Llevábanle sus alientos á grandes empresas, y nunca ocupaba su ingenio en asuntos baladíes. Preciábase poco de la pompa exterior, que tanto seduce á los poetas españoles, y trataba ante todo de que en sus concepciones dramáticas alentara un vigoroso pensamiento, alma de una accion conmovedora, interesante, llena de fuerza y de vida, arrancada á la palpitante realidad y embellecida á la vez con todos los primores del idealismo. Fijábase por extremo en la pintura de los caracteres, manifestándose en esto más imitador de los dramaturgos extranjeros que de los españoles, y maestro en el arte de juntar en delicado consorcio lo real con lo ideal en el trazado de sus personajes. Conocedor de la escena en alto grado, y dueño de un entendimiento tan claro y penetrante como discreto, sabía producir maravillosos efectos teatrales, y llevar de emocion en emocion al espectador hasta el fin conmovedor é inesperado de sus obras, sin apelar á recursos forzados y falsos, á golpes melodramáticos ni á terroríficos ó repulsivos resortes. Retratando el corazon humano tal como es, y pintando con sin igual maestría las pasiones que lo destrozan y los encon-

trados impulsos que lo agitan, lograba llevar, según el precepto aristotélico, el temor ó la piedad al ánimo del espectador, sin traspasar los límites de lo verdadero, ni conculcar nunca los cánones inmutables de lo bello. Sólo le faltaba dominar el lenguaje, que ni era verdadero modelo cuando el verso empleaba, ni se libertaba de cierta afición al estilo sentencioso, paradójico y arcáico, si por ventura se servía de la prosa. Tal vez sus personajes disertaban demasiado y alardeaban de sentenciosos y sutiles en inoportunas ocasiones; tal vez no siempre sabía colocar en sus labios el lenguaje espontáneo y natural del sentimiento; pero bien pronto un rasgo de genio dramático, una situación dichosamente preparada, un cuadro de efecto, un arranque magnífico de pasión hacían olvidar tales lunares, y obligaban al espectador á prorumpir en entusiasta y merecido aplauso.

Representaba Tamayo en España un elemento nuevo, que por apartados caminos se iba por entónces introduciendo en nuestra literatura: la influencia germánica, á que también obedecía Florentino Sanz y algo Tassara, y que luego representaron Becquer y Campoamor, que le ha dado el triunfo. Véase en la dramaturgia de Tamayo la manera alemana, notándose á la vez que le era familiarísimo Shakespeare; y en la alteza y transcendencia de las concepciones, en el minucioso estudio del elemento psicológico, del *drama interior* (novedad peregrina en España por aquellos tiempos), en el lógico y sistemático desarrollo de la trama, en el mismo tono sentencioso de los parlamentos, harto se notaba que Tamayo se inspiraba en los dramaturgos de allende el Rhin, sin por eso olvidar los modelos españoles, cuyas bellezas *de fondo* sabía amalgamar con las que importaba á nuestro suelo. Quizá por esto se le acusó de traducir desconocidos dramas alemanes; acusación nunca probada, por cierto, y seguramente nacida de esa plaga de cuervos que vive de roer honras literarias.

Recorría Tamayo con igual aplauso, desde la tragedia clásica al drama legendario y desde el sentimental á la comedia de caracteres, dejando en cada uno de ellos monumentos impercederos, de esos que perpétuamente viven en el repertorio dando provecho a las empresas, regocijo al público y gloria á

la patria : colmábanle de aplausos sus admiradores ; abríanse para él las puertas de la Academia (mucho ántes se le habían abierto las de la gloria), y por todas partes le brindaba sus favores la fortuna, cuando de repente su musa enmudeció y el autor inspirado de *Virginia* se encerró en el panteon de la calle de Valverde (donde cuentan que luce á cada paso, con provecho de la corporacion y de la ciencia, sus nada vulgares conocimientos en todo linaje de literarias disciplinas), y lo que es peor, tuvo el malísimo gusto de descender á la arena política, bajo el negro pendon del absolutismo neo-católico, haciendo y diciendo todos los dislates que han hecho, hacen y harán perpétuamente todos los soldados del arte y de la ciencia que en aventuras políticas se meten. Y en aquel momento, funesto para las letras españolas, perdió nuestro teatro una de sus glorias más puras y legítimas y el arte uno de sus hijos más preclaros.

Tal fué Tamayo. Aún vive, pero no para las letras. Tal cual composicion poética de circunstancias (no muy feliz, como acontece á todos los grandes dramáticos) es la única señal de vida que da de vez en cuando, amen de sus *Memorias* como Secretario de la Academia, en las cuales suele dar rienda á sus deplorables aficiones neo-católicas. Aún en las festividades de aquella corporacion relucen sus prominentes y vivos ojos, albergados tras perdurables gafas, y contrae buriona y á la par benévola sonrisa su no muy menuda boca, orlada de bigotes y perilla de zuavo francés. No hace mucho tiempo que vimos con júbilo su simpática fisonomía y su móvil y nada esbelto cuerpo, abrumada la primera bajo el monumental sombrero y ceñido el segundo por el estrambótico y recargado uniforme de la Academia, que convierte á sus individuos en cortesanos de zarzuela y soldados *de poquito*, como diría un dramaturgo del siglo xvii. ¡Ah! Vímosle precisamente cuando por todos lados se clamaba contra la decadencia del teatro y se buscaban inútilmente remedios para evitarla. El verdadero remedio estaba allí. García Gutierrez, Ayala, Tamayo, Nuñez de Arce, esos lo simbolizaban... Apartados del teatro de sus triunfos, vano es buscar panaceas para la escena huérfana. De poco servirá organizar compañías y asociar autores. El público vol-

verá los ojos á los ingenios ausentes, volverá los ojos á Tamayo, y dirá melancólicamente con el poeta:

Quién oyó tu dulzura  
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

## II.

Cuando Tamayo se retiró del teatro, la fortuna, que á veces es pródiga en compensaciones, hizo surgir como por tramoya un nuevo poeta, llamado D. Joaquin Estébanez, que hoy tambien está apartado de la escena. Absolutamente desconocido del público, que nunca ha logrado verle ni saber quién es y de dónde vino, manifestóse desde sus principios como poeta de grandes alientos. Un magnífico arreglo de *Le duc Job*, titulado *Lo positivo*; un drama digno de Shakespeare, y tal que de Calderon acá no cuenta nuestro teatro creacion tan asombrosa, denominado *Un drama nuevo*; otro de grandes alientos, aunque viciado por el más intransigente sentido neo-católico (*No hay mal que por bien no venga*); y por último dos enormes pecados, pero no de pecador vulgar (*El honor y los hombres de bien*); tales fueron las principales producciones de aquel poeta que, despues del merecido fracaso de la última, enmudeció como su predecesor.

¿Quién era Estébanez? Era Tamayo, con todas sus cualidades y defectos, pero con mayor alteza de pensamiento y más profunda intencion dramática; Tamayo agigantado hasta el punto de producir un asombro como *Un drama nuevo*, produccion en que todo es admirable (incluso el lenguaje sentencioso), en la que palpita una inspiracion gigante, en la que las pasiones humanas vibran al unísono con las que Shakespeare pintara en sus obras inmortales, y la fuerza dramática, el efecto escénico, el terror trágico y la atrevida originalidad de las situaciones llegan á punto altísimo de perfeccion; produccion que hace palpar todas las fibras del corazon humano, y que lo mismo arranca lágrimas de ternura y de piedad que gritos de terror y espanto; produccion, en suma, que basta, no ya para glorificar á un hombre, sino para enorgullecer á un pueblo.

Tal era Estébanez. Al ver su fundamental identidad con Tamayo, y juntamente la innegable superioridad que sobre éste tenía; al notar la singular coincidencia entre la desaparición del uno y la aparición del otro, diríase que Tamayo había sido la crisálida y Estébanez la mariposa. Lo cierto era que la aparición de tal ingenio justificaba el retraimiento de Tamayo, á quien debían poner miedo la superioridad de su rival y la extraña semejanza que entre ámbos había.

Presumirá el lector que dado esto y siendo literatos ámbos, forzosamente habrían de aborrecerse. Nada de eso. Aparte de que en el alma de Tamayo (una de las más puras, nobles y caballerosas que conocemos) no caben tales cosas, es lo cierto que, según se cuenta, siempre hubo entre Tamayo y Estébanez intimidad estrechísima, hasta el punto de ser inseparables y de que Estébanez nunca concibió ni escribió cosa alguna sin que en ello tuviera parte principal Tamayo. Hasta se asegura que, por misteriosa manera que sólo un espiritista explicaría, establecióse tal intimidad entre las dos almas de aquellos escritores que nunca pensó el uno cosa que el otro á la par no pensara, formando de esta suerte los dos al modo de una sola y misma persona. Parecía como que Estébanez era sólo fantástica figura animada por el propio espíritu de Tamayo, que de él se servía como de *medium* para dar á la escena sus nuevas producciones.

Pero ahora caemos en la cuenta de que nos vamos extendiendo en este punto, sin acordarnos de que este boceto no se refiere á Estébanez, sino á Tamayo. Dejemos, pues, á aquél y volvamos á éste (aunque esto casi valga tanto como permanecer en el mismo puesto) y digamos para terminar, que si otros dramaturgos contemporáneos aventajan á Tamayo en la galanura de la forma y la pompa de la versificación, pocos compiten con él en alteza de pensamiento y en fuerza de concepción dramática, y uno solo le supera por todos conceptos: Joaquin Estébanez, que es el rival verdaderamente temible que tiene Tamayo.

M. DE LA REVILLA.





## ANÁLISIS Y ENSAYOS

---

*Les Etrangères*, poesies traduites de diverses littératures, par H. Fred. Amiel. Paris, Sandoz y Fischbacher.

**N**o hace mucho tiempo que en esta seccion de LA REVISTA ocuparnos en la excelente version poética de las *Geórgicas* de Virgilio que dejó inédita el Sr. Perez de Camino, expusimos francamente nuestra opinion sobre la conveniencia de traducir en verso las poesías. De nuevo se nos presenta ahora ocasion de tratar este importante asunto. El erudito y diligente literato M. Amiel se ha servido remitir á esta redaccion un ejemplar de la obra en que, guiado por un excelente propósito, ha ofrecido al público francés, vertidas escrupulosamente á su lengua, algunas de las composiciones líricas que expresan, á su juicio, la inspiracion, genio y carácter de los distintos pueblos, y aún de las diversas épocas de la historia. La recta intencion que le ha movido es sin duda la de poner al espíritu de su raza en fecunda comunicacion de ideas y pasiones con las que pueblan extrañas tierras, sirviéndose para ello del arte en su más elevada manifestacion, que es la poesía.

Diríase que Dios ha confiado al arte el ministerio de reunir á los hombres por la fuerza de la emocion en un mismo entusiasmo y enternecimiento, mostrándoles lo bello en las más altas revelaciones de este principio. Los cantos de los grandes poetas, inspirados en sentimientos universales y necesarios, superiores á toda diversidad, comunes de toda la especie, sin más excepcion que la de los tipos rudimentarios que nos presentan las poblaciones salvajes, pueden ejercer y ejercen seguramente sobre las almas, en toda la extension del mundo civilizado, una influencia tan profunda como legítima. ¿No invade por ventura todos los corazones el terror, que parece es-

clavo de la inspiracion de los trágicos griegos, cuando las inmortales figuras de sus obras aparecen á nuestra vista? ¿No despiertan nuestro entusiasmo, ó nuestra piedad, ó nuestra desesperacion, los episodios, caracteres, sentimientos y tradiciones que el divino Homero redujo á unidad en sus obras maestras, insignes monumentos de la épica? Pero ¿á qué continuar? El consentimiento de todos los hombres reconoce el influjo universal y eterno de las inspiraciones del arte en la vida individual y en la historia.

Mas hay que tener en cuenta al hablar de la traduccion en verso de las poesías dos circunstancias, sin las cuales apénas se concibe. Tiene toda literatura obras en que predomina un sentido nacional y particular sobre el universal humano, y otras en que acontece precisamente lo contrario. Fijémonos, por ejemplo, en las comedias de Calderon. Nadie puede negar las bellezas de *A secreto agravio, secreta venganza*, y sin embargo, nadie negará tampoco que es la ménos á propósito para agradar fuera de España. Recuerda Hegel en su *Estética* un ensayo que se hizo en Alemania para poner en escena aquella obra de nuestro insigne dramaturgo, y dice que fracasó por completo. Distinta suerte cupo á *El médico de su honra*, prévia una acertada refundicion. Explícate este hecho, segun el mismo pensador, teniendo en cuenta que los españoles desplegamos sutil rigor y refinada lógica al tratar del honor, con lo que herimos cruel y profundamente á la imaginacion y sensibilidad de gentes de distinta raza. *La vida es sueño* tiene otro carácter: el elemento universal humano, que nadie como Shakespeare supo llevar continuamente al teatro, domina tambien á la concepcion calderoniana, superior, en mi juicio, á cuanto encierra la moderna dramática, no obstante el parecer contrario de respetables críticos que han de descubrir y consignar en todo la superioridad del insigne autor de *Hamlet* y *Otelo*. En la comedia puede verse lo que decimos mejor aún que en la tragedia ó el drama propiamente dicho, pues las peculiaridades de carácter y costumbres dan á las obras cómicas un sello especialísimo, del cual pudiera decirse retóricamente que tiene horror al extranjero. Otro tanto es de observar en la lírica, aunque á primera vista parezca lo contrario. Cierto que este género poético es eminentemente subjetivo, porque el alma del poeta lírico se expresa libremente en sus composiciones, que son como trasuntos y espejos en que su individualidad se reconoce y mira. No es tal, sin embargo, esta individualidad de poeta lírico que consista en las singularidades, extravagancias y modos particulares de ser que se notan en el carácter de la persona, sino en aquello que tiene de más íntimo y profundo; por donde se ven y consideran en sus poesías aquellos que las leen, y acierta él á hablar por todos cuando imagina que habla por su cuenta. Si otra cosa fuera, no lloraríamos con Leopardi, ni sintiéramos con Byron y Espronceda duda, dolor, rebeldía, desesperacion, ni con Lamartine las inefables dulzuras del más sublime amor, ni con Hugo la extraña confusion y horrenda grandeza

de la vida moderna, ni con Musset los tormentos de un alma de niño maltratada por el siglo, en cuyas redes cayó para que el mundo supiera que al genio ha dado Dios tan inmenso poder, que eleva y transfigura cuanto toca. ¿Síguese de aquí que son muchas las probabilidades de traducir en verso, con éxito dichoso, las composiciones líricas? Las hay ciertamente; mas, en nuestro juicio, no tantas como por ventura imagina M. Amiel. Muchas son las poesías líricas cuyo valor consiste principalmente en la forma, entendida íntegramente, y no como mera versificación. Sabido es que en esto de la forma importa bastante el material, y éste, en el caso á que nos referimos, es la lengua. Y las lenguas difieren entre sí más ó ménos, segun lo próximo ó lejano del parentesco que las une. Difieren en estructura, en riqueza, en desarrollo literario, en dotes eufónicas, en claridad y precision, con otras muchas cosas que las diferencian. Por donde venimos á parar en que la version poética de una composicion deja mucho que pedir cuando á la señalada originalidad de su autor conviene juntar la notable semejanza que existe entre la lengua en que se escribió y aquella en que ha de verse. Para este orden de consideraciones tiene mucha importancia lo siguiente. En los orígenes de toda literatura hay composiciones sumamente imperfectas, porque lo eran la lengua, cultura y métrica que presidieron á su formacion. Los naturales de un país las aman y veneran, sin embargo, como antiguos monumentos de su civilizacion, que sirven para calcular la distancia que han andado y la que tienen que andar todavía, como datos de su historia, como gloriosos restos del pasado, unidos estrechamente con la santa memoria de sus mayores. Este encanto no se conserva en las versiones poéticas que se hacen en lenguas ricas y cultas de pueblos adelantados. El traductor necesita entónces un esfuerzo parecido al de aquel que se propusiera hacer una larga jornada acomodando su estatura á la de un niño de pocos años.

Por otra parte, el hombre necesita remontarse por grados desde la familia á las esferas intermedias de la sociedad, y de éstas á la patria, al Estado, para que pueda subir así en continuada ascension hasta reconocerse amorosamente en el seno de la humanidad. El poeta lírico que expresa lo íntimo del alma, se queda muchas veces en alguno de los grados ya dichos. ¡Cuántos hay que no salen de la esfera de los más sencillos afectos, de las pasiones de su tiempo, ó del generoso entusiasmo de una hora solemne! Ofrécese así ancho campo á la particular y nacional, aún en la lírica. Para casos tales debe renunciarse á la version poética. Tradúzcanse en prosa esas obras, para recreo y enseñanza del docto, que así las apreciará como únicamente le es dable, si no conoce la lengua en que fueron escritas; pero no se quiera reproducir la especialidad de un poeta en distintas ú opuestas condiciones.

Puede afirmarse, generalmente hablando, que para traducir bien en verso á un poeta, se necesita tanta inspiracion como él, é íntima



afinidad de tendencias y gustos. Por eso andan tan escasas las versiones poéticas de universal renombre, y se aplauden tanto las que algo valen. De mí sé decir que, entre las que conozco, doy á muy pocas la preferencia sobre la elegantísima y magistral version del *Aminta*, que hizo Jáuregui, rivalizando con Torcuato Tasso, más bien que traduciéndole; ejemplar y perfectísima version, que no cito á humo de pajas, sino por creer que importa recomendar un modelo tan notable en tiempos como los que corren, en que abundan excesivamente las traducciones en verso, y son casi todas harto defectuosas.

Viniendo ahora á la coleccion que M. Amiel nos ofrece, pronto verá el lector que no son inoportunas las más de las consideraciones prévias que anteceden. Si empezamos por examinar el criterio que ha presidido á la eleccion de las poesías traducidas en verso francés por aquel distinguido literato, pronto advertiremos que no siempre es muy acertado. De diez y seis idiomas y dialectos diferentes ha sacado sus versiones M. Amiel, y son los que siguen: húngaro, aleman, inglés, portugués, latin clásico y litúrgico, español, griego antiguo y moderno, italiano, sueco, sanscrito, breton, danés, semínola ó de los *pieles rojas*, y servio. Los autores de las diversas composiciones que el tomo comprende son los siguientes: Arany (húngaro), Bodenstedt (aleman), Burger (aleman), Byron (inglés), Camoens (portugués), Celano, (*Dies iræ*: latin litúrgico), Chamisso (aleman), Cowper (inglés), Príncipe de Esquilache (español), Freiligrath (aleman), Goethe (aleman), Heine (aleman), Hælderlin (aleman), Homero (un fragmento de la *Iliada*), Keller (aleman), Leopardi (italiano), Lessing (aleman), Lingg (aleman), Milnes (inglés), Mœrike (aleman), Petæfi (húngaro), Platen, (aleman), Ruckert (aleman), Scheffel (aleman), Schiller (aleman), Walter Scott (inglés), Tegner (sueco), Uhland (aleman), Virgilio (un fragmento de la *Eneida*), Nepomuk Vogel (aleman), Viasa (fragmento del *Mahabarata*). Contiene el tomo, ademas de las composiciones con nombre de autor, los siguientes cantos populares: uno breton, uno danés, cinco españoles (tres pertenecen al *Romancero del Cid*) uno en griego moderno, uno de los *pieles rojas* y tres servios.

Adviértese desde luego que la erudicion y laboriosidad de monsieur Amiel son superiores á todo elogio. Afirmémoslo ántes de pasar á las censuras, y felicitemos de todo corazon al inteligente literato que tan cumplidas muestras de esas admirables cualidades nos presenta. Otra observacion hará con nosotros el lector, sin más que fijarse un momento; y es que las poesías alemanas son las más numerosas. Añadiremos que en la eleccion de poetas ha estado aquí M. Amiel más afortunado que en el resto del tomo. Poetas como Bodenstedt, Burger, Chamisso, Freiligrath, Goethe, Heine, Lessing, Hælderlin, Ruckert, Schiller y Uhland, bastan sin duda para acreditar una coleccion de poesías alemanas. Sentimos no poder decir otro tanto

con respecto á las otras literaturas representadas en el tomo. Byron, Cowper, Milnes y Scot no pueden dar idea de la poesía inglesa, y ménos si nos referimos tambien á los Estados-Unidos, y no á Inglaterra solamente. Ya que M. Amiel quería citar pocos, debió buscarlos de otro modo; y si no quería prescindir de Byron, nada le costaba traducir, por ejemplo, á seis poetas en vez de citar á cinco. De la literatura portuguesa, haremos notar que sólo recuerda á Camoens, que es sin disputa su más glorioso nombre, pero no el único. ¿Le costaba, por ventura, tanto trabajo elegir algunas composiciones modernas, dignas de singular aplauso, de Almeida Garret, de Castilho ó de Herculano? De la latina, sólo diremos que no se nos alcanza fácilmente la utilidad de entresacar un corto fragmento de largo y afamadísimo poema. Si al intento de M. Amiel cuadraba acudir á los tesoros de la literatura clásica, tomando de ellos breves composiciones, que eran sin duda las más adecuadas á su objeto, creemos que más le habría valido una oda de Horacio ó una elegía de Tibulo. El *Dies iræ* es sin disputa, como concepcion lírica, lo más bello del latin litúrgico de la Edad Media, y no nos oponemos á que figure en el tomo, aunque la version nos ha gustado poco. Respecto del griego antiguo, diremos lo mismo que del latin; y en cuanto al moderno, que, segun nuestras noticias, no debió bastarle citar un canto de autor desconocido. En lo referente al italiano, Leopardi está solo en la coleccion. No negaremos que basta y sobra para honrar una literatura; pero creemos que algun nombre más vendría como anillo al dedo, buscándolo sobre todo entre los ménos conocidos de los modernos vates. Del fragmento del *Mahabarata* nada diremos. De los cantos populares de distintas razas, confesamos que los hemos leído con gusto. Mas, volviendo á nuestra crítica, séanos lícito preguntar á M. Amiel si no conoce en Suecia, ademas de Tegner, y en Dinamarca poetas modernos cuyos versos figurarían en el tomo más dignamente que las supradichas composiciones anónimas. La literatura española es, sin disputa, la ménos favorecida en el tomo de M. Amiel. En nuestra larga y gloriosísima historia literaria, sólo un nombre le ha llamado la atencion: ¡el del Príncipe de Esquilache! Verdad es que entre los cantos populares figura uno titulado *La siesta*, cuya autenticidad no negaremos, pero cuya insignificancia afirmamos resueltamente. Para que una composicion resulte insignificante en el caso de que tratamos, no es necesario que carezca en absoluto de belleza. ¿Qué objeto se proponía M. Amiel? ¿Dar á sus lectores idea de nuestra genial, profunda, melancólica y dulcísima poesía popular? Pues le hubiera servido mejor un cantar cualquiera de nuestra hermosa Andalucía, que esa larga composicion falta de color local, y que lo mismo puede ser española que inglesa ó alemana. M. Amiel no ha vivido sin duda entre nosotros. No ha podido oír, por lo tanto, en las noches de estío las canciones apasionadas, tristísimas, ricas en dulces melodías, que nacen espontáneamente del alma del pueblo español, artista é inspi-

rado como ninguno. ¡Cuántas veces, en altas horas de la noche, nos ha sorprendido la voz vibrante de algún oscuro cantor del pueblo, lanzando á los aires los mágicos acentos de una canción en que no sabíamos que admirar más, si lo dulce y arrebatador de la música, ó lo inspirado y valiente de la poesía! Tales son los verdaderos cantos populares de nuestra patria. Han nacido, sin que se sepa cómo ni cuándo, del profundo instinto de nuestro pueblo. Preguntad á los que cantan dónde los aprendieron. Nadie sabe cómo se formaron los más bellos. ¡ Hermosa herencia de inspiración, de genio, de poesía transmitida de generación en generación por la madre que duerme con su cantar, al hijo querido; por el enamorado que en esplendorosas noches entona al pié de la reja su canción de amor, apasionada y ardiente como la hermosa que con palpitante seno la escucha; por el que llora amargas penas en la soledad de sus hondas melancolías; por todos los que aman y lloran; por todos los que viven como sienten en el seno de la amorosísima naturaleza de nuestra España.

Más afortunado creemos que estuvo M. Amiel al buscar en el insigne monumento de poesía levantado por nuestro pueblo á la memoria de su héroe favorito el insigne Rodrigo de Vivar, trozos que ofrecer como ejemplares de nuestra poesía popular á la curiosidad extranjera. Pero lo que realmente no tiene disculpa, es que perdiera el tiempo traduciendo al Príncipe de Esquilache, poeta de segundo orden y sin verdadera significación, cuando nuestra historia literaria le ofrecía las admirables composiciones de Garcilaso, Fray Luis de Leon, Francisco de la Torre, Herrera, Melendez, Quintana y tantos otros como fuera prolijo enumerar.

Dejemos ya á una parte este orden de consideraciones, y entremos en el exámen de las versiones de M. Amiel. En la dedicatoria á M. Edmond Scherer, que figura al frente del tomo, y que es un como prólogo en que el autor aclara algunos puntos de no escasa importancia, hallamos las siguientes indicaciones que conviene tener en cuenta. M. Amiel nos dice, en efecto, que ha preferido las poesías célebres y características; que su libro es, sobre todo, la muestra de un método de traducción algo más rigurosa y fiel que son ordinariamente las francesas, y que las poesías alemanas son las más numerosas en el tomo, porque le parecieron las más difíciles de traducir en verso francés. Estas indicaciones que hemos extractado sin quitarles ni añadirles cosa ninguna, demuestran que M. Amiel se propuso ensayar un nuevo método. Notas características de éste son la rigurosa conformidad de la versión con el texto, por tal manera que éste se reproduzca en aquella con todo lo que contenga. El tipo ideal, la traducción perfecta, sería, según el autor, aquella que no se limitara á expresar el sentido é ideas de un poeta, sino el colorido con que los viste y el movimiento, música, emoción y estilo distintivo con ritmo igual y versos de idéntica hechura en el mismo número. El literato á quien nos referimos, cree, y lo dice, que este tipo es irrealizable,

por lo cual consiste el mérito de las traducciones en acercarse á él cuanto ser pueda. Pero ¿es compatible la exagerada disciplina que defiende M. Amiel con la verdadera belleza de una version? Siempre que en este asunto nos ocupamos, ocúrrenos la duda que á continuacion sometemos al ilustrado juicio del lector. ¿Son compatibles con los deberes del que traduce en verso una poesía aquel calor é inspiracion sin los cuales nadie puede aspirar al nombre de poeta? Caso de que no sean compatibles, ¿son de algun precio las versiones poéticas? Parécenos que no, porque sería deplorable que por ejercitar donosamente las dotes de versificador, se entretuviera un poeta en despojar á las creaciones de la inspiracion de otros pueblos de sus principales bellezas. ¿Son, por el contrario, compatibles ambas cosas? La experiencia lo acredita aunque en muy contadas ocasiones. En este caso, la tésis de M. Amiel es absolutamente insostenible. Su manera de traducir sólo puede ser aceptada por un versificador pacienzudo y laborioso que haga versos segun las reglas del arte, mas no segun quiere y quiso siempre que se hicieran la libre inspiracion. El verdadero poeta traduce las obras de otro apropiándose el pensamiento, las principales imágenes, la grandeza ó gracia de su estilo, lo magnífico de la diction en sus versos, mas segun lo quieren su genio y el de la lengua que habla.

No ignoramos que traducir sin extremada sujecion á ciertos poetas es lo mismo que no traducirlos y que escribir una nueva poesía sobre un mismo pensamiento ó afecto y con análogos accidentes. Nuestra respuesta á esta objecion será siempre la misma y es que á nuestro juicio vale más que no se traduzcan en verso tales composiciones.

Si en vez de imponerse un trabajo superior á sus fuerzas y á las de cualquiera, hubiese optado M. Amiel por más oportunos procedimientos, acaso tuvieran sus correctísimas versiones un calor y brillantez que casi siempre les faltan. Autor que confiesa haberse decidido por traducir mayor número de poesías alemanas, no en razon á su mayor belleza, sino á las mayores dificultades que á la version francesa se oponían, dice harto á las claras que su objeto al componer este tomo, era más propio de un preceptista laborioso y erudito que desea amaestrarse y amaestrar á otros en los más complicados empeños de la versificacion, que de un poeta sensible á los encantos de composiciones nacidas al calor de la robusta inspiracion de otras razas, y ansioso de enriquecer con los afectos y pensamientos que le conmovían á su corazon y á su pueblo.

No es posible que una poesía de Goethe pueda ser absolutamente lo mismo que cuando él la escribió, cuando en distinta lengua la escribe otro poeta. Más fácil sería llegar á parecidos resultados en pintura y sin embargo no se llega. El pintor que copia un cuadro de Rafael tiene todos los medios externos que éste tuvo : son de la misma calidad, son iguales, y sin embargo hay entre la copia y el original mucha diferencia, porque hay siempre en el artista y en todo hom-

bre algo que es exclusivamente individual, y por tanto intransmisible. Querer traducir una poesía sin que al pasar de una lengua á otra y de uno á otro poeta no experimente cambio ninguno, cuando son tantos los inconvenientes de todas clases con que para hacerlo se tropieza, es inútil y pueril. Si esto es así, hay que resignarse de veras á la necesidad de las cosas y sacar de estas forzosas condiciones el mejor partido posible. Nunca brillará como en obras originales la inspiracion de un poeta que traduce; pero ¿qué sucederá si se crean artificiales estorbos ante los cuales desaparece inevitablemente la poesía y queda sólo la versificación?

M. Amiel ha vertido algunas composiciones con éxito felicísimo; pero en otras deja su trabajo mucho que desear al que con imparcialidad lo examina. Resiéntense casi todas sus versiones de un mismo defecto, y es que en casi todas se advierte que la inspiracion del traductor ha tenido que moverse dificultosamente entre límites y condiciones que la sometieron á rigurosa disciplina. De aquí poca frescura y escaso brio, frialdad, prosa y dureza.

Mas no por esto negaremos á M. Amiel sinceras y calurosas felicitaciones. Si la coleccion que examinamos está muy léjos de poder acreditarle, generalmente hablando, de poeta inspirado y espontáneo, le acreditará en cambio donde quiera de literato doctísimo y de versificador excelente. Mucho sentiríamos que se viera en esta ingenua alabanza, ceremoniosa afectacion de crítico cortés. Siempre hemos creido que el deber de aplaudir es al ménos tan imperioso como el de censurar para los que escriben con ánimo sereno y se proponen un objeto útil y desinteresado. Duélenos la censura cuanto nos place el merecido elogio. Decía el insigne Quevedo: «no sé yo que haya más desdichado ni más ignorante género de gente que aquel que muestra su estudio en advertir descuidos y yerros ajenos que las más veces los hacen ellos no entendiendo lo escrito.»

El tomo que examinamos comprende tambien algunos ritmos nuevos y su defensa en prosa. Aspira M. Amiel á enriquecer con ellos la deficiente métrica francesa y á darle acentos y cadencias de que la juzga grandemente necesitada. Estos *nuevos recursos para la traduccion en verso y acaso para la poesía francesa* son de escaso interés para nuestros lectores, pues realmente los españoles podemos estar ufanos con la singular riqueza y gallardía de nuestra versificación. De otra parte, á más autorizadas plumas, á los críticos de allende los Pirineos toca decidir el punto. Limitémonos á recomendar al estudio del curioso lector las reformas que M. Amiel propone y muy en particular los argumentos que aduce en defensa de su tesis, pues al apuntar los defectos y necesidades de la poesía francesa alega no pocas veces el autor potísimas razones.

Para dar alguna idea de estas reformas y de las dotes de versificador que en M. Amiel concurren, transcribiremos su elegante version de una bellísima poesía de Höelderlin, poeta aleman de singular dul-

zura y grande melancolía, muy estimado de los suyos y harto desconocido de los ajenos. Amigo íntimo de Hegel en sus mocedades, es fama que ejerció en este incomparable filósofo influencia no escasa. Separáronse luégo, y como los desengaños del mundo y hondas penas del alma cansaran luego al poeta y le dejaran muy apesadumbrado é indiferente á cosas que no fueran los pensamientos que tanto y tan reciamente le combatían, no duró ni pudo perpetuarse con la vieja amistad aquella antigua influencia. La poesía que ha traducido M. Amiel es la que sigue :

### LA NUIT.

*Aux champs, silence. En la cité, passants, rumeurs, tapages :  
Lanterne au flanc, roue à l'essor, volent les équipages ;  
Les hommes las du poids du jour, le marchand, l'ouvrier,  
En calculant perte et profit regagnent leur foyer.  
Du marché vide au magasin, pour la nuit sont rentrées  
Comme les fruits, comme les fleurs et graines et denrées:  
Mais d'un jardin enclos de murs, montent les sons du cor ;  
Quelque amoureux, par un concert jête sa belle ou bien encor  
Un bon vieillard à son printemps sourit. Et les fontaines  
Laissent tomber leur frais murmure aux vasques toujours pleines  
Dans l'air bruni, le vieux clocher sonne paisible et doux ;  
Le guet nommant l'heure qui passe a répété les coups,  
Le vent fraîchit, on voit fremir les cimes du feuillage.  
L'astre des soirs moute et reprend son éternel voyage.  
Et dans les cieux, la nuit rêveuse erre. Le monde obscur  
Baise les crêpes étoilés de sa robe d'azur ;  
Mais la déesse, indifferente aux tendresses humaines  
D'un regard triste et beau pourtant, effleure et monts et plaines.*

Desistimos de alargar este artículo cuyas dimensiones son acaso exageradas. Ellas dan á entender claramente que el libro de que tratamos no es, á nuestro juicio, obra vulgar de adocenado ingenio. Creemos, en efecto, que un ejemplar de *Les Etrangères* puede figurar dignamente en toda Biblioteca. Esta coleccion de poesías ofrece un cuadro interesante. Pueblos y razas distintas representados por poetas que, salvo algun caso que hemos dicho ya, ocupan dignísimo lugar en la literatura de su país, descubren á la vista del observador perspectivas de pasion y de ternura que le conmueven profundamente. Muchos pensamientos poéticos, y muchas revelaciones de la naturaleza y del corazon, se encuentran en este tomo reunidos por una mano amiga. Los defectos de la version que nunca es indigna de los poetas á quien el traductor vierte á su lengua, aunque no siempre logra conservar los inapre-

ciables méritos de la forma original, no son tales que oculten las bellezas que resplandecen en el fondo. Felicitémonos de asistir á esta especie de exposicion universal de la poesía á que nos invita M. Amiel, aunque deploramos que la concurrencia sea algo escasa y que el lugar reservado á nuestra querida España no sea ciertamente el que corresponde á la inmarcesible gloria de sus inmortales poetas.

RAFAEL MONTORO.





## DIÁLOGOS CIENTÍFICOS

---

(Continuacion.)

### EXUBERANCIA VITAL.

#### LOS MICROZOARIOS.

##### I.

—Dime, Enrique, ¿á dónde vamos hoy con el tiempecito que hace?

—No lo sé, tío; la tarde no está para paseo.

—¿Para paseo?... ¡Como no le demos á nado!... Esto parece una segunda edicion del diluvio!

—¿Quiere V. que salgamos en coche?... ¿Que nos metamos en el museo del Louvre ó en el de Cluny?

—Ya los hemos visto, y no tengo ganas de sacar otra tortícolis. No, prefiero que bajemos á tu gabinete y que pasemos la tarde estudiando alguno de aquellos chismes.

—Bajemos, tío.

—A propósito; ¿no te parece que ha llegado la hora de que me enseñes aquella *gente menuda* de que me hablaste un dia?

—¿Los animáculos microscópicos?

—Esos mismos.

—Para ese estudio se necesita buena luz, y ya ve V. cómo está el cielo.

—No importa, ya sabes que yo tengo buena vista, á pesar de mis



60 años. Quiere decir que lo que yo no pueda ver hoy, tú me lo explicarás. Tú los conoces, tú los has visto, no es cierto?

—Muchas veces.

—Pues yo los veré por tus ojos. Cuando no pueda distinguir su figura, las explicaciones que tú me des de ellos serán para mí algo más interesantes que su vista. Recuerdo que me has dicho más de una vez que el mundo invisible es mundo maravilloso...

—Tan maravilloso, tío Anselmo, que los cuentos de las *Mil y una noches* son pobres invenciones en comparación de la asombrosa realidad que el microscopio nos revela. ¿Se acuerda V. del paseo que dimos hace algunas semanas por el universo planetario y estelar?

—No sólo me acuerdo, sino que no le olvidaré fácilmente. Aquel grandioso espectáculo ha quedado grabado en mi imaginación para mucho tiempo.

—Pues bien; por mucho que á V. le impresionara el sublime espectáculo de los infinitamente grandes, estoy seguro que ha de impresionarle más todavía el de los infinitamente pequeños.

—¿Más que aquellas inmensas moles, que aquellas distancias abrumadoras, que aquel admirable concierto?

—Más, tío mio; aquí volverá V. á encontrar esa divina armonía; aquí volverá V. á encontrar el infinito; aquí volverá V. á encontrar esas distancias abrumadoras, observando la que media entre los extremos del reino animal, y además de todo eso, encontrará V. la molécula animada, el átomo impalpable é invisible dotado de un organismo á veces complicadísimo; en una palabra, encontrará V. la vida, soberana del universo, desbordándose en inagotable raudal hasta en el polvo que huella nuestra planta, hasta en el aire que nuestros pulmones respiran.

—Párate ahí, Enrique.

—Párome, tío.

—¿Dices que la vida es la soberana del universo?

—¡La soberana absoluta!

—Pues, hombre, yo creía que la soberana era la muerte.

—Está V. en un error, tío.

—¿No muere todo lo que nace?

—Todo.

—Entonces, la victoria definitiva es de la última.

—Si la muerte fuera la muerte en el sentido que V. supone; si fuera el aniquilamiento, sí, señor.

—Pues ¿qué es la muerte?

—Un accidente de la vida.

—¡Hombre, por Dios!

—Una humildísima colaboradora de esta admirable maga. La muerte es la transformación de los seres. Más claro, tío: la muerte es la suspensión de las funciones de un organismo cualquiera. Pero ese organismo, una vez descompuesto por la que nosotros llamamos

lúgubre diosa, se recompone, y las partes que le constituían vuelven á vivir en otros séres.

—¿De modo que yo resucitaré, ó volveré á vivir cuando me muera?

—Entendámonos, tío : cuando V. se muera, cosa que pido á Dios sea lo más tarde posible, no volverá V. á ser mi tío Anselmo ; no volverá V. á la vida con el mismo organismo, vaciado en el mismo moldé ; no resucitará V. en conjunto, pero en detall, sin disputa. Entónces mi tío Anselmo será oruga, escarola, cerezo, pájaro, mosca, flor, todo ménos mi tío Anselmo.

—Es decir, que me transformo, que mis moléculas pasan á otros séres, que contribuyen á formar otros organismos.

—Así es.

—Pues mira, todo lo doy por bien empleado con tal que no me transforme en naranjo ó en alcornoque.

—Puede muy bien suceder.

—¡No, caramba! De eso sí que no me consolaría.

—Pero hay más, tío : tan soberana del universo es la vida, que no espera que llegue la muerte para operar esa transformacion de los cuerpos en general, y de los séres animados en particular.

—¿Pues qué hace?

—Los transforma continuamente desde que empiezan á respirar.

—No comprendo cómo.

—Va V. á comprenderlo. Tío, V. me vió nacer, ¿no es verdad?

—Puedo decirlo.

—Usted me ha visto crecer á su lado...

—Como que nunca te separaste de mí hasta que viniste á estudiar.

—Pues bien ; ¿cree V. que soy el mismo Enrique que V. vió en la cuna ; el mismo Enrique que jugaba á la pelota contra las tapias de la granja?

—¿No he de creerlo?... ¡á piés juntillas!

—¡Se equivoca V.!

—¡Hombre, pues diablura sería que te hubieran cambiado sin que yo me hubiera apercebido de ello! ¡Tú sí que te equivocas! ¡No faltaba más sino que fueras á probárme que no eres mi sobrino!

—Quiero demasiado á mi tío para intentar semejante prueba. Soy su sobrino, y sin embargo, no soy el mismo que V. conoció hace veinte años.

—¡Pues eso sí que no lo entiendo!

—Ni V. es el mismo tío que entónces me acariciaba y me hacía saltar sobre sus rodillas.

—¿Tambien á mí me han cambiado?

—¡Tambien! En el Enrique que ahora le estrecha á V. la mano, tío Anselmo, no hay ni una sola partícula de las que constituían aquel muchacho travieso que tanto le hacía rabiar ; en el tío

que ahora escucha mis explicaciones no hay ni una sola molécula de las que formaban aquel tío bondadoso que me servía de padre.

—Pues ¿á dónde han ido?

—Adonde van los que la muerte desagrega ; á unirse á otros séres. El molde es el mismo, tío; la disposición de las moléculas idéntica; pero cada siete años se opera en nosotros un cambio completo de partículas. Nuestro cuerpo desecha las que se han envejecido por el uso, y las reemplaza con otras nuevas.

— ¡ Me estás diciendo cada cosa!...

—Que le parecen á V. imposible, ¿no es verdad?

—De tal manera, que, si tú fueras otro, me figuraría que ese otro me comulga con ruedas de molino.

—Pues no le comulgo sino con verdades científicas que el hombre ha descubierto á fuerza de siglos, de paciencia, de trabajo y de observacion.

—Y ¿cómo se opera en nosotros ese maravilloso cambio? ¿Cómo nos despojamos del individuo viejo y adquirimos otro nuevo?

—De un modo muy sencillo : ¿Sabe V. cuánto pierde por dia un hombre adulto?

—Si juega, segun lo que ponga.

—No, tío, al juego de la vida, en peso específico.

—¿Cuánto pierde?

—Tres libras.

— ¡ Ave María! ¿Y cómo?

—Por la transpiracion y la respiracion. Pero adquiere otro tanto por el aire que inhala y por los alimentos que absorbe.

—¿Y los recién venidos, ocupan el puesto de los que se van?

—Justamente.

—De modo que hay equilibrio?

—Sí, pero algunas veces se rompe, y entónces decimos que una persona engorda ó enflaquece. Si por la nutricion adquiere más que pierde, sucede lo primero ; si adquiere ménos, ya sea por desgano ó por mala calidad de los alimentos, sucede lo segundo.

— ¡ Ajá! Pues en ese primer caso me encuentro yo desde hace algunos meses. ¡Qué admirable trasiego es la vida, hijo mio! Se me está ocurriendo una cosa, Enrique.

—A ver, tío.

— ¿ Consistirá en esta transformacion del individuo el fenómeno de la metamorfosis política que vemos en algunos? ¿Se les irán las moléculas de una opinion y adquirirán las de otra?

—Todo cabe en lo posible, aunque, hasta hoy, la ciencia no ha podido resolver ese profundo enigma. De todos modos, puedo asegurarle que si el cambio de las moléculas materiales tiene alguna parte en esas tristes y frecuentes vueltas de casaca, no es el cambio de las moléculas del pié ni de la mano el que ejerce la perniciosa influencia.

—¿Pues cuál?

—El cambio de las moléculas del estómago.

—Comprendido. ¿Vamos á tu gabinete?

—Vamos.

## II.

—¿Conque este es el maravilloso chisme que se llama microscopio?

—¡Este, tío! Esta es la admirable llave que abrió la puerta de un mundo encantado.

—¿Y cómo es el apellido que tú le das?

—Acromático.

—¿Que quiere decir?...

—Que permite ver los objetos sin que aparezcan orlados de los colores de la luz descompuesta.

—¿Y de qué fabricante es?

—De Nacet, el mejor de Paris.

—¿Y cuánto aumenta?

—Este, ochocientos diámetros.

—¡Pues es una friolera!

—Pues los hay que aumentan hasta mil y quinientos.

—¿Y toda esa fuerza aumentativa se necesita para ver esos animalculos?

—¡Y á veces no basta! La mónade, por ejemplo, no puede distinguirse aislada, sino en grupos de muchos individuos.

—¡Pues hijo, esa sí que es un verdadero átomo viviente, si no se deja ver ni aun con ese prodigioso aumento! Antes de empezar voy á preguntarte una cosa... Ya sabes que soy bastante curioso.

—¡De lo que me alegro mucho! Pregunte V., tío.

—¿De qué magin salió esta invencion? ¿Quién fué el Colon de ese nuevo mundo? ¿Qué país puede reclamar la gloria del descubrimiento de esta admirable llave, como tú llamas á ese chisme?

—Muchos creen que el microscopio data de 1590, y que su inventor fué Zacarías Jansen, un óptico de Middelburgo; pero es un error.

—¿No fué ese aleman?

—No, tío; el microscopio se inventó en Holanda, apénas hace siglo y medio; y su verdadero autor, el que la ciencia considera como el padre de la micrografía, fué el sabio Leuwenhoeck. Por cierto que en la época de su descubrimiento, el sabio citado mantuvo una ruidosa y destemplada polémica con un tal Hortzoeker, rival suyo, quien le disputaba la gloria de la invencion. ¡Como V. comprenderá fácilmente, Leuwenhoeck no tuvo nunca entre sus manos un instrumento semejante al que ve V. ahí. Esta perfeccion es obra moderna. La llave con que el sabio holandés penetró en ese mundo maravilloso era un pobre lente cuyo aumento no llegaba á sesenta diáme-

tros. Mas no por eso disminuye su mérito; al contrario, su gloria es mayor, y puede decirse que el genio y la perspicacia de Leuwenhoeck suplieron la imperfeccion del instrumento. En sus trabajos de benedictino, el sabio micrógrafo llegó á adivinar muchos de los misterios que no pudo distinguir.

—Otra pregunta que hace mucho tiempo se me ha ocurrido, y que siempre he olvidado hacerte. ¿Por qué tienen todas esas cosas científicas nombres tan arrevesados, como, por ejemplo, microscopio, micrógrafo y otros semejantes? ¿De dónde mil demonios los sacan los sabios?

—Del griego.

—¿Y no era más lógico y más sencillo que los sacaran de su propio idioma?

—Sin duda; el lenguaje científico sería entónces ménos escabroso y mucho más fácil el acceso del templo de la sabiduría. Pero ¿qué quiere V.? los sabios, á excepcion de unos pocos vulgarizadores, tienen el defecto de escribir, no para ilustrar el vulgo ignorante, sino para que otros sabios como ellos los admiren. Además, la Grecia fué en lo antiguo el emporio de la civilizacion; nuestros sabios encontraron en aquella civilizacion el gérmen de todas las ciencias, y aunque las ciencias han crecido prodigiosamente, como nuestros sabios tienen profundo respeto por todo lo que huele á *raíz* y son al mismo tiempo etimologistas furibundos, han ido á aquella venerable fuente á buscar los simples, siempre que se les ha ocurrido dar un nombre compuesto á cualquiera cosa recién descubierta. Ahí tiene V. la razón de esa enmarañada nomenclatura que tanto desespera y desanima á los que por primera vez se asoman á la puerta del santuario. Pero el que no retrocede ante esas dificultades, llega pronto á vencerlas y á familiarizarse con esos terribles arcaísmos. Y ¡admire V. el poder de la costumbre! si con arreglo á su juiciosa observacion, llamara hoy cualquiera al microscopio un *examina-pequeños*, que es lo que su nombre significa, los sabios se taparían la cara con las manos... y yo sería el primero en echarme á reir. Y sin embargo, así comprendería en seguida todo el mundo para lo que sirve ese instrumento.

—Es claro, aunque en su vida le hubiera visto.

—Mientras que ahora, pregúntele V. á un patan si adivina lo que es un microscopio.

—¿A un patan?... ¡A mí que me lo hubieras preguntado hace dos meses!

—En prueba de ello, tío, ¿sabe V. lo que es lepidóptero?

—No, por cierto; ni sospecho siquiera para lo que puede servir ese adminículo que me huele á lápiz.

—Pues ni es adminículo ni huele á lo que V. cree. Lepidóptero es la palabrota que emplean los sabios para significar un órden de insectos que abraza las tres grandes familias de mariposas.

- ¡Cómo! ¿una mariposa es un lepidóptero?  
 —Ni más ni menos.  
 —¡Pues el demonio podía adivinarlo!  
 —¿Y sabe V. lo que quiere decir ese nombre atroz?  
 —¿Qué quiere decir?  
 —Escama-ala, esto es, ala-escamosa.  
 —¡Pues también es manía! Eso es lo que se llama sembrar expreso un berengenal alrededor de la ciencia. Pero dime, Enrique: ¿no es impropio ese nombre de lepidóptero aplicado á la mariposa? ¿No sería más exacto llamarle *ala-empolvada*.  
 —No, tío; ese polvo tan bello, tan rico en brillantes colores, no es polvo; cada uno de esos levísimos granos es una escama.  
 —¿De veras?  
 —¡Mírelas V.!

## III.

- ¡Cómo! ¿estas enormes vigas que yo veo son escamas?  
 —¿Vigas, tío?  
 —¡Y tan gordas como el mástil de un barco!... ¿De qué te ries?  
 —De que le sucede á V. lo que á todos los micrógrafos novicios. Eso que V. ve, esas enormes vigas que V. dice, son... sus propias pestañas. No acerque V. tanto el ojo.  
 —¿Mis pestañas?... ¡poder de Dios! Pues creo que tienes razón, porque ya no veo los mástiles aquellos.  
 —¿Qué ve V. ahora?  
 —Ahora sí que veo un grupo de escamas transparentes, grandes como las de un besugo y de una admirable pureza de líneas. Están á caballo unas sobre otras y todas tienen en el centro una especie de punta, ¿no es verdad?  
 —Sí, señor.  
 —¿Y esas escamas son del ala de una mariposa?  
 —Auténtica, tío; yo mismo la he cogido. Aquí la tiene V. clavada en ese cuadro: esas escamas son del número 9 de la colección.  
 —¡Es prodigioso! ¿Y en qué están esas escamas?  
 —¡Mírelo V.!. Sujetas entre estos dos pedazos de cristal.  
 —¿Aquí?  
 —Ahí, tío.  
 —¡Aquí no hay nada!  
 —Para la simple vista. Pero ya sabe V. que hay algo.  
 —¿Este cristal es el que yo acabo de ver al microscopio? ¡No me engañes, Enrique.  
 —Ese mismo.  
 —¡Imposible! A ver, hombre, dame acá.  
 —¿Está V. convencido?

—Sí, hijo, sí, y aún me parece mentira! ¿Qué vas á enseñarme ahora?

—Una maravilla que le va á dejar á V. estático.

—¿Por su forma rara?

—No, tío, por otra cosa.

—¿Y cómo se llama esa maravilla?

—Una miliolita.

—¿Y qué es eso?

—La concha, el despojo mortal de un molusco microscópico que se llama miliola.

—¿Nombre que, por supuesto, es griego?

—Sí, señor.

—¿Y qué significa?...

—Grano de mijo.

—¿Y por qué dices que esos granos de mijo me van á dejar estático?

—Ya lo verá V. Antes examínelos al microscopio.

—¿Dónde están esos miliolitas?

—Ahí, tío.

—¿En ese polvillo imperceptible?

—¡Sí, señor! Aproxímese V. al ocular, y verá que cada grano es una concha.

—En efecto, y por la forma se parecen al mijo consabido. Pero no les noto nada de extraordinario, nada que pueda admirarse.

—Pues oiga Vd. ¿Sabe V. de dónde procede ese polvo?

—¿De dónde?

—De la esquina de nuestra casa. Ayer le raspé con la uña.

—¿Y qué?

—¿No empieza V. á adivinar?

—No, por cierto.

—Esos moluscos, tío de mi alma, esos microzoarios que V. ve ahí, tuvieron vida en el fondo de los mares parisienses, de los mares que en siglos remotos cubrieron la inmensa llanura donde hoy se alza Paris, esta ciudad tan altiva y floreciente.

—¡Enrique! ¿Te has vuelto loco?

—No, tío. Déjeme V. proseguir. Las miliolas, al retirarse las aguas, quedaron en banco inmenso, y sus cadáveres formaron despues la piedra calcárea de nuestras canteras, el asperon con que se han construido todos nuestros edificios. Esta orgullosa Paris, con sus murallas de 38 kilómetros de circunferencia, con sus monumentos babilónicos, no es más que una inmensa necrópolis de microzoarios. En cada línea cúbica de las piedras que la componen, hay más de 90 sarcófagos de miliola. ¿Cuántos habrá en un metro, cuántos habrá en este asombroso conjunto de edificios? ¿Qué exuberancia vital no habría en el seno de aquellas aguas, para que del átomo saliera la inmensidad, para que de los residuos calcáreos de un animáculu im-

perceptible llegara á formarse un mundo como Paris? ¡Me mira usted con ojos de asombro!...

—¿Y qué he de hacer? ¡Me has dejado aturdido! La idea de esos incalculables millones de séres me espanta, ese infinito me abrumba mucho más que el otro, porque es ménos vago, más palpable, si puede uno decirlo así. ¡Dios eterno! ¡Paris entero formado por un animáculo!... Mira, suspende la sesion; porque si continuamos por ese camino se me va á ir la cabeza á pájaros y no voy á poder reconciliar esta noche el sueño.

—Suspendámosla, tío.

—Empiezo á comprender que es peligroso tomar ciertas cosas de una sentada. Tu microscopio es una de ellas. Hay que mirarle con respeto. Marchemos poco á poco, Enrique. ¿Te acuerdas de lo que tú me decías durante aquella convalecencia en que me entró hambre canina? «Tío, modérese V.! Los estómagos débiles hay que educarlos.» Pues mi inteligencia, débil como entónces lo estaba mi estómago, hay tambien que educarla. Si no, mi cabeza se convertirá en una grillera, y en lugar de expedirme para Louviers tendrás que expedirme para Charenton.

—¡No lo permita Dios, tío!

FEDERICO DE LA VEGA.





## ÍNDICE DEL TOMO X.

### 15 DE JULIO.

	<u>PÁGINAS.</u>
I. La madre tierra.— <i>Eusebio Blasco</i> .....	5
II. Lord Byron considerado á la luz de la Historia.— <i>Julian Schmidt</i> .....	20
III. La primavera.—Soneto.— <i>Cárlos Coello</i> .....	43
IV. La danza Macabra y el <i>Dies iræ</i> .— <i>Pompeyo Gener</i> .....	44
V. La Filosofía de Voltaire segun la crítica alemana.—(Conclusion.)— <i>A. Gerard</i> .....	70
VI. Diálogos científicos.—(Continuacion.)—Viaje en globo á través del Atlántico.— <i>Federico de la Vega</i> .....	91
VII. Correspondencia de Paris.— <i>Charles Bigot</i> .....	108
VIII. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i> .....	117
IX. Crónica musical.— <i>José Estéban y Gomez</i> .....	123

### 30 DE JULIO.

I. Dos náufragos.— <i>Jesus Muruais</i> .....	133
II. Amenazas (de Goethe).—Poesía.— <i>Jesus Cencillo</i> .....	149
III. Lord Byron considerado á la luz de la Historia.—(Continuacion.)— <i>Julian Schmidt</i> .....	150

	PÁGINAS
IV. La democracia en Inglaterra.—(Continuacion.)— <i>Rafael M. de Labra</i> .....	168
V. La antropogenia de Haeckel.—(Conclusion.)— <i>Jules Soury</i> .....	178
VI. Hatim.—Oriental.— <i>Manuel del Palacio</i> .....	189
VII. La abolicion de la pena de muerte.— <i>Ad. Franck</i> .....	191
VIII. Goethe y Schiller. 1796-1805.—(Conclusion.)— <i>U. Gonzalez Serrano</i> .....	201
IX. En el album de la Sra. Doña Cármen Cortijo de Revilla.—Poesía.— <i>José Zorrilla</i> .....	232
X. Diálogos científicos.—(Continuacion.)—La tierra en el espacio.— <i>Federico de la Vega</i> .....	234
XI. Análisis y ensayos.— <i>M. de la Revilla</i> .....	253
XII. Dramas líricos.— <i>José Estéban y Gomez</i> .....	257

### 15 DE AGOSTO.

I. La mala sombra.—Cuento triste.— <i>Alfredo Gonzalez Pitt</i> .....	265
II. Frente á frente.—Poesía.— <i>Jesus Muruais</i> .....	284
III. De la iglesia anglicana.— <i>Thomas Hugues</i> .....	286
IV. Á un amigo que me quiere bien y me aconseja mal.—Soneto.— <i>Cárlos Coello</i> .....	309
V. La democracia en Inglaterra.—(Continuacion.)— <i>Rafael M. de Labra</i> .....	310
VI. Noción del derecho segun la Filosofia positiva.—Artículo II.— <i>P. Estasen</i> .....	322
VII. Lamartine.— <i>L. Legouvé</i> .....	348
VIII. Diálogos científicos.—La tierra en el espacio.—(Continuacion.)— <i>Federico de la Vega</i> .....	372
IX. Correspondencia de Paris.— <i>Charles Bigot</i> .....	389

### 30 DE AGOSTO.

I. Mi primera obra.— <i>José Antonio Paz</i> .....	397
II. La democracia en Inglaterra.—(Continuacion.)— <i>Rafael M. de Labra</i> .....	406
XIII. Alonso Fernandez de Avellaneda.— <i>Nicolás Diaz de Benjumea</i> .....	429

	<u>PÁGINAS</u>
IV. Flores de muerto.— Poesía.— <i>Manuel del Palacio</i> .....	444
V. Pedro IV de Aragon, juzgado por sus obras literarias.— <i>Pedro Nanot Renart</i> .....	445
VI. Persia en 1876.— <i>Arthur Arnold</i> .....	463
VII. Doloras.— <i>Campoamor</i> .....	496
VIII. Bocetos literarios.— Don Manuel Tamayo y Baus.— <i>M. de la Revilla</i> .....	500
IX. Análisis y ensayos.— <i>Refael Montoro</i> .....	506
X. Diálogos científicos.— (Continuacion.)— Exuberancia vital. Los microzoarios.— <i>Federico de la Vega</i> .....	516

VIN DEL ÍNDICE DEL TOMO X.

---

Madrid 30 de Agosto de 1877.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

---

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPÍA PEROJO

Mendizabal, 64

IV.	El castaño munitivo (L. de Aragón) — El castaño del País de Valencia	411
V.	El castaño IV de Aragón, el castaño de los Países Bajos y el castaño de Valencia	415
VI.	El castaño en el País de Valencia	423
VII.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	433
VIII.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia y País de Valencia	443
IX.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	453
X.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	463
XI.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	473
XII.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	483
XIII.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	493
XIV.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	503
XV.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	513
XVI.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	523
XVII.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	533
XVIII.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	543
XIX.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	553
XX.	El castaño en el País de Valencia — El castaño en el País de Valencia	563

FIN DEL INDICE DEL TOMO X

Madrid, 30 de Mayo de 1904

Profesor de Historia Natural, PABLO BERRAZA

---

Profesor de Historia Natural, PABLO BERRAZA

Mérida, 1904